

Memorias de Tristán Saldaña

La vida es una barca

© Beatriz Berrocal Pérez, 2022.

www.beatrizberrocal.es

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

MEMORIAS DE TRISTÁN SALDAÑA

SEGUNDA PARTE

MEMORIAS DE TRISTÁN SALDAÑA

SEGUNDA PARTE

LA VIDA ES UNA BARCA

BEATRIZ BERROCAL PÉREZ

Este año no es el mío. ¿Para qué voy a negarlo?

Me ha salido todo al revés, y mira que me han pasado cosas, pero nada, no he acertado con ninguna. Por eso no tengo más remedio que continuar escribiendo mis memorias, porque claro, la gente que empieza a escribirlas con noventa años, lo cuenta todo de un tirón, pero me da la impresión de que con catorce años, todavía me queda mucho que contar.

Así que, empiezo, porque lo de este año ha sido muy fuerte.

He tenido que repetir curso, pero no ha sido culpa mía, la realidad es que los profesores se compincharon todos en mi contra y me las cargaron todas, me catearon hasta educación física y Religión, que no digo yo que tengan menos importancia que las demás, pero vamos, ya me explicarán a mí para qué necesito yo saber dar volteretas encima de un plinto o ponerme cabeza abajo haciendo «el pino»... ¿Cuánta gente se ve por la calle caminando con las manos? ¿A cuántas personas les ha resultado útil saber dar una vuelta encima de unos cajones de madera? Si quisiera ser deportista, pues bueno, pero, si yo lo que quiero es ser mecánico de coches, pasarme el día con un mono lleno de grasa reparando motores y con las uñas negras sin que nadie me llame guarro ni me haga frotarme con un cepillo. No me imagino dando volteretas encima de

los capós de los coches o andando por mi taller cabeza abajo.

Y lo de la Religión fue una injusticia como otra cualquiera. Que conste que tenía el tema dominado, porque lo bueno que tiene la Religión es que la historia no cambia por años que pasen, es siempre la misma, y ya sabes que al final, el protagonista muere, no hay intriga, y eso, quieras o no, te hace relajarte en la asignatura, no vas al examen sometido a la presión de si recordarás o no algún dato, y ahí fue donde estuvo mi fallo, que me confié y cuando nos preguntaron de qué eran las tablas en las que Dios le puso los mandamientos a Moisés, yo no lo pensé dos veces y dije que de madera. Y no, eran de piedra.

Pero vamos, de toda la vida las tablas han sido de madera, si no, no son tablas, serán otra cosa, pero tablas no. Resultado: no atendieron mis explicaciones, y además me dijeron que como iba a repetir curso, tampoco tenía sentido discutir por una asignatura más o menos. Pero eso no es así. ¿Qué hay de la honra personal? ¿Qué hay de la guasa de los compañeros? ¿Qué hay de mi abuelo que juega la partida en el bar del pueblo con el cura y que dice que ahora ya no puede cantarles las cuarenta con confianza?

Menos mal que mi abuela trata de echarme un cable y cuando mi abuelo y mi tío se ponen bordes

conmigo y me restriegan por la cara que soy un repetidor, ella sale en mi defensa y dice:

— ¡Dejad al crío tranquilo! ¡Que tiene la «adolescencia»!

Como si fuese una gripe, un virus que te deja hecho polvo una semana y luego se va.

Pero, en lo que no le falta razón a mi abuela es en que tienen que dejarme tranquilo, porque bastante tengo con lo mío.

Esto de la adolescencia no es ninguna broma, hay que pasarla para darse cuenta de lo que es, y yo no sé si es que se olvida enseguida o es que hay quien no la ha pasado, porque como no sea la gente de la misma edad, el resto no lo entiende, podría decirse, que el mundo no nos comprende, por lo menos a mí.

Me miro en el espejo y me dan ganas de salir corriendo, el panorama es desolador: me ha salido una especie de pelusilla negra por encima del labio, que quiere ser bigote pero no llega ni en broma, es como una sombra asesina que me acecha vaya por donde vaya; tengo unos pies tan grandes que el cobrador del autobús me quiere hacer pagar dos billetes porque dice que ocupo mucho suelo; los brazos se me han hecho tan largos que si les extiendo al frente llego media hora antes a los sitios con ellos que con el resto del cuerpo, y por si eso era poco, se me ha llenado la cara de granos.

Esto es un martirio, una venganza, una prueba cruel que te pone la vida para valorarte: si te mueres, te aguantas, y si vas resistiendo, te van añadiendo más granos en la cara, unas gafas, un aparato en los dientes, o como me pasa a mí, unos abuelos de la era cuaternaria, a ver si sigues o te rajas.

Así que, cuando aparece mi tía y dice eso tan cursi de que la adolescencia es una edad muy bonita, no puedo por menos que pensar que esta no vio nunca *Barrio Sésamo*, por eso no sabe la diferencia entre «bonito» y «horroroso». Pero claro, tampoco se le puede exigir mucho, porque solo tiene dos hijas, que son tan finas como ella, y me imagino que la gente así, no tiene ni adolescencia, ni granos, ni nada.

La única ayuda que se tiene en estos casos, es la de los amigos, que si están pasando por circunstancias parecidas, te pueden consolar al verlos tan *jorobados* como tú, pero en mi caso, hasta eso es complicado, porque en el pueblo no hay chavales de mi edad, y en el instituto de Tornado, al repetir curso, me quedé descolgado de los que habían sido mis compañeros, y, de repente, me encontré rodeado de pequeñajos que me miraban como la vaca mira al tren, esperando a ver qué pasa, y me sentí un abuelo, pero un abuelo extraterrestre, fuera de lugar, entonces comprendí lo que debió de sentir el pobre Gulliver cuando llegó al país aquel de los enanos. El primer día que vi a mis

nuevos compañeros por allí correteando, pensé que habían desmontado el futbolín del instituto.

Ellos todavía no tienen los brazos largos, ni la cara llena de granos, lo cual me fastidia un montón, porque es como si en vez de tener un año menos que yo, nos separasen un par de siglos, pero bueno, lo duro fue al principio, después, cuando nos acostumbramos a vernos mutuamente, ya me aceptaron como uno más, incluso me eligieron delegado de clase, yo que en la vida había pasado de ser monaguillo en la misa del domingo en mi pueblo, de repente me vi delegado, y eso me animó un poco, porque parecía como si me hubiesen hecho ministro de algo. Menuda alegría se llevó mi abuela cuando se enteró:

— ¿Lo ves? —decía entusiasmada—. Tú vas a llegar a ministro. Si lo de repetir curso no ha sido más que una «trategia» para que te quedes más años en el instituto porque no quieren perderte...

Hombre, no es que me lo creyese, pero por un ratillo, la visión de mi abuela me animó, eso tengo que reconocerlo, aunque la alegría no duró mucho, porque empezar las clases en el país de Liliput, me costó un trabajo tremendo.

No voy a negar que repetir curso tiene sus ventajas, porque a poco que hayas estudiado, los temas de las asignaturas te suenan, pero hay una regla que no falla, y es que si tenías algo atravesado del año anterior,

seguirá atravesado por los siglos de los siglos, y no me refiero solo a los temas, sino también a los profesores, que no mejoran con el tiempo y si alguno te tenía una manía irremediable, al repetir curso la situación solo puede empeorar.

Eso me pasó a mí con algunos. Bueno, como son mis memorias tengo que decir la verdad: con casi todos, pero el que más ojeriza me tenía era El bikini, que le llamamos así porque enseña todo menos lo esencial. Es el de matemáticas, pero pega mucho más con Sociales, porque se va por las ramas y nos cuenta batallitas de su vida que no tienen nada que ver con la asignatura pero que vienen de maravilla para echarse una partida de barcos con el de al lado.

Luego está Francisco Rodríguez, el de inglés, que se le ve un hombre acomplejado, yo creo que nadie se ha dado cuenta de que ha nacido, y eso le debe de jorobar, porque además es pequeñín, delgaducho y *calvorota*, vamos, que si te le encuentras de noche, no pasa de ser un bulto sospechoso. Y como ve que si no saca el genio, nadie le hace caso, se pasa el tiempo amenazando con «informar al director de nuestra conducta», pero, aunque sabemos que todo se va a quedar en amenazas, hacemos como que nos asustamos para que el pobre hombre se sienta un poco importante.

Otro al que también le mola mucho lo de suspender es el de Tecnología. El año pasado no me

aprobó ni un examen: cuando no era por la letra, era por los márgenes, y si no, por las faltas, que como yo le dije: por las faltas ya me ha suspendido el de Lengua, y esto es como con los delincuentes, que no se les puede condenar dos veces por el mismo delito, y a mí no se me pueden suspender dos asignaturas por las faltas, caramba, que cada uno se limite a su terreno y punto, que si no, esto va a ser un lío.

Me cogió manía. Un profesor es una persona que si te callas, te dice que no tienes interés por nada, y si protestas, le caes gordo.

Por eso al de Tecnología, que se llama Juan Cid, le puse El Cid cateador. Hala.

Sí, sigo con mi manía de poner mote a la gente, no puedo evitarlo, aunque a veces hago un esfuerzo supremo por aguantarme. Por ejemplo, tenemos a dos profesores más, uno se apellida Clavijo, y otro Angulo, y me salían unas rimas tan facilonas que decidí llamarles simplemente «el de Informática» y «el de Religión», más que nada, por imponer un poco de autoridad en mi clase, porque un delegado no se puede permitir poner a los profesores mote que no tengan cierta categoría. Mis compañeros «liliputienses» hubiesen preferido otra cosa, pero en algo se tiene que notar que soy el mayor de la clase. Bueno, para no mentir, se nota en tantas cosas que a veces me doy pena yo solo.

La idea de poner en una clase a todos los que no hemos sacado sobresalientes jamás en nuestras vidas, tiene sus ventajas y sus inconvenientes, porque de esta forma, uno no se desanima viendo las notas de los compañeros, pero, por otro lado, a los profesores se les nota mucho que intentan picarnos la moral para que nos superemos, y cansa una barbaridad eso de pasarte el día tratando de demostrar que, aunque nuestras notas no lo reflejen, somos personas con muchos valores ocultos.

De entre mis nuevos compañeros, el que llamó más mi atención fue un chaval que se sentaba en una esquina, como separado de los demás, siempre estaba solo, pero no lo parecía, porque lo que más sorprendía de él era, precisamente, que sin tener a nadie a su lado, se pasase el tiempo hablando, pero hablando con tal naturalidad que por un momento pensé que el que estaba mal de la cabeza era yo, por no ver a quién se dirigían sus frases.

— ¿Con quién hablas? —me atreví a preguntarle cuando ya no podía soportar por más tiempo la intriga.

—Con mi caballo— me dijo tan tranquilo—. Se llama Luis Vaisilio de Todos los Caballos, pero puedes llamarle Vais.

Me quedé mirándole sin saber qué decirle, incluso eché un vistazo alrededor, por si había algún caballo que me hubiera pasado desapercibido, pero, qué va.

—Quita, Vais —dijo el muchacho—, deja sitio al chaval. Tiene una manía de sentarse en el pupitre...Hala, toma, toma, venga, tranquilo, buen chico, buen chico...

Y sacando un trozo de pan de su bolsillo, soltó unas cuantas migas por el suelo y se quedó tan campante.

— ¿Cómo te llamas? —le pregunté por cambiar de tema, porque lo del caballo era mucho para mí—. Yo soy Tristán, pero todos me llaman Motas.

No le dije nada de la vieja historia de mi apodo, porque si me pongo a explicarle que es por mi costumbre de poner motes por lo que me empezaron a llamar así, pero que fue mi amigo Lejía, el inglés, el que lo transformó en Motas, porque el pobre pronuncia el español como buenamente puede, a lo mejor le parezco un abuelo contando cosas del Pleistoceno, como hace el mío, sin ir más lejos.

—Me llamo Jose —dijo el chico—, pero no sé ni para qué, porque cada uno me llama como le da la gana. En mi casa soy «el niño», porque tengo cuatro hermanos mayores, y me parece que aunque tenga doscientos años, nunca me llamarán de otra forma; los

chicos del barrio me llaman el Pepe, y aquí en el instituto...bueno, aquí no me llama nadie.

La vida te da a veces una colleja en el cogote para que aprendas y dejes de quejarte, porque vamos, yo llevo mucho tiempo pensando que mi caso era desesperante por vivir con mis abuelos desde muy pequeño, y tener que soportar los consejos de mis tíos y la presencia de mis primas, sin unos padres que me castigasen, que me prohibiesen hacer cosas, y sin unos hermanos con los que discutir y rabiar todo el día; y resulta que, este pobre chaval, que tenía todo lo que yo soñaba, estaba mucho peor que yo, porque para llegar al extremo de tener que hablar con un caballo imaginario, hay que verse muy necesitado de compañía, creo yo.

Lo cierto es que me hice amigo de él. Sí, ya lo sé, siempre me pasa lo mismo, pero no puedo evitarlo. Mi tío dice que soy el abogado de las causas perdidas, que lo mismo que me llevo a casa perros abandonados o gatos con la pata rota, me las arreglo para tener amigos difíciles, bueno, él como se cree muy listo, dice «muchachos con problemas de inserción social», una frase más de las que suelta así, como si se le hubiesen ocurrido a él, pero que las escucha en la tele y luego las cuela cuando le parece mejor, a veces acierta y a veces mete la pata descaradamente, pero bueno, como estudió un año de Magisterio, es el que más ha estudiado de toda la familia, en eso tiene razón.

—Y no terminé la carrera porque tenía que trabajar en el campo —dice sacando pecho.

Mentira podrida, que un día vi en el desván de casa un montón de libros y cuadernos y me encontré las notas de ese primer y único año de carrera y vamos, las que no estaban suspensas era porque ni se había presentado al examen. Pero, está bien, porque el campo ganó un buen agricultor, y la enseñanza se libró de un maestro que hubiera terminado dejando a media España analfabeta.

Mi nuevo amigo, su caballo invisible y yo, nos empezamos a sentar juntos en clase, y poco a poco, nos hemos hecho inseparables los tres. Al fin y al cabo, todo el mundo ha tenido alguna vez un amigo imaginario ¿no?, bueno, pues tener un caballo de ciencia ficción tampoco es tan raro.

A los pocos días de conocernos, el Margi, como le llamé porque decía que toda la sociedad le marginaba, su caballo Vais, y yo, nos convertimos en el trío más popular del instituto. Estudiar no es que estudiásemos mucho, eso es cierto, porque repetir curso te da una tranquilidad tremenda: todo te suena, según lo va explicando el profesor es como si vivieras un fenómeno paranormal, como si llegases a un sitio donde ya has estado, y eso te relaja porque parece que ya te lo sabes todo. Si se piensa detenidamente, es un engaño, porque si te lo supieras todo, no estarías repitiendo

curso, pero bueno, eso es algo de lo que se da uno cuenta en junio, más o menos unos días antes de que den las notas finales, cuando la tragedia pesa en el ambiente, pero eso ya lo contaré más tarde, porque me gusta escribir unas memorias bien ordenadas y no adelantar acontecimientos, para no quitarle intriga, un truco literario de esos

— ¿Y tú por qué vives con tus abuelos? —me preguntó el Margi—. En la clase dicen que tus padres te abandonaron...

—Bueno, pero me abandonaron un poco, nada más...O sea, que mi madre desapareció, pero mi padre no.

— ¡Ah! ¿Y dónde está? ¿Trabaja fuera?

—No —le dije haciendo un tremendo esfuerzo porque no soporto hablar de este tema— Trabaja dentro. Dentro... de la cárcel.

Se quedó un poco cortado, pero en ese momento Vais pasó por nuestro lado al trote, y él tuvo que agarrarle de las riendas para que no se lanzase a correr por el medio de la calle.

— ¿Tú tienes padres? —pregunté para que estuviésemos iguales.

—Sí, yo tengo de todo: padres, madres, hermanas y abuelos. En mi casa hay tanto jaleo que yo creo que todavía no se han dado cuenta de que existo.

Soy alguien que está allí para que todo el mundo le regañe por algo, y ya está, poco más.

—Hombre, pero tener padres debe ser estupendo, yo muchas veces quiero imaginarme cómo sería mi madre y es que no puedo, no me hago idea...

El Margi, se puso entonces muy serio y como si fuese a dar un discurso para todas las naciones unidas y desunidas, me dijo:

—Mira, una madre es una señora que entra por la puerta ordenándote que coloques tu cuarto, aunque todavía no haya visto si lo tienes ordenado o no, ella simplemente da por hecho que lo tienes todo tirado, y acierta el cien por cien de las veces.

—Bueno, pero no serán todas iguales —le dije.

—Sí, bueno, casi todas son todas así, lo llevan en los genes, no pueden evitarlo, es como un «pack», viene todo junto.

— ¿Y tu padre? — pregunté con la esperanza de que la descripción fuese un poco más positiva.

—En casa— dijo.

—Digo que cómo es tu padre.

—Es un señor calvo, bajito y con barriga.

—Pero, bien, ¿no? Quiero decir que con él estás bien.

—No, estoy mucho mejor sin él, la verdad. Mi padre no trabaja porque dice que no encuentra, pero es como un círculo del que no puede salir, porque si no

encuentra trabajo es porque no lo busca, no sea que un día tenga la mala suerte de encontrarlo.

—Bueno, pero tiene que darte mucha alegría cuando entras en casa y lo encuentras allí...

—No, que va, me da mucha más alegría cuando entro en casa y no lo encuentro allí, porque normalmente me espera con la goma del butano en la mano, y me sacude con ella.

— ¿Tu padre te pega? —pregunté asombrado porque yo creía que esas cosas solo pasaban en los *telediaros*.

—Sí, ya te digo, me da con la goma del butano.

— ¿Pero por qué hace eso?

—Porque como no trabaja se aburre, como se aburre bebe, y como bebe se emborracha, y, entonces, pega. Es así, lo tenemos asumido, pero no se puede hacer nada, porque dice mi madre que la culpa es del gobierno por no darle trabajo, y contra el gobierno no se puede luchar, porque ellos son más fuertes.

— Pero habría que decírselo a la Policía o algo así ¿no?

— No, porque entonces les quitarían a mis padres mi custodia y me meterían interno en un colegio, o me mandarían con otra familia, y, la verdad es que no quiero ir con otra familia, la mía tiene sus cosas negativas, pero es eso, la mía. Prefiero esperar un poco

y cuando tenga dieciocho años me busco la vida y ya está. .

A mí me parecía imposible vivir en esas condiciones, pero cada uno se plantea la vida como puede, y él estaba tan mentalizado de que tenía que pasar unos cuantos años más de aquella forma, que lo que a mí me causaba una impresión tremenda, a él no le quitaba el sueño lo más mínimo.

No le dije nada, pero me dieron ganas de apadrinarlo y llevármelo a casa, al fin y al cabo, yo me quejaba de no vivir con mis padres, y, él, que los tenía, hubiera dado cualquier cosa por tener unos abuelos como los míos, con todas las manías del mundo, pero que desde luego, nunca me estaban esperando con la goma del butano en la mano para pegarme.

Así fue como el Margi, empezó a venir a mi pueblo muchas tardes. Al principio comía en su casa y luego cogía el autobús para llegar hasta Puente Seco, pero como había días que se le complicaban las cosas y no le dejaban venir, pensamos que era mejor irnos juntos después de clase, total, en su casa no lo echaban de menos si no aparecía hasta por la noche, y en la mía, nadie decía nada porque me llevase un amigo a comer.

A mis abuelos el Margi les cayó muy bien, pero lo que no conseguían entender era lo del caballo.

—El chico es muy majo —decía mi abuela—, pero a mí nadie me quita de la cabeza que le falta un tornillo...

Lo bueno que tiene Vais, es que con el tiempo, todo el mundo se termina acostumbrando a él, y hasta mi abuela, poco a poco lo fue aceptando como uno más de la familia, y, a veces, cuando entrábamos en casa y pisábamos por donde ella estaba fregando el suelo, nos regañaba a los tres:

— ¡Hala, hala! Todo pisoteado, y encima el caballo lleno de barro...

Mi abuela es así, le cuesta un poco modernizarse, pero luego lo acepta todo de maravilla. Bueno, casi todo, porque lo que no soportan ni ella ni mi abuelo es gastar dinero, así que el día que les dije lo del móvil...

—Que me quiero comprar un móvil —dije muy valiente a la hora de comer, que es cuando mi abuelo está más entretenido porque todo lo que cocina mi abuela le viene bien, y ella está pendiente del «parte» de la televisión, a ver qué dice «el hombre del tiempo».

Nada, ni caso, como si no hubiese dicho nada.

—Que digo que me quiero comprar un móvil, que soy el único de la clase que no lo tiene...

Entre lenteja y lenteja, mi abuelo levantó la vista del plato y me dijo sin dejar de saborearlas:

— ¡Anda! ¿Y para qué quieres tú un móvil?

—Pues para lo que lo quiere todo el mundo, para mandarse mensajes, para darse toques, o incluso para llamarse...—contesté.

—Mañana va a llover —dijo mi abuela al hilo de la conversación—. A ver cómo seco yo las cortinas, no sé para qué se me ocurrió lavarlas.

Pero no me desesperé porque ya les conozco y sé que es así, hay que tener mucha paciencia para conseguir que, al menos, escuchen lo que quiero.

— ¡Pero si lo tiene todo el mundo! ¿Por qué no puedo tenerlo yo?

— ¿Y cuánto vale un chisme de esos? —preguntó él sin perder de vista la cuchara que iba y

venía del plato a su boca y al contrario dejando poco espacio para la conversación.

—Pues...los hay de muchos precios, pero bueno, pueden ser a partir de unos... doscientos euros...

— ¡San Pedro! —dijo mi abuelo atragantándose del susto— ¡Pero eso es mucho dinero, chico!

—Pero abuelo, imagínate que un día me pasa cualquier cosa y no puedo venir a comer, o me retraso y pierdo el autobús o me ocurre una desgracia tremenda...Con el móvil puedo llamaros y así sabéis lo que ha pasado, no tenéis que estar preocupados.

Por unos segundos tuve la impresión de que tocando la fibra sensible les iba a ablandar el bolsillo, pero, mis abuelos, por no gastar no gastan ni bromas, y enseguida me dieron una solución.

—Está bien, eso está bien, pero vamos, que por doscientos euros, si te pasa cualquier cosa y no puedes venir, te coges un taxi hasta el pueblo y me lo dices en persona, vamos, que con un poco más te compras un taxi de segunda mano.

— ¡Que es mejor llamaros, hombre, si yo lo hago para que no estéis preocupados... ¡Encima que es por vosotros...!

Nada, son de la Virgen del puño, no sueltan los euros así como así.

— ¿Pero qué pasa?— terció mi abuela cuando acabó «el tiempo»— ¿Han quitado las cabinas de la calle?

¿Las cabinas? ¡Pero, si eso es del Mesozoico, por lo menos!

—Que quiere un móvil —le explicó mi abuelo—, y valen doscientos euros.

— ¡¿Doscientos euros?! No, no, no, que el otro día dijo un médico en la tele que van por ondas y las ondas esas son muy malas y dan enfermedades muy graves. Tú si tienes que llamarnos nos llamas desde una cabina y ya está.

— ¡Pero bueno! ¿Entonces cuándo voy a tener yo un móvil? ¿Cuándo tenga noventa años?

—Cuando trabajes, hijo, cuando trabajes y lo ganes tú, que cuesta mucho esfuerzo ganar el dinero como para irlo tirando así...

A veces me parece que mi abuelo es como un astronauta perdido en el espacio y sin ninguna conexión con la nave nodriza, solo que en vez de llevar escafandra, lleva boina.

Resulta que me quiere convencer de lo que cuesta ganar el dinero, como si yo no lo supiera, cuando es él el primero que no puede pasar por delante de un kiosco sin comprarse un fascículo de lo que sea, porque mi abuelo, aunque no lo quiera reconocer, es un *fasciculómano* de tomo y lomo.

El mes de septiembre es tremendo, porque es cuando empiezan a anunciar en la tele todas las colecciones que salen, y como el primer fascículo es mucho más barato, tenemos el número uno de todas las colecciones habidas y por haber. No hay día que vaya por Tornado y no regrese a casa con dos o tres cartones de esos enormes que dan con los primeros números, viene tan contento como si le hubiera tocado la lotería.

Tenemos el número uno de: *Los zapatos que usó Napoleón*, *Los paraguas más famosos del siglo veinte*, *Los abanicos en miniatura para tus muñecas favoritas*, *Los sombreros de la Mafia*, o *Las moscas de pesca que harán de ti un profesional*.

Todo, absolutamente todo lo que sale lo tenemos, eso sí, el número dos ya no lo compra porque es más caro, pero del uno no nos libramos sea lo que sea. Está convencido de que hay un nuevo planeta: el planeta «De Agostini».

Bueno, con la mitad de las colecciones que ha empezado él, me compraba yo un móvil de los de última generación, pero claro, eso no se lo puedo decir porque se ralla en plan y entra en modo ahorrador *Premium*.

Hasta que no gane mi propio dinero no me lo voy a poder comprar ¿verdad? Vale, pues ya sé lo que tengo que hacer, empezar a buscarme un trabajito, eso está bien claro.

Cuando se lo dije al Margi, lo flipó, porque tampoco es que él ande muy sobrado de *pasta*, y como un buen amigo, se prestó a ayudarme en lo que me hiciese falta.

—Podemos trabajar juntos y con lo que saquemos nos compramos un móvil cada uno —le dije todo ilusionado.

—No, no te preocupes, si yo no lo necesito, no tengo nadie a quien llamar, lo que saquemos te lo quedas tú, yo con tener para la comida de Vais, tengo de sobra. ¡Dichoso caballo! ¡Que ya se me ha escapado otra vez! ¡Vais, ven acá! ¡Que vengas te digo!

Y salió corriendo porque Luis Vaisilio de Todos los Caballos, estaba últimamente un poco revoltoso.

Bueno, pues dicho y hecho, al día siguiente nos pusimos el Margi y yo a buscar trabajo en los anuncios del periódico de Tornado, y nos entró una emoción tremenda cuando vimos la cantidad de ofertas que venían.

La ilusión se fue tan pronto como vino, porque en la mayoría pedían gente con más de veinte años, con mucha experiencia en lo que fuese, con carné de conducir de siete letras distintas, que tuviese todo el tiempo libre y que estuviese dispuesto a trabajar veinticinco horas al día.

¡Pero bueno! ¿Por qué ponen las cosas tan difíciles? ¿Qué pasa con los chicos adolescentes? A lo

mejor se creen que porque tenemos los pies enormes o los brazos larguísimos ya no podemos trabajar. Se deben de pensar que por llevar los pantalones con agujeros o las deportivas sin atar los cordones ya nos vamos a comer a alguien.

—Esto está muy chungo —dijo mi amigo—. A ver dónde vamos a encontrar un trabajo en el que nos admitan, que podamos seguir yendo a clase, que nos paguen algo y que no nos pidan diez años de experiencia...

—No sé, tío, no sé lo que hacer, pero yo quiero un móvil.

Es muy fastidiado eso de estar en el *paro*, pero muy fastidiado.

—Ya lo dijo Calderón de la mierda: «La vida es una barca» —dijo el Margi, y nos echamos a reír los dos, que es de las pocas cosas que se pueden hacer sin que te cuesten un céntimo.

Menos mal que yo no me doy por vencido fácilmente. Vivir en un pueblo me ha enseñado a ser fuerte y vivir con mis abuelos me ha enseñado a tener paciencia, y cuando menos lo esperas, salta la liebre.

Bueno, pues la liebre saltó o mejor dicho el conejo, cuando una mañana que les estaba mi abuela echando de comer, se le escapó uno de la conejera. Mi abuela se queja de que le duelen todos los huesos porque el reuma la está matando y todo eso, pero

cuando el conejo salió corriendo, se le olvidaron todos los dolores y corría como Nadal en pleno Roland Garros detrás del animal. Eso sí, mi abuela no se entretiene en todo lo que hace el tenista para *saca,r* ella va detrás del conejo como si se lo fuese a quitar Federer y lo da todo para no perder ese punto-conejo.

Debió ser la falta de práctica, o que había llovido por la noche y el suelo estaba algo resbaladizo, el caso es que del conejo nunca más se supo, pero mi abuela cayó un trompazo que casi se desencuaderna.

Hasta que me ayudó un vecino a meterla para casa, la tuve que tener sentada en el corral, porque yo solo no podía con ella, y además, cuando ya vi que no se había matado ni nada, me dio un ataque de risa de esos tontos, que no puedes parar por más que quieras y que trataba de disimular como podía porque, si se daba cuenta, corría serio peligro mi integridad física.

—No llores, hijo, no llores —me decía viendo que escondía la cara entre las manos—. Me he debido de «destornicar» todo el espinazo, pero yo creo que me salvo porque todavía respiro. ¡Angelico! ¡Qué susto ha llevado mi Tristanico! Sé fuerte, hijo, que no te vea tu abuelo llorar que ya sabes que él es muy «semental» y en seguida se emociona.

Y me daba la risa mucho más, porque esta mujer le da cada vuelco al diccionario que si la oyen los inteligentes esos que los fabrican, la echan de España.

Menos mal que me empezaban a caer lagrimones por la cara y podía disimularlo un poco, pero es que no podía por menos, de verla allí en medio del corral y con el optimismo que la caracterizaba:

—Si me muero, cuida de tu abuelo, que se cambie de camiseta todas las noches y no haga trampa, que siempre se pone lo de dentro para fuera y tira otro día con la misma. Y no te olvides de las gallinas, que él se cree que se crían solas, y ten cuidado con el horno ese pequeñajo que me regaló tu tío, que si metes una cuchara salen chispas, no se te ocurra utilizarlo que han dicho en la tele que te puede volver loco y da cáncer...

Así estuvo un rato, haciendo testamento hasta que pudimos meterla para casa y la vio el médico.

—No es nada, un pequeño esguince de tobillo que le curará en tres o cuatro semanas con reposo. Que tenga el pie en alto y tome una pastilla de estas si le duele mucho.

Le puso una venda pegajosa que le dejó el pie tieso, y no le dio más importancia.

Cuando mi abuelo llegó a casa, alguien le había dicho ya lo que había pasado, porque en los pueblos se entera uno de todo enseguida, y nada más que me vio en la puerta despidiendo al médico, dijo muy serio:

— ¿Murió?

— ¿Qué dices, abuelo?

— ¿Qué si murió ya tu abuela?

Todavía me admiro de que perteneciendo a una familia de «optimistas» como estos, yo haya salido con tan buen humor.

A pesar de todo, no hay mal que por bien no venga (parezco mi abuela con los «reflanes» como ella dice), y el esguince de tobillo trajo a nuestra casa una alegría insospechada y la posibilidad de que el Margi y yo aumentásemos nuestros ingresos gracias a mi especial intuición para los negocios.

La llegada de Encarni a casa fue como un sueño que se hace realidad, puede parecer muy cursi, y de hecho lo es, pero es que no sé ponerlo mejor.

Como mi abuela no podía atender la casa ni los animales, y mi abuelo no estaba dispuesto a renunciar al placer de dioses que era para él irse cada mañana con sus otros amigos jubilados a Tornado, simplemente a pasarse horas viendo las obras de la calle, no tuvimos más remedio que coger una chica para que ayudase en casa hasta que mi abuela estuviese mejor.

Encarni es la nieta de una vecina, y viene a veces al pueblo para hacerle compañía. Nos conocemos desde pequeños, pero, no sé por qué, el paso del tiempo no ha sido igual para ella que para mí, y, mientras en mi caso, se ha portado fatal llenándome la frente de granos y el cuerpo de pelos, en el suyo ha hecho maravillas y la ha convertido en una chica guapísima.

Cuando la conoció el Margi, casi le tengo que poner oxígeno para reanimarles a él y al caballo.

— ¿Pero de dónde ha salido? Tranquilo, Vais, tranquilo. Buen chico, buen chico...—decía acariciándole su crin imaginaria.

Desde aquel día se puede decir que fue como si mis abuelos y yo hubiésemos adoptado al Margi, porque se pasaba mucho más tiempo en nuestra casa

que en la suya, claro, que tampoco era de extrañar con el panorama que tenía.

Ver a Encarni moverse por la casa como un ciclón, dejándolo todo reluciente, se convirtió en nuestro entretenimiento preferido, nos quedábamos embobados mirándola, porque era alegre como ella sola y en vez de dos manos parecía que tenía siete. Era capaz de tender la ropa mientras dejaba puesta la olla con la comida, le llevaba a mi abuela unas tostadas con mermelada, sacaba brillo al suelo y pelaba patatas, todo a la vez y canturreando reguetón.

— Venga, chicos, a ver si vais aprendiendo, que esto lo podéis hacer vosotros igual que yo, ¿eh? La época en la que el trabajo de la casa lo hacían las mujeres ya pasó a la historia. Vamos, uno que vaya secando los cristales y el otro que coloque los platos en su sitio. Menos mirar y más hacer cosas.

Y mi abuela, que no se fiaba un pelo ni de ella ni de nosotros porque nunca se había visto en una situación así, nos lanzaba unas miradas asesinas desde el sofá donde estaba con la «pata tesa», mientras utilizaba el bastón que le habíamos traído, para cambiar los canales de la televisión. Descubrió que era mucho más cómodo que el mando a distancia con el que todavía se hacía un lío. Muchas veces, cuando estábamos en lo mejor de la película, iba a darle voz y en vez de eso cambiaba de canal, y para cuando quería

encontrar la película otra vez, ya nos habíamos perdido lo mejor. Con el bastón iba a tiro fijo, estaba encantada.

—Cuando me ponga bien de la pierna —le decía a Encarni— voy a ir a que me hagan un «cacheo» médico, porque ya voy teniendo una edad en la que hay que cuidarse. No es que me pase nada, porque lo único que me da guerra es la «falingitis clónica» que tengo todos los inviernos, pero nunca está de más que la miren a una bien mirada.

Mi abuela tiene faringitis crónica porque castiga la garganta de ella y los oídos de los demás cada vez que se pone a cantar por todo lo alto las canciones esas que son más viejas que el catarro, y en las que cambia la letra como le parece.

—Yo tenía que haber sido cantante, eso desde luego —dice muy convencida—, pero entonces no había programas en la tele para hacerse famoso, bueno, por no haber no había ni teles, y, claro, aquí en el pueblo no podían descubrirme por muy buena que fuese, pero no pierdo la esperanza. El día que a mí me oiga cantar Almodóvar o alguno de esos...

El día que la oiga cantar alguno de esos, como ella dice, se pegan un tiro con un tomate y salen corriendo del planeta (De Agostini).

— ¡Tristanico! —voceaba desde el sofá —Mira a ver si tú y el niño triste ayudáis un poco a la Encarni, que ya sois mayores para echar una mano...

—Nada de ayudar, señora, nada de ayudar, los hombres tienen que compartir las tareas, ahí está la diferencia, compartir.

Y nosotros nos ofrecíamos voluntarios para lo que fuese, con tal de estar cerca de Encarni, y lejos de mi abuela, que, con lo de estar en reposo, se aburría y tenía unas ganas tremendas de hablar y dar *la chapa* a cualquiera que pasase por su lado.

Menos mal que, como mi abuela es una institución en el pueblo, todo el mundo estaba pendiente de ella, y por las tardes se venían a nuestra casa para hacerle un poco de compañía. Con el cuento de la compañía, se pasaban allí las horas muertas: merendaban, veían las novelas de la tele, y luego, los programas esos en los que no salen nada más que desgracias. Estaban todo el tiempo criticando lo mala que es la televisión, que no *echan* nada para entretenerse, que solo saben hablar mal de unos y de otros, pero no pestañeaban para no perder detalle, y, por supuesto, ni una vez se les ocurría hacer algo tan fácil como apretar un botón para apagarla.

Mientras mi abuela y sus amigas le daban al chocolate y a las pastas en la salita, los respectivos maridos de cada una de ellas, con mi abuelo a la cabeza, organizaban una especie de casino en la cocina, y jugaban partidas en las que solo apostaban garbanzos,

pero viviéndolo de tal manera que parecía que se estaban jugando todas sus posesiones.

Así que, aquella casa que parecía un congreso de «yayos», solo estaba iluminada por Encarni y sus ajetreadas idas y venidas por los pasillos pues su trabajo se vio acrecentado la tarde en que se le ocurrió hacer un bizcocho y servírselo con un café a las visitas que tenía mi abuela.

No tardó ni media hora en extenderse por el pueblo la buena mano que tenía Encarni para la repostería, y al primer bizcocho le siguieron: una tarta de manzana tamaño plaza de toros, flanes de huevos caseros, tarta de tres chocolates, arroz con leche, helado de vainilla...postres que desaparecían de los platos a la velocidad de la luz, que lo acabamos de estudiar, y es una pasada.

Algunos vecinos iban directamente a la merienda y se olvidaban de preguntar por mi abuela, entraban a la cocina y se quedaban tan campantes olvidándose del verdadero motivo que les había llevado allí, aunque...a lo mejor, el verdadero motivo era merendar y lo de mi abuela era secundario.

— ¡A ver, esto no puede seguir así! —dijo Encarni ante el jolgorio que se preparaba cada tarde en casa.

Yo pensé que se nos había terminado el chollo de merendar cosas ricas todos los días, porque a mi

abuela, de los bocadillos de lomo, chorizo y jamón, no la saques, pero no era eso.

—A mí me encanta cocinar, soy feliz viendo que la gente saborea mis recetas, pero lo que no podemos es permitir este descontrol. La casa parece una feria en la era, y esto no es una feria, es la visita a una señora accidentada. Así que, he pensado algo, pero para eso necesito vuestra ayuda.

Al Margi, es oír «ayuda» y le entra como fiebre, se pone malísimo.

—Es que, yo, con el caballo...tengo poco tiempo libre.

— ¿Poco tiempo libre? Pero si pasas todo el día con este, aquí plantados como dos pasmarotes. Además, no estarás todo el día con el caballo, digo yo, vamos...

—Vais es un caballo muy especial, necesita estar conmigo siempre. ¿Verdad, Vais?

Yo juraría que hasta escuché al caballo relinchar, pero no dije nada. Encarni me miró frunciendo los ojos dándome a entender que no comprendía nada pero que le daba exactamente lo mismo.

— ¡A lo que vamos! Quiero que os pongáis a la puerta para organizar las entradas y salidas de la casa. Que venga todo el que quiera, pero ordenadamente. Aquí no pueden juntarse más de cinco o seis personas

porque, aunque la casa es grande, no hay que estar unos encima de otros, ¡caramba!

El Margi me miró, y, al mismo tiempo, yo le miré a él. O sea, que, nos miramos los dos. Nosotros queríamos trabajar, pero, cobrando, para poder comprarme un móvil, no estar como dos pringados dirigiendo el tráfico de entrada y salida del recinto, toda la tarde de pie, para nada.

—Y, las normas son claras —añadió Encarni como si aquella fuese la hazaña de su vida y de ello dependiese el destino del universo—. Primera: todo el que entre, antes de pasar por la cocina, pasará a saludar a la señora y a preguntarle qué tal se encuentra, porque se supone que vienen a eso.

«Se supone» pensé. Pero, no le dije nada porque la veía tan implicada que no quise quitarle la ilusión.

—Segunda: Se merienda una vez, y no vale ponerse a la cola otra vez fingiendo no haber tomado nada pero con los bigotes de chocolate, que no hay derecho. Y tercera: todo el que entra, sale, que hay días que me voy a las diez y sigue quedando gente remoloneando por la casa para llevarse las sobras cuando no les vea.

Guardó un momento de silencio y nos preguntó si nos había quedado todo bien claro.

—Esta misma tarde comienza vuestra misión, espero que hagáis un buen papel.

Un buen papel, no sé, pero en mi cabeza iba tomando cada vez más fuerza la idea de hacer de nuestro trabajo un buen... negocio.

Mi abuelo, que es un filósofo moderno pero rural, siempre dice que las cosas regaladas no se valoran, que, aunque sea un precio simbólico, se le da más importancia a todo si tenemos que pagar por ello. Y a mí, me gusta seguir los pasos de mis ancestros, oye, que nuestros mayores son muy sabios y todo eso, así que...

Pedimos un euro por barba, una cifra redonda, para no tener que andar dando cambio a nadie. Creo que nos quedamos cortos porque las raciones de Encarni eran muy abundantes, en cualquier cafetería de Tornado hubiesen cobrado bastante más por aquella merienda, pero como no queríamos que se descubriese el pastel (el nuestro, quiero decir), preferimos ser discretos y que no nos organizaran ninguna manifestación o algo así por poner precios desorbitados. La idea era que ni mis abuelos ni Encarni se diesen cuenta de la jugada, y para eso, lo mejor era que la gente quedase convencida de que merecía la pena pagar un eurillo por un chocolate con dulce casero.

Al principio les pareció un poco mal porque como llevaban días entrando gratis, no entendían que

tuviesen que para por lo mismo, pero después, la gula pudo más que la tacañería y las tardes se animaron.

Rondando las cinco, más o menos, empezaban a llegar las primeras visitas, pagando su euro sin rechistar, y cumpliendo las exigencias de la casa: interesarse por la salud de mi abuela y merendar una vez sin entretenerse demasiado para que, al salir, dejarasen hueco al siguiente comensal.

Pensamos que el negocio era rentable y, si se nos daba bien, siempre se podía subir el precio para la siguiente semana, y en vez de comprarme un móvil con lo básico, me compraría uno mejor. Como el Margi pasa de móviles, colaboró conmigo como si perteneciese a una ONG, él se conformaba con merendar en mi casa todos los días, porque le gusta más comer que nada en el mundo. Lo que pasa es que la vida a veces mete la pata hasta el fondo, porque vamos, colocar a un chico como él, en una casa como la suya, en la que se come muy de vez en cuando, tampoco es que sea muy justo.

Él adora la comida, y eso que está flaco como un galgo. Si pudiera, creo que se pasaría el día entre cazuelas, pero entre cazuelas llenas, no como las de su casa, que no tienen ni polvo. Una vez hicimos en clase de Plástica un joyero con macarrones, para luego pintarlo y ponerlo en casa de adorno, bueno, pues el del Margi no llegó ni a la puerta del instituto, se lo comió

por el camino, no sé cómo no se deshizo los dientes triturando los macarrones con tantas ganas como si nunca en su vida hubiese comido un manjar semejante.

Así que, llegaba a mi casa y cuando me veía poner en la mesa la hogaza de pan, se lanzaba en plancha. Los primeros días, mis abuelos le miraban sorprendidos, pero después ya lo veían normal y cuando venía el panadero por casa decía mi abuela: Deja dos hogazas, una para nosotros y otra para el triste.

— ¡Que no es triste, abuela! —le decía yo enfadado— Es que él es así.

—Será lo que quieras —me contestaba—, pero tiene una cara de desgracia que no puede con ella.

Esa es mi abuela, por la vena sentimental enseguida se la gana uno, yo creo que es la influencia de tantas películas como ha visto en la tele.

—De amor y lujo —dice siempre—. A mí me gustan las películas de amor y lujo porque para sufrir y pasar miserias ya está la vida.

Pero, lo dice para quedar bien, porque luego se pierde por un *culebrón* en el que se llore y se pase fatal, y no se priva del *telediario* aunque todo son malas noticias.

—Abuela —le dije el día que íbamos a empezar con la operación Encarni— esta tarde vendrán a verte las vecinas, pero con memos jaleo que otros días porque el Margi y yo nos vamos a encargar de poner orden.

—Muy bien, así me gusta, que seas organizado, hijo. Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio.

No le dije nada de que ese orden que ella alababa tenía un precio para las visitas. Guardarse parte de la información, no creo que se pueda considerar mentir.

Mientras comíamos empecé a echar cuentas. Si todo iba bien y la gente seguía yendo a una media de diez-doce vecinos cada tarde, en menos de veinte días podría tener mi móvil. Y si, por lo que fuese, a la abuela no le dieran el alta y tuviera que seguir de reposo otra semana más, el nivel del teléfono podría ir aumentando.

Me encantan estas cuentas en las que sale todo bien y además, sobra dinero, no entiendo por qué luego las cosas se tuercen y nada sale como se ha planeado.

—La danza sale de la panza—era la manera de mi abuela para indicarnos que antes de trabajar, lo primero era merendar—, saca el chorizo y el jamón, y al triste dale su hogaza que está en la despensa. Es un chico que estamos criando nosotros —les decía a las primeras visitas que iban llegando —porque viene de una familia de esas de ahora en las que cada uno anda por su lado y yo qué sé y qué sé yo lo que harán con el crío. Lo hemos recogido aquí para que, por lo menos, coma y no se trastorne más de lo que está porque a mí me parece que le falta un tornillo. El pobre, dice que tiene un caballo pero yo no lo he visto nunca, lo que pasa es que le doy la razón, porque he oído yo en la tele que es mejor no llevarles la contraria para que no sufran un “chok”, porque eso es muy malo... ¿O eso era a los sonámbulos? Bueno, no sé, es lo mismo, el caso es que el crío prácticamente vive con nosotros...

La dejé allí con su monólogo, feliz de poder hablar sin que nadie la interrumpiera, porque las otras no estaban como para intervenir en la conversación, y lo máximo que hacían era asentir con la cabeza mientras se decidían entre la tarta de piña al caramelo o el dulce de leche sobre cama de bizcocho borracho.

—La madre del niño triste trabaja de *drogodependiente*, según parece—escuché decir a mi abuela justo cuando pasaba por delante del comedor.

Una docena de veces le he explicado que no es lo mismo ser drogodependiente que trabajar de dependiente en una droguería, que es lo que hace la madre del Margi, y ella lo sabe muy bien, pero como le encanta añadir un poco de dramatismo a lo que cuenta y dejar a sus amigas con los ojos como platos, no hay quién le haga cambiar su manera de contar historias que en dos o tres días dejan de parecerse lo más mínimo a la realidad.

Cuando empecé a vivir con mis abuelos, yo acababa de nacer y debieron pensar que no iba a crecer nunca, por eso me asignaron la habitación más pequeña de la casa. Aunque mi abuela me ha dicho un montón de veces que me cambie para otra más grande, lo he ido dejando, porque me encuentro a gusto en ella: la tengo puesta a mi manera, con fotos de coches y motos que me gustan, y, además, tiene una ventana que mira hacia las montañas que rodean Puente Seco, y me gusta levantarme y verlas allí tan enormes, puede parecer otra cursilada, pero es que como no diga estas cosas en mis memorias, a ver dónde voy a ir a decirlas, porque si se me ocurre comentar en clase que me gustan las montañas, se pueden estar riendo dos meses, cosa normal porque yo haría lo mismo.

—Abuela, ¿qué tal ha ido la tarde? Bien organizada ¿a que sí? Es que... nos viene muy bien para... un trabajo que nos han mandado en clase de Valores, para mantenernos por nosotros mismos, ser más independientes y esas cosas...

—Bien, hijo, bien. «Pobrescicos» — dijo mi abuela— ¡Cuántas cosas os quieren enseñar ahora!

Por casa estaba todo controlado, pero lo que no podía imaginar fue la que se montó en clase al día siguiente.

Los nietos de los que habían ido el día antes a ver a mi abuela, empezaron a quejarse en plan que hay que tener morro para cobrar por visitar a una enferma, que así hace negocios cualquiera, que era muy cutre lo que había hecho...

Por curioso que parezca, es la vez que más integrado me he sentido en la clase, porque el Margi y yo, nos convertimos en el centro de atención, y eso, quieras o no, gusta un poco.

Los profesores, que parece que tienen un radar en la cabeza, lo captan todo, y enseguida se dieron cuenta de que algo estaba pasando, porque parecía que habíamos matado a alguien.

— ¡Pero bueno!— dijo el Poli, que no es que sea policía, es que tiene unas orejas tan grandes que en vez de pabellones auditivos tiene polideportivos, y por

eso le hemos rebautizado — ¿Qué demonios pasa aquí hoy? Podíais contármelo para ver si me lo paso tan bien como vosotros...

Frase típica, poco original, esfuerzo nulo y que da impresión de poco interés.

Eso es lo que me dijo a mí el Poli el día que en un examen le puse el mismo ejemplo del libro de Lengua: «ahí hay un hombre que dice ¡ay!»

Lo mismo pienso yo cuando ellos dicen las mismas cosas año tras año, y lo sé bien, que es el segundo año que hago este curso.

—Bueno, pues si no queréis decir nada, a ver si es verdad y os quedáis calladitos el resto de la clase.

Pero no hubo suerte, según se dio la vuelta, empezaron otra vez las conversaciones escondidas, como si fuésemos mafiosos perdidos, y mientras el Margi y yo tratábamos de defendernos de sus acusaciones que no eran más que ataques de envidia por no tener una abuela lesionada para hacer lo mismo, el otro dejó lo que estaba escribiendo en la pizarra y levantó la voz.

—¡Ya está bien! ¡Hasta aquí hemos llegado!— dijo el Poli batiendo sus enormes orejas y poniendo en peligro la salud de todos nosotros que corríamos riesgo de acatarrarnos con tanto aire como movía —. Ahora mismo vais a salir aquí tres *voluntarios forzosos* o de lo

contrario, mañana habrá examen sorpresa con suspenso general para todos.

Este profesor tiene un estilo muy peculiar porque anuncia los exámenes sorpresa con antelación, pero eso sí, cuando se pone de malas ya sabemos que no va a ser muy benevolente corrigiendo.

— ¡Vamos, venga! Tres voluntarios aquí ahora mismo...

Y como nadie levantó la mano, nos lanzó esa mirada penetrante que le sale desde lo más profundo de no sé dónde, pero que impone, y él lo sabe.

Empezó a caminar entre las mesas de la clase mientras nuestros corazones casi se nos salían del sitio, porque aunque no era raro en él este tipo de venganza, no acabábamos de acostumbrarnos, y nos producía una tensión que no puede ser buena para la salud, pero que tenemos que aguantar porque para eso somos la clase de los peores.

— ¡Tú! —dijo apuntando al Margi—
¡Voluntario!

Mi amigo me miró asustado, pero antes de salir al encerado, tuvo la valentía de dedicarme unas palabras por lo bajinis:

—Si me ocurre algo —dijo como si se fuese a la guerra— quiero que cuides de mi caballo.

Y casi me emociono, porque aunque sea un caballo imaginario, Vais es muy importante para él, y

yo sabía que si tenía ese gesto conmigo era porque me consideraba su mejor amigo, bueno, y el único, porque no tenía otros.

—Y tú también —dijo el Poli dirigiéndose a Luz del Mar, una de clase que es como la Barbie Petarda. Yo no le caigo bien porque la llamo Faro, y no creo que sea para enfadarse conmigo, la luz del mar es un faro ¿no?, pues eso, yo la llamo así para abreviar...bueno, y para fastidiarla, porque sé que se pica mucho con eso.

Ya solo faltaba por elegir otro de los «voluntarios» para salir al encerado, y en esos momentos me pongo muy nervioso, porque eso de verme allí, delante de todo el mundo, me da mucho corte, y encima, si fuese para dar un ejemplo de lo mucho que había atendido a la explicación, pues bueno, pero es que aquella mañana, con el jaleo que habíamos tenido no me había enterado de nada, es que no sabía ni de qué había estado hablando el bueno de el Poli.

Mientras nos mirábamos unos a otros y nos hacíamos los despistados, él seguía paseando entre nuestras mesas, y lo peor de todo era que había empezado a rascarse una oreja, lo cual era síntoma inequívoco de que el enfado estaba adquiriendo tintes preocupantes.

— ¡Y tú, Alegre, voluntario!

En ese momento se escuchó en la clase la respiración profunda de todos, porque hasta entonces

habíamos estado reteniendo el aire en los pulmones, como si al no respirar, pudiésemos pasar más desapercibidos.

Luis Alegre Alegre es un chaval que no ha necesitado ni siquiera que yo le pusiera mote, porque con esos apellidos y la vida amargada que lleva, ya bastante tiene. Sus padres no se resignan a tener un hijo en la clase de los peores, y le mandan a clases particulares de inglés, de matemáticas, de francés, de solfeo...y además, va también al psicólogo, porque el pobre Luis, con tantas actividades extraescolares, maneja una torta de cuidado. A mí me mola que le saquen al encerado, porque le pregunten lo que le pregunten, él no se queda callado nunca, y con las respuestas que da, nos partimos el pecho de risa. La última vez que le sacó el de Naturales y le preguntó el nombre de un planeta, dijo: «El de los simios», y se quedó tan campante mientras los demás nos reíamos en plan ahogo porque está visto que, incluso en la clase de los peores, hay unos *más peores* que otros.

Aquella mañana, mientras el Poli maquinaba las maldades que les iba a preguntar a los tres *voluntarios forzosos*, yo cuidaba de Vais, porque tengo que reconocer que estoy tan acostumbrado a ver al Margi siempre tan pendiente de él, que, a veces, hasta me sorprende a mí mismo preocupado por el dichoso caballo.

—Bueno, bueno...—dijo el Poli, con un tonillo que en el fondo significaba «malo, malo»—. Vamos a ver lo que han atendido ustedes a la explicación de hoy.

Cuando nos trataba de usted, ya era para ponerse a temblar, porque se notaba que quería marcar las distancias entre el todopoderoso, que era él, y los pobrecillos pecadores que éramos nosotros, sobre todo, los que en ese momento se iban a martirizar en nombre de todos.

—Señor Alegre... ¿podría hacernos un breve resumen de la exposición que se ha hecho en la clase de hoy?

El silencio era total, no por apoyar a Luis, sino porque todos esperábamos con ansiedad lo que iba a soltar por aquella boca sabiendo que nos iba a hacer reír fijo.

—Le repito la pregunta. ¿Podría hacernos un breve resumen de lo que he estado explicando hoy?

—Podría —dijo Luis muy serio— Lo que es poder, podría, pero es que igual no me sale lo que se dice breve, y entonces prefiero callarme.

Nos reímos todos menos el profesor, que no sé cómo pudo aguantarse, la verdad.

—Me conformaría con que nos dijese algo de la vida de Lorca —dijo muy serio, como si quisiese pasar por alto la respuesta de Luis.

Entonces, los ojillos del chico se iluminaron como si hubiese visto la oportunidad de lucirse, y poniéndose muy tieso dijo:

—Sí, sí, Lorca, la ballena asesina, fue muy famosa por su costumbre de comerse a la gente, aunque luego la liberaron... ¿O esa fue Willy? Bueno, el caso es que...

Y no pudo seguir hablando, porque para aquellas alturas estábamos todos por el suelo.

— ¡Siéntese, siéntese de inmediato! ¡Esto es el colmo, yo ya no puedo más!

El Margi y Faro estaban temblando, porque las orejas del profesor estaban poniéndose incandescentes, y con lo grandes que son, podía arder todo el instituto.

—Ustedes dos. ¿Pueden decirme algo de la vida de Lorca?

—Era escritor —dijo el Margi muy orgulloso.

—Muy bien, hombre, por lo menos algo hemos sacado en claro.

Y mi amigo me miró desde la tarima donde estaba subido más en calidad de reo que de voluntario, como si se sintiese el rey del mundo por haber logrado dar una respuesta acertada a las exigencias del profesor.

—Y una vez centrado el tema ¿Qué más sabemos de Lorca, señorita Luz del Mar?

Hubo unos instantes de tensión gorda, hasta que por fin ella contestó muy digna:

—Que se ha muerto... porque... ya no vive.

La Faro se cree muy lista, pero también tiene golpes monumentales, como la vez que el mismo Poli le preguntó por Antonio Machado y le dijo que era un señor bajito que cantaba con unas maracas y pintaba angelitos negros. Yo sabía que ese era Antonio Machín, un cantante del año de *maricastaña* que a mi abuelo le gusta mucho, y me estuve riendo tres días seguidos, pero el profesor no se lo tomó de la misma manera, es un hombre que no acaba de asumir que la literatura no es nuestro fuerte.

Bueno, regresando a la mañana de los tres voluntarios, mandó a los dos que le quedaban a su sitio y nos cayó un suspenso general, pero bueno, nosotros somos chicos y chicas muy curtidos en estos temas y no nos afectó demasiado verlo salir de clase como si no pudiese con la vida. Hay que ver qué cara más dura, como sigamos así, va a parecer que las víctimas son ellos en vez de serlo nosotros, que nos lo pasamos mejor, pero al fin y al cabo somos los «sufridores».

En el cambio de clase seguimos discutiendo sobre la conveniencia o no de cobrar, no por visitar a una enferma, sino por *ponerse las botas* comiendo como boas que era a lo que iban en realidad por mucho que los nietos de los comilones quisieran limpiar la imagen familiar.

—Abuela, que ya estamos aquí a seguir con lo del trabajo— le dije cuando llegamos por la tarde a casa dispuestos a todo menos a estudiar, claro.

—Vale, hijo, os lo agradezco mucho. A ver si ya me queda poco de dar guerra, espero que mañana me quiten ya este trasto y pueda volver a caminar.

—No tengas prisa, mujer, que eso hay que dejarlo bien curado.

No es que no quisiera que mi abuela estuviese bien, pero por haber tardado otro par de tardes en levantar el campamento, tampoco hubiese pasado nada.

Aquella tarde fue buena porque mientras hacíamos nuestra labor de porteros de discoteca... más o menos, nos dio por recordar las cosas que nos habían pasado en clase, y nos moríamos de risa, como cuando nos tuvieron una semana haciendo simulacros de incendio y luego, cuando al cabo de un mes más o menos, hubo fuego de verdad en la parte baja del instituto, nos salimos todos de clase pisoteándonos todo lo que podíamos, olvidando por completo el orden y buenas maneras que nos habían enseñado para estos casos y que cuando la cosa va en serio, todo cambia mucho, no se puede luchar contra el instinto de supervivencia..

— ¿Te acuerdas que el Poli no se movió de su mesa porque pensó que era otro simulacro? —dijo uno.

Y hala, otra carcajada más, porque el recuerdo del profesor, riéndose de nosotros por habernos asustado por un «humo de pega», allí clavado a su silla haciéndose el valiente, mientras nosotros nos matábamos por llegar abajo como fuese, era para no parar de reír en toda la tarde.

Se salvó de aquella, pero se churruscó a base de bien, porque incluso cuando los bomberos insistían en que había que abandonar el edificio, él seguía pensando

que era parte del simulacro, solo que aquella vez lo estaban haciendo con más realismo. Hasta que no vio las llamas desde la ventana, no se lo tomó en serio, y cuando pudieron rescatarle salió como un deshollinador, todo negruzco y medio ahogado, pero sin dar su brazo a torcer:

— ¡Menuda veracidad que le ponen ustedes a los simulacros! —les iba diciendo a los bomberos, mientras ellos se le quedaban mirando sin poderse creer lo que veían.

También recordamos otra de las veces que sacaron a Faro al encerado para preguntarle sobre pintores famosos, concretamente sobre Leonardo Da Vinci, que era el que habíamos estado estudiando, cuando pintó *La última cena*. Bueno, pues ella, que no se había enterado de nada, no quería reconocerlo, y aunque no se acordaba del nombre, no se daba por vencida:

—Venga, mujer —le decía el profesor— Italiano...muy famoso...se llamaba Leonardo y el apellido empieza por D, a ver, es muy conocido, realizó obras inolvidables..

— ¡Ya está!—dijo ella como si hubiese visto el cielo abierto— ¡Leonardo Di Caprio!

El día que pasó aquello nos partimos el pecho de risa, y después al recordarlo, nos pasó lo mismo.

Carcajadas nivel Dios, creo que algún abuelo incluso aprovechó para colarse.

Todo iba genial, los euros iban de los bolsillos de las visitas a los nuestros y la misión seguía siendo secreta a pesar de las acusaciones que se nos habían hecho en clase. La tarde se estaba dando de maravilla, hasta que dejó de darse.

Fue Encarni la que empezó a dar voces, viniendo desde la cocina hacia nosotros como una leona de la selva africana y dando unas voces que obligaron a los abuelos a bajar el sonido de sus audífonos porque les estaba taladrando el tímpano.

— ¡Cobrando por mis dulces! ¡Cobrando por entrar en la casa! ¡Por ver a la señora! A su propia abuela, señor, a su propia abuela.

Utilicé una de las frases que puede salvarte cuando estás en un apuro.

—No es lo que parece, Encarni, puedo explicártelo, de verdad, que no es lo que piensas. ¿Cómo crees que voy a cobrar yo por venir a ver a la abuela? ¡Que no, mujer, que no!

Mientras comprendes que la has cagado pero bien, y la otra abre mucho los ojos porque no comprende lo que estás diciendo, te da tiempo a pensar la siguiente disculpa.

—No sé quién te ha dicho eso, pero es que no lo han entendido bien.

—¡¡Todos!! Lo han dicho todos, que tú y tu amigo les cobráis un euro por entrar en casa, por venir a preguntar por la señora.

— ¿Ves? No se han enterado de nada. No les cobramos por eso, les cobramos por tu trabajo, por esos dulces que les estás haciendo durante toda la tarde y que nadie valora. Nosotros queríamos juntar todo ese dinero y... dártelo a ti, para compensarte de tanto trabajo, era una sorpresa, pero, claro, ya tuvo alguien que fastidiarla.

Creo que por un momento la convencí, incluso me da la impresión de que la conmoví un poco, pero en esas apareció mi abuelo con la cachava en alto y la ilusión desapareció.

— ¡Qué vergüenza! ¡San Pedro, qué vergüenza más grandísima! ¡Lo que estaban haciendo! ¡Lo que estaban haciendo...!

Todo ocurrió muy deprisa: con las voces de mi abuelo salieron a ver qué pasaba las amigas de mi abuela que no querían perderse la juerga, y hasta mi abuela salió a la puerta olvidándose totalmente de lo mucho que le dolía la pierna.

— ¡In *fregantes*!— decía mi abuelo a todo el público— Les hemos pillado *in fregantes*, estaban cobrando por entrar en casa ¿Eso es lo que os enseñan ahora en la escuela? ¡Picardías y más picardías, pero educación ninguna!

Mi abuela casi nos atiza con la muleta, corría que se mataba detrás de nosotros mientras nos amenazaba con llevarnos a todas las policías del mundo y se imaginaba el follón que se iba a armar en el pueblo cuando viniesen televisiones de todas las capitales para entrevistarles (a ellos, no a nosotros), sobre ese nieto desagradecido y descarriado en que me había convertido.

Cuando después de ponernos verdes, se calmaron un poco, nos mandaron castigados al corral, y allí pudimos por fin cambiar impresiones el Margi y yo.

— ¡La que se ha formado, tío! ¿Tú crees que después de esto nos dejarán merendar?

El Margi es así, tiene tan arraigado lo de la comida, que no puede pensar en otra cosa hasta que no tenga la barriga llena aunque estemos a punto de entrar en el calabozo.

—A ti seguro que sí —le dije—, pero, vamos, yo ya me puedo ir olvidando no solo de merendar, sino del móvil y de todo lo que signifique soltar un euro.

Puente Seco es un pueblo pequeño, y noticias como esta no ocurren todos los días, incluso trascendió las fronteras y llegó al pueblo de mi tío, que vive al lado, y en media hora se presentó en casa de mis abuelos con mi tía y mis primas, para aumentar con ello el escándalo y recordarnos lo de la honra de la familia y todo eso.

Nos encontraron en el corral, porque yo no tenía fuerza moral para entrar en casa. El Margi había cogido una ristra de chorizo de las que tiene mi abuela colgadas en la cocina de fuera, donde les pone humo para que *se curen*, y la estaba comiendo sin pan, ni cuchillo, ni nada, a mordiscos, porque él es muy sencillo y no se anda con remilgos.

—Ven acá Vais, tranquilo, tranquilo, buen chico— decía con la boca llena, mientras le pasaba la mano sobre el lomo —.Se ha asustado el pobre, no está acostumbrado a estos jaleos, y mira que en mi casa todos los días hay movida.

En esas, se abrió la puerta grande del corral y entraron como cuatro Miuras mis tíos y mis primas, que nos miraron igual que si fuésemos los asesinos peores que se pueda uno imaginar.

— ¡Estarás orgulloso! —dijo mi tío—¡Ningún Saldaña! ¿Lo oyes? ¡Ningún Saldaña había cometido nunca semejante fechoría! Eres de la piel del diablo...

—Es de la piel de tu hermano —dijo mi tía sabiendo que eso es lo que más me joroba.

No conozco a mi padre, sé que está en la cárcel por algo que hizo al poco de nacer yo, comprendo que si está allí no será muy bueno lo que hizo, y también comprendo que si no se ha ocupado de mí nunca, no será muy buen padre, pero no soporto que me lo pasen así por la nariz, porque yo no tengo la culpa de lo que él

hiciese, y porque sé que tienen más datos que yo y los aprovechan para hacerme daño.

Esto solo lo pongo aquí, porque son mis memorias y no me voy a andar con mentiras porque para eso no las escribo, pero con la gente, hago como que me da igual lo que me digan, como que nunca me ha importado no conocer a mis padres. Y con mis tíos, hago como que no les oigo, porque no quiero darles el gusto de ver que lo que dicen me fastidia.

—Es digno hijo de sus padres, no quiero que os acerquéis a él para nada ¿entendido? ¡Para nada! —les dijo a mis primas metiéndolas en la casa, como si el Margi y yo fuésemos un par de tiñosos.

Pues que no hubiesen venido, que yo no les llamé.

Ya se estaba haciendo de noche cuando la mayoría de los vecinos y vecinas se fueron yendo para sus casas, y también mis tíos y mis primas salieron para montarse en el coche y poner rumbo a su pueblo, eso sí, no sin antes leerme la debida sentencia:

—Que sepas que estás castigado. Creo que querías un móvil ¿no? Pues ya te puedes ir olvidando de todo eso. Ya le he dicho a tu abuelo que ni se le ocurra. Lo que vas a hacer es estudiar más, a ver si así tienes menos tiempo de pensar en estafar a los demás. Mañana mismo te voy a apuntar a un curso de Informática, y este año, cuando llegue el verano ni campamento ni

nada, te quedarás aquí, atendiendo el ganado y estudiando los tres meses. ¡Que lo sepas!

No le contesté nada porque me iba a dar igual, pero vamos, me fastidió mucho que intentará hacerme creer que por aquel incidente me había quedado sin móvil, porque yo sabía muy bien que mi abuelo no me lo iba a comprar ni en sueños, pero lo decían para chincharme, creyendo que con eso me iba a poner a llorar.

Lo de las clases de Informática me hizo mucha gracia, porque no tengo ordenador. ¡Qué más quisiera yo! Pero mi abuelo sigue creyendo que eso es solo para los bancos y las casas ricas, que los chavales no deben tener ordenadores porque no los entienden. A mí me parece que hacer un curso de Informática sin tener ordenador es como querer y no poder, como apuntarte a un curso de natación para practicar en la bañera de casa, no sé, no lo veo lógico, por eso, por mucho que se empeñase mi tío, no pensaba ir. Pero lo que me fastidió de verdad, fue su obsesión por llevarme la contraria en todo.

El año pasado se ofuscó en la idea de enviarme a un campamento de verano, y aunque yo no quería ir ni a tiros, me tocó aguantarme y pasar allí lo que yo creí que iban a ser los peores días de mi vida. Fue ahí cuando empecé a escribir mis memorias.

Resulta que luego me lo pasé de miedo, conocí a los mejores amigos que he tenido nunca y disfruté como un enano con las cosas que nos pasaron. Este año tenía unas ganas enormes de que llegase el verano para poder ir otra vez y así volver a verlos a todos, y mira por dónde, basta que yo quiera ir, mi tío, que lo sabe de sobra, me castiga a quedarme los tres meses aquí metido.

—No tiene derecho a hacerme eso —le dije al Margi—. Tampoco hemos matado nadie, a ver quién de ellos no ha hecho alguna trastada en su vida.

En esas, mi abuela nos llamó a cenar, y entramos los dos sin decir ni media palabra. Encarni se había quedado y había preparado la cena. Estaba terminando de poner la mesa cuando nosotros entramos, nos miró un poco atravesado, pero no dijo nada.

—Venga hija, márchate ya, que hoy has hecho más de la cuenta —le dijo mi abuela.

Encarni se quitó el delantal y se fue para arriba a cambiarse. Yo me sentí muy mal, porque se puede ser un gamberro mientras no se entere nadie, pero cuando ya lo sabe todo el mundo, te da un poco de corte, sobre todo con la interesada, que era Encarni.

— ¿Subimos a pedirle disculpas? —dijo el Margi, que a veces parece pensar con mi cabeza.

—Yo creo que sí —le dije.

Y como dos corderos, subimos las escaleras para ir al pasillo de arriba y hablar con ella cuando saliese.

De repente, me di cuenta de que había alguien cuchicheando en la parte de arriba, justo antes de la entrada a las habitaciones.

El Margi y yo nos miramos sin entender nada. Si Encarni había entrado en el baño, donde se la oía trajar con las bolsas de ropa y los frascos, ¿quién estaba allí con la luz apagada? ¡Lo que nos faltaba! Que encima hubiese ladrones o algo así...

Sin pensarlo dos veces nos fuimos para allá dispuestos a arriesgar nuestras vidas si fuese preciso. Antes de nuestro ataque por sorpresa nos quedamos escuchando unos segundos:

—Has cogido dos de manzana y una de chocolate, eso son uno cincuenta —identifiqué la voz de mi abuelo.

— ¡Dijiste a cuarenta! Cada ración a cuarenta, así que son uno veinte.

—Yo he cogido una sola, así que, ahí van mis cuarenta céntimos.

— ¡Sí, claro! Una sola, pero el trozo más grande —respondía mi abuelo enfadado.

—Hablamos de raciones, no de tamaño, haberlas hecho con el metro para que fuesen todas iguales.

En ese momento encendimos la luz.

Mi abuelo y dos de sus amigos se nos quedaron mirando como si fuésemos fantasmas.

Uno de ellos se quedó mirándonos con la boca tan abierta que se le cayó la dentadura postiza, el otro hizo como que no iba con él y se puso a mirar para el techo mientras con las manos en la espalda trataba de esconder el cuerpo del delito.

— ¿Abuelo? —pregunté porque no me podía creer lo que estaba viendo— ¿Estás vendiendo los pasteles que han sobrado?

—Te compro el móvil que quieras, pero a tu abuela ni una palabra de esto.

Sí, tengo un móvil de tercera generación con todos los servicios que uno se puede imaginar para un teléfono, porque los remordimientos de conciencia de mi abuelo y el miedo a que me fuese de la lengua eran tan grandes como mis ganas de tenerlo, pero...sigo teniendo los mismos problemas, porque ahora, a ver de dónde saco el dinero para recargarle la tarjeta dichosa.

Encima, a mi abuela y a mi tío, les hemos dicho que me tocó en un sorteo del instituto, para que no se pusiesen como basiliscos si se enteraban de que me lo había comprado mi abuelo.

—Si es que...todo en la vida se reduce al dinero...—decía el Margi en su habitual tono pesimista del que no era capaz de sacarle ni contándole veinte chistes seguidos.

—Todo, todo no —respondí—. Mira, en el pueblo puedes pasarte una tarde de lo más entretenida pescando en el río, y sin gastarte un euro...

— ¿Pescando? ¡Muy bien! Pero seguimos sin dinero para cargar el móvil o para tomar una hamburguesa por ahí.

La verdad es que, los viernes por la tarde, lo más normal es irse a dar una vuelta por Tornado y luego tomar una pizza o una hamburguesa pero para eso hace

falta dinero, y con esto, volvemos al principio: ¿de dónde lo sacamos?

No sé por qué, pero de repente, cuando tenía el móvil, se me quitaron las ganas de tenerlo y hubiera dado lo que hubiera sido por tener un ordenador con Internet en casa. ¡Menudas tardes nos íbamos a pasar el Margi y yo! Es que no me lo podía ni imaginar, vamos...

Lo vi muy claro, si había conseguido tener un teléfono, también podría conseguir un ordenador, todo era cuestión de darle la brasa a mi abuelo, yo soy muy cabezota y no me doy por vencido fácilmente, el problema principal no estaba en mi falta de paciencia, que ya digo que de eso nada, lo peor era hacerle entender que después del móvil no se habían terminado todos mis deseos.

Para mis abuelos, los chicos de ahora tenemos mucho vicio, se nos antojan todas las cosas y nunca estamos contentos con nada. Mi abuela lo llama «capricherío», y mi abuelo consumismo, pero es que se cree que todo el mundo tiene que ser como él, que lleva años «consumismo» abrigo, «consumismo» pantalón y hasta «consumisma» tacañería.

—Que yo quería comprar un ordenador —dije un día, cuando lo de Encarni ya estaba superado y yo creía que incluso se habían olvidado de lo del móvil.

— ¿Un qué?— dijo mi abuela.

—Un ordenador. Un aparato para estudiar mejor, para hacer los trabajos de clase y tener hasta libros metidos allí dentro. Me hace mucha falta — insistí para reforzar un poco mis argumentos y añadir luego esa frase que decimos los chavales y que vale para todo— Soy el único de clase que no lo tiene...

Mi abuelo me miró por encima de las gafas y por un momento hasta me hizo creer que le había convencido, pero qué va, solo estaba pensando cómo chafarme las ilusiones.

—Si quieres hacer los trabajos de clase a máquina de escribir, tu tío tiene una que ya no utiliza, y es muy buena eh, muy buena.

Sí, claro, una Olivetti que es más antigua que andar «palante», que ya le intenté usar alguna vez y hay que aporrear las teclas para marcar cada letra, hasta que se te juntan todas las barritas que lleva por dentro y encima de no escribir, terminas con los dedos como morcillas, del daño que te has hecho.

—Pero es que, con un ordenador puedo hacer de todo, si le ponemos Internet ya no hacen falta enciclopedias ni nada de eso, porque te mandan toda la información a casa, no tienes ni que moverte del sitio...

— *¿Intrené?* Eso lo he oído yo en la tele, pero dicen que no es bueno para los chicos porque tiene ganchos o no sé qué, que se quedan allí «colgados», y

no te rías, porque lo han dicho en *el parte* de las tres hace unos días.

—Que sí, abuela, y seguro que da cáncer.

— ¡Además! Eso fijo.

Para mi abuela, todos los inventos modernos o dan cáncer o son malísimos por lo que sea. Ha oído decir que hay gente que *se engancha* a Internet y se cree que salen ganchos de la pantalla que les dejan allí acogotados durante meses.

—Que no es eso, abuela —intento explicarle, inútilmente, pero lo intento—, que es una cosa que sirve para conectarte con todo el mundo, yo puedo entrar ahí sentado y hablar con uno de...de Guatemala, por ejemplo. ¿Qué te parece?

—Una solemne tontería —me interrumpió mi abuelo—, porque vamos, resulta que se pasan días que no te hablas con el vecino de al lado, pero te vas a poner a hablar con uno de Guatemala, que ya ves tú lo que te importará a ti el de Guatemala...

—Pues las primas lo tienen.

Esa es la razón que peor les sienta, y por eso la reservo para el final, cuando no veo otro recurso y no me dejan más opción que sacar a relucir algo que, a pesar de ser cierto, no les gusta ni un pelo escuchar, claro que me dan una contestación que también es siempre la misma, que no soluciona nada, pero ante la cual, tampoco puedo seguir insistiendo:

—Tus primas son tus primas, y si tu tío se lo quiere comprar allá él...

Bueno, pues nada, otra vez a discurrir a ver cómo demonios me gano yo dinero para tener un ordenador en condiciones, porque si mis primas son mis primas, yo soy Tristán Saldaña y eso tampoco es moco de pavo.

Lo hablé con el Margi, que es como mi conciencia y me apoya en todas las causas a las que yo me apunte, por perdidas que parezcan desde el principio.

—A mí los ordenadores no me gustan, además en mi casa cada poco nos cortan la luz, así que yo no podría tenerlo, pero nos podemos inventar algo para que lo tengas tú. No sé, algo divertido... Mi hermano puede hacerse con uno en unos días, nada más tienes que decirme qué es exactamente lo que quieres, y él te lo consigue, entiende bastante de esos temas.

— ¿Es informático? —le pregunté, porque habla poco de su familia y no estoy muy al tanto de sus profesiones.

—No, es ladrón, bueno, delincuente, que queda mejor.

No era esa la idea que yo tenía de conseguir un ordenador, solo me faltaba meter en casa de mis abuelos un aparato robado y que nos pillase alguien...

—Oye —, le dije al Margi— ¿en tu casa hay alguien normal?

—Sí, yo...—dijo mientras se subía en su caballo y comenzaba a galopar alrededor de mí como si estuviésemos en plena selva—. Yo soy el único que tiene los pies en la tierra y con las ideas claras, el resto, ya te he dicho que cada uno anda a su bola, y eso es una suerte porque como nadie se preocupa de mí, puedo ir a clase o no, ir a comer o no, ir a dormir o no...Hasta que no pasan tres o cuatro días nadie me echa en falta, por eso tengo al caballo, bueno, y a ti, sois mis dos mejores amigos, ya lo sabes, así que dinos cómo podemos ayudarte a sacar dinero para el ordenador, y nos ponemos manos a la obra.

Hay que reconocer que las palabras del Margi pueden parecer de otro planeta, pero a mí me conmovieron, porque aunque esté un poco «payá» lo dice todo con sentimiento, le ves que dice la verdad, y eso hoy día, no se da mucho. Por muchos colegas que tengas —que yo, ni siquiera eso—, cada uno se interesa por lo suyo y punto, sin embargo, el Margi es feliz si te puede echar una mano y no te pide a cambio más que una ristra de chorizo o su hogaza de pan, con eso es feliz.

Una vez me llevó con él a su casa, y cómo sería que cuando regresé a la mía, me sentí feliz de vivir con mis abuelos y comprendí perfectamente por qué el

Margi se había acoplado de aquella manera con nosotros, porque vamos, aunque a veces me quejo de vivir con dos personas de la era de Cromañón, mi casa es un remanso de paz comparada con la suya.

El día que le acompañé a su casa fue porque se había olvidado de llevar chándal y teníamos Educación Física, así que, como no vive muy lejos del instituto, en el recreo nos acercamos para que se cambiase de ropa.

Nada más volver la esquina, vimos al final de la calle dos coches patrulla con las luces y las sirenas a toda pastilla, estaban a la puerta de su casa, pero él ni se inmutó.

Entramos como si no pasase nada entre los vecinos que se asomaban a los descansillos protestando por la movida que se había organizado, pero nosotros tan campantes, íbamos subiendo las escaleras hasta que nos cruzamos con dos policías que se llevaban esposado a un chico de veintitantos años.

— ¿Qué pasa chaval? —le dijo el Margi a modo de saludo— ¿Otra vez te han trincado?

— ¡Ya te digo! —respondió el otro sin pararse porque no le dejaban —Estos «maderos» no nos dejan «trabajar»...

—Es mi hermano —dijo con un tono que no supe si era de orgullo o de pena.

— ¿El de los ordenadores?

—No, ese es el mayor, este se dedica al *top manta* y cosas de esas.

Yo creo que se lo llevaron más por las «cosas de esas» que por lo del *top manta*, porque antes de llegar a su casa, nos encontramos bajando otros cuantos policías que iban cargados hasta los dientes con unas bolsas enormes de bolsos, zapatillas, tabaco, aparatos de música y no sé cuántos telares más.

Todo lo que a mí me dejaba boquiabierto, al Margi le resbalaba, se notaba mucho que no era la primera vez que le pasaba, y que estaba más que acostumbrado a aquellas situaciones.

Cuando llegamos al piso en el que vivía, encontramos la puerta abierta, dentro estaba un señor en camiseta cantando *Asturias, patria querida*, pero muy mal cantado, porque casi no se tenía de pié. Estaba abrazado a una botella de vino y se mondaba de risa él solo.

Cuando vio al Margi se puso en guardia y mientras mi amigo se escurría por un pasillo hacia el fondo de la casa, el señor empezaba a vocearle:

— ¡Ven aquí! ¡Que vengas te digo! ¡Que te voy a medir las costillas con la goma del butano!

Yo me quedé allí como si me hubiesen clavado en el suelo. Muchas veces el Margi me había contado que su familia era muy diferente a la mía, pero nunca me imaginé que pudiera serlo tanto.

Mientras mi amigo se cambiaba de ropa, su padre se percató de mi presencia y acercándose un poco a mí me dijo:

— ¡Anda! ¿Y tú quién eres? ¿Eres hijo mío también?

—No, no —me apresuré a decir—. Soy un amigo, me llamo Tristán, Tristán Saldaña.

— ¡Qué nombre tan raro! Tristán, no lo había oído en mi vida. Tristán Saldaña. Te llamaré Tristaña. ¿Qué te parece? Mucho mejor, ¿verdad? Tristaña.

Y como si hubiese contado el chiste más gracioso del mundo se empezó a morir de risa él solo, pero vamos, es que se tiraba por el suelo, no podía parar de reírse, y yo no sabía ni qué hacer.

En ese momento, el Margi salió ya con el chándal puesto y, debió verme la cara de susto que tenía, porque me dijo:

—Tranquilo, no hace nada.

Lo dijo así, como si me hablase de una mascota en vez de un padre, y a mí me sonó fatal, pero en vista del padre que tenía, tampoco era de extrañar.

— ¿Le vamos a dejar ahí, así? —le dije justo antes de irnos.

—Sí, no pasa nada, a lo mejor viene mi madre luego, o, alguno de mis otros hermanos está en la cama y si le oyen caerse vienen a ver si ha roto algo, pero vamos, que no le va a pasar nada, no te preocupes.

— ¡Eh, chico! ¡Chico! —voceó el padre— Que no se me va a olvidar nunca tu nombre... ¿Cómo te llamabas, que ya no me acuerdo?

Pero no le contesté, el Margi me agarró de la manga y tiró de mí para irnos. Él continuó el día tan contento como si no hubiera pasado nada, pero a mí aquello me dejó un poco *tocado*, era una casa y una familia de locos, no podía haber nadie que, viviendo de aquella manera, no se volviese majareta perdido. Me expliqué muchas cosas que hasta entonces me habían parecido raras, como lo del caballo imaginario. Con el ambiente que le rodeaba era lógico que tuviese que crearse sus propias fábulas, y a pesar de todo, seguir siendo el más cuerdo de la familia.

No me extrañaba que se encontrase tan bien en casa de mis abuelos, ni que nunca tuviese prisa de volver a la suya, tenía razón, nadie le iba a echar de menos, y saber eso, debe ser fastidiado.

Desde aquel día, el Margi fue un poco más mi amigo, no le dije nada, pero le empecé a considerar, casi, como el hermano que yo no tenía.

El susto más gordo que nos ha dado mi abuelo ha sido una vez que le llevaron a Urgencias porque tenía un dolor muy fuerte en el pecho y pensó que le había dado un infarto de los gordos.

Aquella tarde estábamos el Margi y yo en el río porque me empecé en enseñarle a pescar aunque no era tarea fácil ya que no ponía mucho entusiasmo.

—Que yo no puedo aprender a pescar, hombre, que lo mío es la caza —decía como si fuese un prodigio de la escopeta.

El Margi no puede cazar ni una mosca porque se le parte el alma cuando ve a algún animalillo en apuros, pero se hace ilusiones. Me enseñó a fabricar unos tirachinas que no veas, con la rama de un árbol bien pelada y luego atándole con goma la lengüeta de un zapato.

—No veas los *sornabirones* y *soplamocos* que me ha dado mi madre por estropear los zapatos de mis hermanos para cortarles la lengüeta... Pero es que, es la única forma de tener un tirachinas resistente y de buena calidad, porque si no, se te rompen enseguida. Y la goma la saco de los pantalones de pijama de mi padre, pero ni lo nota porque no se los pone nunca.

Cuando el proceso de fabricación artesanal estaba terminado, colocaba unas piedritas redondas en la lengüeta y estiraba la goma todo lo que podía.

— ¿Ves aquel pájaro? —decía señalando a un árbol en el que se escuchaba cantar un pardal— Voy a por él.

Y apuntaba para el lado contrario mandando la piedra hasta la mitad del río, porque es incapaz de hacer daño a ningún animal. Vamos, con el estómago tan agradecido que tiene no se come los gusanitos de gominola porque le parece que le están mirando, con eso digo todo.

Nos pasamos muchas tardes en el río con unas cañas que nos fabricamos nosotros mismos. Vamos a los cañizales y cortamos unos juncos, de esos que están huecos por dentro. Los cogemos de diferentes grosores, para poder encajarlos unos dentro de otros y así hacer una caña bien larga. Los atamos con alambre fina, y en la punta se les pone un hilo con un corcho, donde se sujeta el cebo. Nos quedan unas cañas de lo más chulas, pero la verdad es que nunca pica nada.

El mejor sitio del río para pescar se lo sabe todo el mundo, y rara es la vez que vamos y no hay nadie. Antes, lo que hacíamos muchas veces era decirles a los paisanos que llegaba el guarda, y entonces se iban pitando. Después esperábamos un poco y nos poníamos nosotros a pescar. Ya digo que no cogíamos ni un

renacuajo, pero reírnos, nos reíamos lo nuestro, sobre todo cuando decíamos lo del guarda y los que estaban pescando escapaban de allí a toda mecha.

Lo malo fue el día que, cuando estábamos nosotros intentando pescar, sentimos unos pasos por detrás, y antes de que nos diese tiempo de nada, teníamos encima un tío de dos metros de alto, con un uniforme que imponía un respeto tremendo y que no podía ser otro más que ¡¡el guarda!!

De todas las veces que habíamos ido allí, ninguna había picado nada, bueno, pues en ese momento veo mi caña hundirse en el río y mientras el Margi hablaba con el hombre, yo me arrimé a un lado y tiré del pez como pude porque por nada del mundo quería perderme la primera pieza que habíamos pescado.

Si el guarda, además de pillarnos allí furtivos, nos encuentra alguna pieza, se nos cae el pelo para siempre, así que no se me ocurrió otra cosa que coger el pez, que era una boga, y metérmelo por dentro de los calzoncillos. En ese momento, el guarda se acercó a mí y yo le miré tratando de poner toda la cara de inocente que puede poner un culpable.

— ¡Anda, tú debes ser el nieto de Tomás! ¿No?

Mi abuelo es más popular que el escabeche, todo el mundo le conoce, y de rebote, me conocen a mí, y eso, a veces, es un rollo.

—No, yo no —le dije titubeando—. Bueno, quiero decir que sí...vamos, que un poco nieta sí que soy...pero que...o sea...

— ¡Míralo! Dice que es «un poco nieta»...

Y se partía de risa mientras nosotros sudábamos tinta china solo de pensar lo que nos podía caer si mi abuelo se enteraba de que andábamos pescando fuera de la temporada, sin permisos ni nada.

Al tiempo que pasaba esto, la boga que me había metido en los calzoncillos no paraba quieta y se movía todo lo que puede moverse un pez en un espacio tan pequeño, haciéndome unas cosquillas que yo ya no sabía cómo ponerme para no estallar en una carcajada.

— ¡Si, hombre, sí! Si eres igual que Tomás, te pareces más que a tu padre. Anda que no hemos corrido aventuras tu abuelo y yo cuando éramos compañeros de fatigas...Mira, hubo una vez...

¡Lo que me faltaba! Se disponía a contar una aventura de la era cuaternaria junto a mi abuelo, y yo con un pez en los interiores, un pez que se movía más que una fábrica de flanes y que me hacía retorcer las piernas y llevarme la mano a la entrepierna porque me estaba temiendo lo peor.

— ¿Pero qué te pasa chico? ¿Te estás meando? —preguntó el guarda— ¡Vete hombre! Vete ahí detrás de esas matas, que no te voy a decir nada...Pobre chaval —dijo dirigiéndose al Margi—, anda ahí,

aguantándose, aguantándose por si le digo algo, y eso es malísimo, no puede uno aguantarse las ganas así.

Mi amigo, que sabía de sobra lo que me pasaba porque me había visto meterme la boga por dentro, se quedó junto al guarda, mirándome los dos mientras yo pensaba situarme detrás de unos matorrales y sacarme el pez para dejarlo allí hasta que no hubiese moros en la costa. Pero justo cuando me di la vuelta, la boga se escurrió por mi pierna como si fuese un tobogán, y apareció a mis pies como si lo más natural del mundo fuese que a los chicos como yo, cuando están con un guarda de pesca, les aparezca un pez escurriendo bajo la pernera del pantalón.

—Pero ¿y eso qué es lo que es? —dijo el paisano.

Yo podría haberle dicho muchas cosas, haberme inventado mil excusas, haber tratado de dar mil explicaciones, pero la verdad es que ni me molesté, porque era todo tan evidente que a ver qué le iba a contar que él no se imaginase. Lo que pasa es que era un tío tan enrollado y tan charlatán, que no dejaba ni hablar a los demás, y él se lo decía todo:

— ¡Si es una boga! No, hombre, no, si esto no vale para nada, esto no lo pesquéis porque ni está bueno ni merece la pena perder el tiempo con ello. ¿Y eso era lo que te pasaba? ¿Qué tenías miedo de que te viese el pez por si se lo decía a tu abuelo y el bueno de Tomás

te castigaba? ¿Y por eso estabais tan callados? Porque pensáis que soy un chivato, claro, es que los guardas tenemos muy mala fama, pero qué va, no hombre, de eso nada, venid para acá.

El Margi y yo le seguimos hasta la orilla, sin decir ni «mu», porque no paraba de *cascar* y porque tampoco hubiéramos sabido qué decir para no estropear la situación.

—Esto que tenéis aquí no vale para nada —nos dijo quitando el anzuelo de la caña del Margi—, los cebos hay que ponerlos bien puestos, porque los peces no son tontos y se las saben todas. Lo bonito de la pesca es ver que el pez ha caído en el engaño, aunque luego les vuelvas a soltar, porque vosotros no los queréis para nada ¿no?, nada más que para entreteneros... Esto hay que ponerlo bien, mirad, así se hace.

Y allí estuvimos un buen rato, nosotros dos recibiendo lecciones de pesca de un guarda que resultó ser un tío de lo más majete. Cuando le pareció que ya nos había enseñado bastante, se levantó y nos dijo:

—Bueno, chavales, ni yo os he visto esta tarde a vosotros, ni vosotros me habéis visto a mí ¿estamos?

—Estamos —le contestamos los dos como si nos hubiésemos puesto de acuerdo.

Y cuando se fue, nos miramos sin saber si lo que nos había pasado era de verdad o lo habíamos soñado. Nos tumbamos los dos en la pradera, y nos empezamos

a reír a más no poder mientras yo le contaba lo mal que lo había pasado con la boga haciéndome cosquillas por dentro del pantalón y él me decía que temblaba de miedo temiendo que pasase lo que pasó, que el pez apareciese y el guarda nos llevase de la oreja hasta el cuartelillo. Se le veía feliz, y repetía que nunca había tenido una aventura tan divertida como aquella.

Fue una tarde de esas que no se nos van a olvidar nunca, sobre todo porque cuando llegamos a casa, vimos mucho jaleo a la puerta de mis abuelos.

— ¡Tristán! ¿Pero dónde andabais metidos? ¡Que a tu abuelo le ha dado un infarto y se lo han llevado muy grave! ¡Tu tío os ha buscado por todo el pueblo! ¡Venga, monta en el coche que os llevo ahora mismo al hospital! —dijo el señor Luis, un amigo de mis abuelos que vive justo al lado.

Los vecinos nos miraban como si fuésemos dos delincuentes, pero nosotros no teníamos la culpa de que mi tío no se hubiese molestado mucho en buscarnos, porque el pueblo no es tan grande, pero, como la noticia de mi abuelo nos dejó paralizados, no dijimos ni «Pamplona» y subimos al coche del señor Luis, que nos llevó hasta Tornado a lo que él consideraba una velocidad que ni «el Fernando Alonso, ese», pero que yo miraba para el cuentakilómetros, y no pasaba de sesenta ni en las rectas. Además, me hizo ir todo el camino con un pañuelo blanco asomando por la

ventanilla, para que los demás coches nos dejaran pasar, pero lo bueno era que no encontramos ni un coche en la carretera.

Ya en Tornado, el hombre se puso nervioso y no atinaba con el camino al hospital. Traté de indicarle como pude, pero no me hacía ni caso, si le decía a la derecha, tiraba a la izquierda, si le indicaba que pusiese el intermitente le daba a los limpiaparabrisas y encendía todas las luces del coche menos la que yo le había dicho.

— ¡Calla hombre, calla, que me estás liando! — me dijo sin saber cómo salir del tapón que había formado quedándose atravesado en medio de una de las calles principales— ¿Ves la que has formado? ¡Dichoso chico!

Los demás conductores empezaron a pitar y a llamarle de todo menos bonito, el coche se caló y se quedó allí, en medio de la calle, con todas las luces encendidas, los *limpia* dale que te pego. Eel Margi que se había bajado del coche y animaba a mi vecino a que arrancase como si fuese Carlos Sáinz en sus peores momentos.

— ¡Trate de arrancarlo! ¡Por Dios! ¡Trate de arrancarlo!

Yo no podía ni moverme del sitio, tenía la sensación de que nada de lo que nos estaba ocurriendo aquella tarde era verdad.

El embotellamiento que se formó estaba alcanzando tintes peligrosos porque los demás conductores se estaban quedando sin paciencia, y por si eso era poco, el Margi abrió la puerta del conductor y le dijo al señor Luis:

— ¡Bájese! Que ya tengo la solución. ¡Bájese, hombre, hágame caso!

El hombre, que ya estaba más aturdido que un pulpo en el desierto, se bajó del coche mirando a ver cuál era esa solución que decía mi amigo.

—Súbase al caballo, vamos Tristán, que nos lleva Vais. ¡Arre, bonito! ¡Arre!

Ya tengo yo observado que el Margi, cuando se pone nervioso o está pasando por un trance difícil, es cuando más se aferra a su caballo, cuando más real lo ve, supongo que para no ver lo que de verdad le está ocurriendo. Pero claro, esto lo sabemos los que le conocemos, porque el resto, no tiene ni idea, y cuando le oyen hablar así no saben ni qué hacer.

— ¡Vamos hombre, súbase al caballo! ¡Tranquilo, Vais, tranquilo! Buen chico, buen chico...

— ¡Madre de Dios! Pero este chico tiene una *pedrada* descomunal, que lo encierren, hombre, que lo encierren... ¡Pues no me está diciendo que me suba a un caballo...! ¡Socorro! ¡Qué alguien nos ayude! — empezó a vocear el señor Luis perdiendo totalmente los

pocos papeles que le podían quedar— ¡Auxilio! ¡Que este chaval está loco! ¡Que lo aten, que lo aten!

Afortunadamente, en esas llegó un policía. Se ve que alguno de los conductores, harto de esperar que se resolviese el tema, llamó, y en cinco minutos se llenó aquello de motos de la poli, que lograron arrancar el coche del señor Luis y además pusieron el tráfico como Dios manda con cuatro pitadas y movimientos de mano para acá y para allá.

— Pero ustedes ¿a dónde querían ir? —le preguntó uno de ellos a mi vecino, que estaba a punto de llorar del susto que había llevado.

— ¡Al hospital! —dijo nervioso— ¡Al hospital, hombre! Que el abuelo de este chico está muy grave, si no se ha muerto ya, y yo quería llevarle, pero estos chavales son el demonio, me han empezado a confundir, me han puesto la cabeza como un bombo y me han estropeado el coche.

—Bueno, tranquilícese, el hospital está cerca, mire, tiene que coger la segunda a la derecha y al llegar a la rotonda...

—Pero oiga...—dijo el señor Luis por lo bajinis al policía— ¿Podrían ustedes quedarse con el otro chico? Es que me da miedo llevarle en el coche, está *de atar*, sí señor, completamente loco, ve caballos, oiga, en serio, hace un momento me ha dicho que me subiese en uno...

El policía miró al Margi, que estaba allí calladito como si no hubiese roto un plato en su vida, y luego me miró a mí, que para salvar a mi amigo, le hice una seña al poli de que el que estaba chaveta perdido era mi vecino: me llevé el dedo índice a la sien y le di unas vueltas, indicándole que al señor Luis le faltaban un par de tornillos.

El policía, debió pensar que era peligroso dejar a dos chicos con un hombre como aquel al volante, y dijo:

—Está bien, mejor les voy a guiar yo hasta el hospital, sígame.

Y allí nos vimos, siguiendo a un policía y escoltados por otros tres, uno en cada esquina del coche, como si fuésemos políticos importantes o algo así.

—¡Cuando lo cuente en el pueblo...! —iba diciendo el señor Luis, muy orgulloso. Esas cosas tienen valor cuando se cuentan en el bar del pueblo, adornadas tirando de imaginación, hasta entonces no pasa de ser una mera anécdota, sobre todo para él, que seguía más asustado por el Margi que por la policía.

Al llegar al hospital nos mandaron pararnos y mientras uno le explicaba al señor Luis por dónde tenía que entrar con el coche, el otro se acercó a mí y me dijo:

—Oye chico, de paso que estáis aquí, mira a ver si le pueden echar un vistazo a este hombre, porque no está bien, dice que ve caballos o no sé qué...

—Sí —le dije—, está fatal el pobre, es una pena, no se preocupe que ya se lo decimos a algún médico.

El Margi y yo nos miramos sin decir ni pío, mientras el señor Luis intentaba enterarse de lo que le estaba diciendo el poli, y después encontrar un aparcamiento, que tampoco es nada fácil.

Según entramos en Urgencias, preguntamos por mi abuelo y nos indicaron el sitio donde estaba. Enseguida vi a mi abuela apareciendo detrás de una cortina, con mis tíos al lado, que nos miraban de muy mala manera.

— ¿Cómo está? ¿Ya palmó? —preguntó el vecino angustiado, porque en mi pueblo son todos de un optimista que no veas...

—Ahora nos va a informar el médico, ahora mismo.

De repente, se escuchó una voz que salía de la parte de Urgencias donde estaba mi abuelo:

— ¡Se nos va! ¡Se nos va! ¡Se nos ha ido!

A los cinco segundos salió un médico con cara de que algo muy serio había pasado, se acercó a nosotros y mirándonos un tanto desconcertado, nos dijo:

—Lo siento, lo hemos perdido.

¡Mi abuelo! ¡Mi abuelo de toda la vida! ¿Qué había pasado? ¿Qué había ocurrido para que el médico no se pudiera creer lo que nos estaba diciendo?

—No sé cómo ha podido pasar, se lo aseguro, pero lo cierto es que lo hemos perdido. Nos dijo que iba al baño a ponerse el pijama y de repente...

—De repente ¿qué? —dijo mi tío que parecía no entender nada, eso que es tan listo.

—De repente echó a correr y lo hemos perdido, no sabemos dónde está. Les aseguro que tengo a todo el personal disponible recorriendo las plantas del hospital de arriba abajo, hemos cerrado las salidas y están avisados los guardas de seguridad, no puede escaparse, solo les ruego que tengan un poco de paciencia, en unos minutos quedará todo resuelto...

¡Ah, bueno! O sea, que no era que mi abuelo hubiese estirado la pata, sino que lo habían perdido en el sentido más literal de la palabra, vamos, que había hecho una trastada de las suyas y se les había escapado delante de sus narices.

Tres horas tardaron en encontrarlo. Lo traían como si fuese un delincuente, sentado en una silla de ruedas y custodiado por tres cachalotes vestidos de Rambo, que eran los *seguratas* del hospital y que no estaban dispuestos a que un simple paciente les dejase en ridículo otra vez.

Por lo visto, cuando mi abuelo entró en Urgencias y le dijeron que le tenían que pinchar, se asustó y salió corriendo sin que se dieran cuenta, y no se le ocurrió mejor cosa que meterse en el armario de una habitación. Como luego no veía el momento de salir porque siempre había gente, se durmió, y estuvo allí hasta que una señora fue a coger algo y lo vio. Menos mal que estaba en un hospital, porque a la pobre mujer casi le da un infarto, por cierto, el que no le dio a mi abuelo, porque la realidad fue que no tuvo nada de nada, pero como es un exagerado y le encantan los hospitales (siempre que no le pinchen, eso sí), en cuanto nota el mínimo dolor empieza a decir que es un ataque al corazón, que se muere, que le lleven a ingresar y todo eso...hasta que un día sea de verdad y nadie le haga caso. Él se cree que todo es como en la tele, porque le encanta ver series de esas de médicos y urgencias, pero es un morbosito, porque se pasa el tiempo esperando a ver cuándo dicen eso de «hora de la muerte...» y empieza la maquineta a pitar mientras sale una raya recta en la pantalla que indica que el enfermo es ya *fiambre*.

Anda que no le tomaron el pelo en el pueblo diciéndole que había tardado mucho en «salir del armario», claro que a él le daba igual, porque se defendía diciendo «Sí, pero no me pincharon, y además me pusieron una televisión en la barriga».

Bueno, esa es su forma de interpretar las cosas, porque le hicieron una ecografía y, como se veía en una pantalla, pensó que estaba Televisión Española allí dentro, convencido de que, en cualquier momento, «echarían» una corrida de toros desde la Maestranza de Sevilla y podría verla conectada a su intestino. Y le da igual que se lo expliques o no, él lo que quiere es presumir con los vecinos del pueblo y el resto de razonamientos le es indiferente.

Una vez recuperado del susto que se da a él mismo y que nos mete en el cuerpo a todos los demás, mi abuelo volvió a su vida habitual de irse a Tornado en el autobús de la mañana y regresar a la hora de comer con unos cuantos fascículos de lo que sea debajo del brazo. Es feliz así, porque le basta con asomarse a cualquier sitio donde estén haciendo una obra, para pasarse las horas muertas allí plantado, como si fuera el ingeniero jefe. Da igual si está haciendo unos pisos nuevos o un aparcamiento, lo que sea, porque además, la conclusión que saca es siempre la misma:

—Eso lo están haciendo muy mal hecho, porque tendrían que haber puesto el forjado de esta otra manera.

Mi abuelo, como casi toda la gente de los pueblos, entiende un poco de todo, porque como se han criado allí toda la vida, saben del campo, de los animales, de hacer casas o de tirarlas, da igual, pero eso

sí, siempre creen que lo que hacen los demás está todo muy mal hecho.

Mi abuela, una vez recuperada de la pierna, y desaparecida Encarni de nuestra casa por los siglos de los siglos, retomó el mando y volvió a su costumbre de pasar la bayeta por todo lo que se puede pasar. No me extraña que termine el día agotada, porque no para un momento. Lo último que se le ha ocurrido ha sido hacerse cargo también de la ropa del Margi.

Es verdad que mi amigo no se distingue por ir extremadamente limpio o por cambiarse de ropa a diario como me obliga a hacer ella a mí, pero vamos, es que un día, me lo dejó en pelota picada en el cuarto de baño porque la ropa que llevaba « tiene más años que Carracuca», y de milagro le salvé de que lo metiese a él también en la lavadora.

Aquella noche, el Margi se tuvo que quedar a dormir con nosotros porque no tenía la ropa seca y planchada como se la quería dejar mi abuela. Podría haberse puesto algo mío, pero está tan sumamente flaco que cualquier cosa se le hubiera caído por el camino. Además, él no tenía ningunas ganas de regresar a su casa, sabía de sobra que no le iban a echar en falta, y además, allí tenía asegurada una buena cena, porque mi abuela, en su honor, preparó una fuente de «almóndigas», como ella dice y otra de «concretas» de

jamón casero, que solo de verlas se revolucionan los jugos gástricos de cualquiera.

Al Margi tuvimos que separarlo de la mesa entre todos, porque teníamos miedo de que le pudiese dar un empacho con todo lo que se metió entre pecho y espalda.

Después, nos fuimos a acostar, y como en mi habitación solo hay una cama, nos pasamos a una más grande que tiene dos, y estuvimos riéndonos hasta las tantas. Cuando a mí ya me vencía el sueño, él volvió a bajar a la cocina para pegarle otro repaso a las sobras de la cena, y, de regreso, subió la escalera partiéndose de risa para contarme que mis abuelos estaban dormidos en la sala, con la televisión puesta, y roncando a todo meter.

A mí no me extrañó, porque casi todas las noches hacen lo mismo, se quedan allí porque quieren ver el último parte de noticias, pero no llegan ni al primer intermedio de la película, se duermen profundamente, y cuando desde la cama escucho la musiquita de la Teletienda, bajo, les apago la tele, los espabilo y les digo que ya es hora de que se metan en la cama, entonces ellos me aseguran que no estaban dormidos, que han estado atentos a todo lo que han puesto en la tele, y que ellos no se duermen así como así. La verdad es que más de una noche les hubiese dejado allí a ver hasta qué hora eran capaces de

aguantar, pero los ronquidos no me dejan pegar ojo y no me queda más remedio que bajar y arrancarlos del reino de Morfeo porque yo tengo que madrugar.

Aquella noche, bajamos el Margi y yo, con la sana idea de despertarlos para que no se les cayesen las cabezas al suelo de tan dormidos como estaban, pero ya se sabe lo que pasa al estar dos amigos juntos...

Lo que a mí no me había pasado otras noches, me pasó aquella.

Fue entrar en la sala y empezar a reírme, sí, otra vez la risa floja, la risa esa tontorróna que te dice por dentro que te calles porque la vas a liar, pero que al mismo tiempo no te deja parar y hasta hace que te caigan unos lagrimones por la cara, pero que no son de pena, sino de lo bien que te lo estás pasando.

Esta risa ya me ha traído más de un problema, pero es que no lo puedo evitar. Lo peor de lo peor me pasó una vez que se murió un vecino.

En mi pueblo, y en los de alrededor, cuando se muere alguien, se le deja en casa toda la noche y se está allí, velando el cuerpo hasta por la mañana. Todos los conocidos desfilan por la casa para recordarle a la familia lo bueno que era el muerto y lo mucho que le apreciaban, aunque se hubiesen llevado fatal toda la vida, eso es lo mismo. Aquí no vale que seas pequeño ni mayor, yo he acompañado a mis abuelos a los velatorios desde que nací, porque no se entiende de otra

manera, es algo que ves natural, y te guste o no, tienes que ir, nadie te pregunta si quieres hacerlo, vas y punto. Eso hace que no nos den miedo los muertos ni nada de eso, la verdad, lo vemos como algo natural del todo, como dice mi abuelo: «Aquí no vamos a quedar ninguno», y tan natural lo vemos, que claro, luego pasa lo que pasa.

Bueno, pero como diría un dermatólogo, vamos al grano: lo que me pasó una vez que mi abuela casi me deja sin orejas de todos los tirones que me dio, fue que, estando en un velatorio me empezó a entrar el sueño porque las mujeres se ponen todas a rezar el rosario en voz alta, pero cada una va a su bola y no se entiende ni media palabra. El resultado final es como un murmullo que te va adormeciendo poco a poco hasta que sientes que, o haces algo o te quedas como un leño.

— ¡Reza, hombre, reza! —me decía mi abuela.

Pero es que rezar no es lo mío, y además, la letra del rosario no me la sé, y entonces, se me ocurrió hacer como que rezaba, pero en realidad estaba murmurando la letra de una canción de C. Tangana para disimular.

A mi lado estaba otro chico que se dio cuenta y empezó a hacer lo mismo, y en cinco minutos, los tres o cuatro chavales que había, estábamos recitando la letra de la canción mientras las mujeres estaban convencidas de que las estábamos siguiendo en sus rezos.

—Muy bien, hijo, muy bien, así se hace —dijo mi abuela acariciándome la cabeza.

Y entonces pasó lo que tenía que pasar, que el de mi lado se empezó a partir el pecho de risa, que el otro que lo vio hizo lo mismo y así hasta que estábamos todos rojos como tomates tratando de contener lo que ya era incontenible. Menos mal que yo cuando llego a ese punto lloro como un condenado, porque se me mezcla todo en la cabeza y mientras me río, se me llenan los ojos de agua y luego sale cuando quiere, eso me libró al principio, porque mi abuela pensó que estaba llorando de verdad.

— ¡Pobrecico! —le dijo a la que estaba a su lado— Es que este chico nuestro es muy sentido...

Pero cuando se dio cuenta de que no era lo que pensaba, porque ya no podía más, me sacó de allí y me puso las orejas como si fuese un extraterrestre, ¡menuda bronca me cayó encima!

— ¡Y te quedas castigado sin venir a un velatorio en seis meses!

Hice como que me fastidiaba mucho el castigo, pero vamos, que pasé seis meses sin funerales y ni los eché de menos ni nada.

A lo que vamos, porque me doy cuenta de que me enrolló, y aunque sean mis memorias no quiero que me resulten un tostón. Pues bueno, que estaba contando lo de cuando el Margi se quedó a dormir en casa y

bajamos a la sala para ver a mis abuelos dormidos como troncos delante del televisor y roncando como dos descosidos.

La idea fue del Margi, pero no por eso me voy a quitar yo responsabilidad, porque la verdad es que me apunté enseguida a lo que dijo. Hicimos un concurso que consistía en irles poniendo cosas encima a ver quién aguantaba más sin despertarse. Yo me quedé con mi abuelo, que sé que tiene un sueño muy resistente, y el Margi con mi abuela, claro. Empezamos poniéndoles un periódico en la cabeza de cada uno...y no pasó nada, luego les pusimos en una mano unas flores de plástico que estaban en un florero encima de la mesa, las repartimos para los dos, y...aguantaron sin despertarse.

El siguiente paso iba complicando el concurso, consistía en ponerles en un hombro un tomo de *El Quijote*, como tenemos dos tomos, uno para cada uno y...¡aguantaron!

Para equilibrar el otro hombro y que no se nos fuesen escorando hacia un lado, les colocamos tres libros más delgados a cada uno, y se mantuvieron firmes como velas, eso sí, roncando a toda máquina, pero sin perder la compostura.

Como la osadía de mi amigo no tiene límites, se atrevió a ponerle en la mano que tenía libre mi abuela, un jarrón de cerámica, con lo cual, yo no me iba a quedar atrás, y busqué a ver qué había por la sala para

superar al Margi. Solo encontré una cesta de mimbre que había hecho mi abuela, así que se la coloqué muy despacito en la mano, pero de inmediato, tuve protesta por parte de mi contrincante:

— ¡Eso no vale! —dijo muy bajito— Eso pesa mucho menos, ponle algo más encima...

La verdad es que tenía razón, la cesta vacía pesaba mucho menos que el jarrón de cerámica, así que volví a echar un vistazo por la estantería de la sala a ver qué le podía poner para compensar, y lo mejor que se me ocurrió fue colocar dentro de la cesta un tiesto que estaba en la ventana, con unos cactus que llevaban allí mil años, y a los que mi abuela, para darles alegría les había colocado unas flores artificiales y unas plumas de colores.

Oye, el panorama era para no poder contener la risa en los próximos siete siglos, era imposible aguantarse viéndoles allí, dormidos profundamente, cada uno con su cargamento de periódicos, flores, jarrones y un toque cultural con las aventuras de *Don Quijote*

Pero mira por dónde que una de las plumas de los cactus, debió de rozarle en la nariz a mi abuelo, porque de repente se le cortaron los ronquidos y se llevó las manos a la cara como si le picase todo. Claro, en el momento que se movió, todos los telares se fueron

al suelo y con el ruido, se despertó mi abuela y pasó lo mismo.

No esperamos a ver el final, para cuando quisieron espabilarse del todo, nosotros estábamos ya en la cama como dos angelotes.

Por la mañana, mientras desayunábamos, mi abuela nos dijo:

— ¡Vaya sueño que tenéis! ¿No os enterasteis de que anoche entraron a robarnos?

Nosotros la miramos desde nuestro tazón de leche con sobaos, pero no dijimos nada.

—Sí, sí. Entraron cuando tu abuelo y yo estábamos en la sala viendo la tele. Eran unos cuantos, y tuvimos que defendernos como pudimos. No veáis cómo ha quedado todo, se han roto un montón de chismes porque peleamos con ellos a brazo partido, pero al final se asustaron y se fueron sin llevarse ni lo más mínimo.

El Margi y yo nos miramos. Yo pensé «por favor, que no me de la risa, que no me de la risa que me la cargo».

En esas entró mi abuelo en la cocina y ella le dijo:

—Que les estoy contando la pelea de anoche...

— ¿Qué pelea?— dijo mi abuelo que tarda un poco en pillar las cosas.

— ¿Qué pelea va a ser? La que tuvimos con los ladrones, cuando luchamos con ellos para que no se llevasen nada...

— ¡Ah, sí! La pelea...—dijo él rascándose el cogote, señal evidente de que no se enteraba de nada, aunque lo último que él haría en este mundo es llevarle la contraria a mi abuela.

Cuando estábamos saliendo de casa, mi abuelo se nos acercó y dijo:

—Vosotros no tendréis nada que ver con lo que ocurrió aquí anoche ¿verdad?

El Margi y yo pusimos cara de ofendidos y nos apresuramos a escapar de allí antes de que cualquier gesto nos delatase.

—Eso son fenómenos paranormales —dijo el Margi, que cuando quiere se pone muy científico.

—Sí —dijo mi abuelo nada convencido—. Eso debe ser, fenómenos para «anormales».

Y nos fuimos a pillar el autobús comiéndonos la risa que nos estaba entrando.

A pesar de que ya digo que este no ha sido el mejor año de mi vida, no todo va a ser tan negativo como lo de repetir curso, que los profesores me tengan manía, que mis abuelos no me entiendan y todo eso...no, también ha habido alguna cosa buena, y ha sido tan buena tan buena, que logró hacer que las que prometían ser las vacaciones de Semana Santa más largas de *toda mi vida entera*, se convirtiesen en unos días que se pasaron sin enterarme.

Ni el Margi ni yo sacamos buenas notas, o sea, para ser exacto, volvimos a catear todas y cuando digo todas incluyo Religión y Educación Física, como siempre, porque esos dos profesores no aceptan mis razonamientos y entonces no podremos nunca llegar a un acuerdo.

El resto fue cuestión de mala suerte, no se nos dieron bien los exámenes. Eso tal vez tenga relación con el hecho de que no estudiamos, pero bueno, yo confiaba en que al repetir curso, me acordaría de muchas cosas del año anterior, pero no, eso no pasa si el año anterior tampoco estudiaste.

De todas maneras, sigo diciendo que hay cosas que no son lógicas. A ver, la asignatura de Naturales sin ir más lejos, nos enseña que si los planetas del sistema

solar, que si los diferentes climas de todos los sitios habidos y por haber, que si las clases de nubes y nubarrones que hay...Vale, todo eso está muy bien, pero no es justo que a mí se me suspenda por no saber qué clima hace en África a mediados de Febrero.

“Calor”, puse, “me parece que allí hace calor siempre porque cuando salen en la tele están con poca ropa y las barrigas muy grandes, que aunque pueda parecer que es de comer mucho, allí no es como aquí, allí se les ponen las barrigas grandes de no comer nada”.

Bueno, pues me la tachó entera, no me contó ni una décima, y eso no me parece bien, porque lo que yo le dije es verdad, que luego la profesora quiera ponerse tiquismiquis y le llame clima tropical y no sé qué, vale, pero que hace calor, vamos, eso fijo.

Además, me pregunto para qué necesito saber eso si no voy a ir a África este año, creo que es más importante lo que yo le dije, que lo primero que tenemos que hacer es conocer el clima de lo que está más cerca, eso sí que serían ciencias naturales, porque yo sé que cuando estoy en el campo y las hormigas se suben corriendo a los árboles, es porque saben que va a llover, o que contando las veces que canta un grillo puedes saber la temperatura que va a hacer, porque son como termómetros, y eso no viene en los libros pero también es naturaleza ¿no?

Pues no, me cateó y encima le pareció mal que intentase justificarme:

—¡Que sí Saldaña, que sí! Que te dejes de darnos conferencias y estudies más, eso es lo que tienes que hacer...

Le jorobó cantidad que yo dijese cosas que ella no sabía, con lo cual, lo de quitarme el suspenso, nada de nada.

Lo del Margi fue peor. Pidió que otro profesor le corrigiese el examen de Geografía, porque le catearon por poner que “las Islas Canarias están en un cuadrito pequeño que viene a la derecha del mapa de España”.

—¡Zoquete! ¡Que eres un zoquete! ¡Que da igual explicaros las cosas que no!

El profesor nos dio un mitin de lo frustrado que se siente un profesional de la enseñanza cuando después de medio curso se da cuenta de que hablar con nosotros es como predicar en el desierto.

El Margi se acercó a la mesa con su libro abierto por la hoja en la que viene el mapa de España con las Islas Canarias en el sitio que él decía, y muy indignado le replicó:

—En mi libro vienen ahí, ¿lo ve? Y si los libros nos engañan yo no tengo la culpa...

Tiene razón, nadie tenemos la culpa de que a los que hacen los libros no les quepan las Islas Canarias en el dibujo y las tengan que poner en otro sitio, menudo

lío se podía preparar si no les caben otras provincias y ponen Santander en una esquina y Cádiz en otra, como dijo el Margi, que hagan los papeles más grandes.

Yo comprendo que nuestra clase puede resultar deprimente desde el punto de vista de los profesores, pero es lo que hay, si fuésemos mejores, no estaríamos en la clase de los peores ¿no?

De ahí salió la idea de formar un grupo musical al que le pusimos el nombre de “Frakaso Heskolar”, así, escrito como a nosotros nos dio la gana, ya de tener suspensa la Lengua, tenerla por algo. Pero lo del grupo ya lo cuento luego que si no me lío mucho y se me olvidan las cosas, ahora voy a contar lo de la Semana Santa, que mola más.

Tuve las notas escondidas en casa tres días, porque mis abuelos no controlan mucho cuándo nos las dan, pero claro, mi tío sí, porque cuando se las dan a mis primas, viene rápido a casa para ver las que me han dado a mí.

Tengo que decir que mis primas aprueban todas, son muy listas, yo creo que lo de llevar lazo en la cabeza durante toda su vida ha hecho que la inteligencia se quedase ahí retenida, y entonces sacan unas notas estupendas que mis tíos se encargan de pasarme por el morro varias veces.

—¡Esto es denigrante! —dijo cuando vio mi boletín— ¡Denigrante!

—¿De emigrantes? —soltó mi abuela extrañada— Pero si él es de este pueblo mismo...

—Pero ¿tú de qué vas, muchacho? —mi tío continuó a su rollo, que se lo sabe de memoria— Tú no tienes arreglo, no hay forma de que te des cuenta de que estás hundiendo tu vida y la de todos nosotros...

“Sobre todo la tuya, no te fastidia...”, pensé, pero, no dije.

—Este chico lleva el camino de su padre, terminará igual que él, no tiene remedio, yo creo que es mejor que deje el instituto y se ponga todo el día a cuidar las vacas, vamos a sacar lo mismo de él...

La gracia de esto consiste en tener un poco de aguante y dejarle que diga todo lo que dice siempre y no inmutarse, ese es el truco. Lo de las vacas ya me lo ha dicho muchas veces, pero vamos, que con eso no me asusta porque lo hago todo el verano y no me preocupa lo más mínimo. Lo que pasa es que, al ver que no me hace efecto, últimamente ha cambiado de táctica, y ha empezado a meter en sus discursos frases que se refieren a mi padre, porque sabe que con eso me ofende mucho. Y lo que siento no es que me ofenda a mí, que ya me voy acostumbrando, sino que a mis abuelos les pone muy tristes, y eso no se lo perdono, porque vale que no me entienden, vale que no hay manera de que comprendan lo que es Internet, o que mi abuela siga pensando que todo da cáncer, pero son mis abuelos y no

quiero que un listillo de tres al cuarto les haga ponerse mal por mucho que sea su hijo, porque mi padre también lo es.

—Terminaré en la cárcel como su padre, o en un sitio peor, vete tú a saber...

Cuando dijo eso, mi abuela ya tenía el pañuelo arrimado a la nariz y mi abuelo se bajó la boina hasta media cara para que no le viésemos los ojos llenos de lágrimas, eso me hizo coger un rebote que no había cogido en toda mi vida.

—Este chico está condenado al desastre, porque encima de tener los padres que ha tenido, no ha sabido aprovechar las oportunidades que en esta familia se le han dado. ¡Cuántos quisieran...! Pero nada, es igual, es un desagradecido y toda su vida será un ignorante que lo único que podrá hacer será arrear las vacas por el campo...

— ¡Ya está bien! —solté dejándoles a todos con la boca abierta, bueno, incluso yo me quedé pasmado de haberme escuchado a mí mismo dar aquel bocinazo que no le había dado a mi tío en toda la vida.

Mis abuelos me miraron asombrados y mi tío se quedó cortado, sin decir ni una palabra mientras yo me levantaba de la silla en la que había estado sentado escuchando su sermón.

—Ya está bien de insultarme y de poner a mi padre siempre como lo peor del mundo. Si me hubieseis

dejado conocerle podría saber si ha sido tan malísimo como tú le pones o no, pero, para que lo sepas, prefiero parecerme a mi padre sin conocerle, que a ti, que solo sabes medir a las personas según las notas que les ponen en clase, y que, además, es feliz humillando a su propia familia.

—Tristanico...—intentó intervenir mi abuela viendo que a mi tío se le salían los ojos de las órbitas.

—Ni Tristanico ni nada, abuela, se acabó. Yo vivo con vosotros, no con él, y no me da la gana de que nos siga machacando. ¿Qué he suspendido? Bueno, pues sí, pues mira, será que no soy una lumbrera para los libros, eso ya lo sé, pero que deje ya de amenazarme con cuidar las vacas, porque es mucho más sano estar un día entero con las vacas que media hora escuchando sus insultos.

Y me fui de la cocina tan ricamente dejándoles a los tres allí para que pensasen de mí lo que quisieran.

Ya en mi cuarto, me tumbé un rato en la cama porque me sentía cansado del esfuerzo que había hecho para decir lo que dije, pero, mientras estaba allí, mirando al techo como si estuviese viendo una película muy interesante, pensé que había estado bien, que ya no aguantaba más, que mi tío tenía mucho rencor guardado en contra de mis padres, por motivos que desconocía aunque podía imaginar, pero que no tenía por qué pagar conmigo.

En alguna ocasión se había descolgado con lo de que él no había podido terminar su carrera de maestro porque como a mi padre le metieron en la cárcel, él tuvo que ayudar a mi abuelo con las tierras y el ganado; esa espina la tiene clavada ahí y se la quiere sacar a costa de ponerme a mí *pingando* a la primera oportunidad que tiene. Sé que para cerrarle la boca, yo debería traer unas notas maravillosas y no dejarle ni un sitio por el que pudiera colarse el menor reproche, pero, si no puedo hacer otra cosa, tampoco voy a machacarme por ello, cada uno somos como somos, yo intento esforzarme, pero, ya digo que los profesores no me comprenden, y eso me lo pone todo mucho más difícil.

Al día siguiente, cuando le conté al Margi lo que me había pasado con mi tío, casi me eleva a la categoría de héroe nacional, es lo que tiene ser un amigo de verdad.

— ¡Jo, tío! Pero ¿en serio le dijiste todo eso? ¡Eres mundial! Además, estás a la moda porque no todo el mundo tiene un tío exactamente igual que el de Harry Potter.

— ¿Harry Potter tiene un tío así? —le pregunté— Es que no lo sé, no he leído ninguno de los libros...

—No, yo tampoco, pero me lo han contado. Es que yo no leo libros fantásticos, me gustan las cosas

más reales ¿verdad, Vais? —añadió muy serio mientras le daba al caballo un terrón de azúcar.

Él es así, presume de que le gustan las cosas reales y se queda tan ancho acariciando a Luis Vaisilio de Todos los Caballos, como si eso fuese la cosa más normal del mundo. Pero, a mí me da igual, por eso no va a dejar de ser mi amigo, es un chaval estupendo, y si tiene un caballo imaginario, pues mira, es cosas suya, al fin y al cabo, cada uno tenemos nuestras manías ¿no?, y la gracia de ser amigos consiste en aceptarnos tal y como somos.

— ¡Qué suerte, chaval! —seguía diciendo, supono que con el único fin de tratar de animarme— Un tío como el de Harry Potter... ¡Cuánta gente lo quisiera!

Tengo que decir que por mucho que mi amigo intentase convencerme de que tener un tío como el mío podía ser la envidia del país, no consiguió cambiar lo más mínimo mi opinión sobre él y su forma de comportarse conmigo, así que, cuando regresé a casa por la tarde, acompañado del Margi, me alegré muchísimo de no ver su coche aparcado a la puerta.

Estábamos en la cocina, dándole buena cuenta a la hogaza de pan cuando entró mi abuela con una sonrisa tan grande que casi se le veían las amígdalas.

— ¡Ay qué sorpresa te tengo, hijo mío! ¡Ay qué sorpresa y qué contento te vas a poner!

—Define “sorpresa”—resopondí, porque el concepto que mi abuela tiene de algunas cosas a veces no coincide con el mío. La última sorpresa que me dio fue un jersey de lana con dibujos de Epi y Blas que pretendía que llevase a clase al día siguiente.

— ¿A que no sabes quién va a venir a pasar unos días en casa? ¿A que no lo sabes? ¡Claro que no lo sabes! ¿Cómo lo vas a saber? ¡Si es que ni te lo imaginas! Vamos, es que ni se te pasa por la cabeza...

Ella es así, se pregunta y se contesta solita mientras a los demás nos deja con la intriga, amasando la incógnita en la cabeza, esperando a ver cuándo tiene a bien aterrizar y romper el misterio.

—Nave nodriza llamando a la abuela —dije— Nave nodriza llamando a la abuela. Abuela, contesta por favor. Abuela, vuelve a tu estado natural y deja de estar por las nubes.

—¡Lejía! —dijo de repente esperando que el Margi y yo nos alegrásemos muchísimo ante aquella palabra que para ella debía de ser mágica.

— ¡Lejía! —repitió tan cerca de mí que temí que se le cayese la dentadura postiza en mi taza de chocolate.

—¿No habría que llevarla a un médico? —preguntó el Margi muy bajito.

— ¡Que viene tu amigo Lejía! ¡El del campamento! Que ha escrito su padre y dice que viene

a pasar las vacaciones de Semana Santa con nosotros.
¿No estás contento?

—¡Lejía! —repetí emocionadísimo y pestañeando muy deprisa para que no se me viese que tenía los ojos llenos de agua— ¡Lejía!

— ¡Jo, tío! —dijo el Margi— Luego me dicen a mí que soy raro porque tengo un caballo que nadie ve, pero anda que vosotros...¿Tú lo entiendes, Vais? Mira qué cuadro: la abuela y el nieto están alucinando en colores por la lejía, si esto me pasa a mí, me ponen de pirado para todo el siglo... En fin, nosotros a lo nuestro, toma un trozo de pan que yo voy a pegarle un viaje al chorizo, esta familia está de atar, pero tienen una matanza...

Conocí a Lejía en el campamento del año pasado, aquel al que no quería ir y en el que luego tuve una pandilla de amigos con la que me lo pasé de maravilla. Eso lo conté todo en la primera parte de mis memorias, pero tengo que recordarlo un poco ahora para explicar bien lo importante que es Lejía para mí y por qué me emocioné tanto al saber que iba a venir a mi casa a pasar unos días con nosotros.

En el campamento supe lo que era la amistad de verdad, y aprendí que a las personas no se las valora por lo brillantes que son en todo, como cree mi tío, sino por lo que tiene cada uno por dentro. Allí formamos un grupo al que los demás chavales bautizaron con el nombre de “pelotón de los torpes”, porque el deporte no se nos daba especialmente bien, bueno, la verdad es que se nos daba “especialmente mal”, pero apoyándonos unos en otros y no dejándonos vencer por nada, conseguimos ser un grupo de amigos de los que guardo un recuerdo que me durará un montón de siglos... o más.

El “Piños” al que le faltaba boca para cubrir toda la ortodoncia que llevaba, el “Pasos” con su manía por contar las distancias de un sitio a otro sin poderlo evitar, “Puntocom” y su manejo de la Informática;

“Posdata”, que no podía terminar una frase sin tener que añadir siempre algo que se le había olvidado; Juli, que a pesar de todos los kilos que la acomplejaban, fue para mí como la pluma de Dumbo, pues me daba suerte en todos los partidos de fútbol que jugábamos; y por supuesto, Lejía, un chaval que no sabía ni una palabra de español, que se encontraba más solo que la una y del que todo el mundo se burlaba por ser albino, por tener la piel como la leche y los ojos enrojecidos.

Juntos pasamos un montón de aventuras que lograron una amistad cada vez más fuerte. Lo más gordo que nos pasó fue cuando nos perdimos en unas cuevas que estábamos visitando y no podíamos salir de ellas. Ahora es muy bonito contarlos así, cuando ya todo ha pasado, pero cuando estábamos allí, a oscuras, con el agua entrando cada vez más a donde nosotros estábamos, con Juli lesionada, y con los Gómez jorobando (que eran unos chavales que se pasaban el tiempo haciéndonos burla, pero que de no ser por nosotros todavía estarían en la cueva perdidos) más que bonito era angustioso.

Cuando se terminó el campamento a todos nos dio una pena tremenda, porque sabíamos que sería difícil volver a reunirnos ya que cada uno somos de un sitio. Nos hemos escrito postales en Navidad y alguna carta contándonos cómo nos va con nuestros estudios, pero no hemos vuelto a vernos, y encima, como este

año estoy castigado sin campamento, va a ser difícil que nos podamos juntar otra vez.

Curiosamente, he tenido más relación con Lejía, a pesar de ser el que más lejos vive, porque claro, después del campamento él regresó a Inglaterra, pero por lo visto, no ha parado de contarles a sus padres lo bien que lo pasó conmigo, y el cariño que le cogió a mis abuelos un día que fueron a vernos al campamento, cuando todos los chavales teníamos allí a alguien de nuestra familia a visitarnos y él no tenía a nadie. Mi abuela, que es como es, le nombró hijo adoptivo y nos se llevamos a pasar el día con nosotros. Se puso “tibio” de paella, aguantó como un valiente los sermones de mi abuelo aunque no entendía ni una palabra de lo que le decía (o precisamente por eso), se reía con mi abuela cuando nos veía reír a los demás, y creo que, al final, conseguimos que no se sintiera solo y que pasase un día de lo más entretenido con una familia que, a pesar de no ser la suya, lo acogimos como si lo fuese.

Sus padres escribieron a mis abuelos para agradecer lo bien que habíamos tratado a su hijo, menos mal que lo hicieron en español, porque si no todavía estaríamos traduciendo la carta, y Lejía me ha escrito a mí un montón de veces con ese español suyo en el que tienes que adivinar lo que quiere decir porque no se le entiende ni jota.

Siempre me había dicho las ganas que tenía de venir al pueblo, pero nunca pensé que fuesen a dejarle, por eso, cuando mi abuela me lo dijo, me quedé de piedra, con una mezcla que era a la vez alegría por volver a verle, y pena por no poder volver a ver al resto de nuestro pelotón, “el pelotón de los torpes” que pasará a la historia de cada uno de los que lo formábamos.

Tuve que contarle todo esto al Margi, para que supiera quién era Lejía y por qué me alegraba tanto de que viniese a pasar unos días con nosotros. La verdad es que no tengo muchos amigos, pero puedo estar orgulloso porque los que tengo, son de los buenos.

—Pues nada, cuando venga Lejía —dijo el Margi—, nos presentas a Vais y a mí, ya verás qué bien lo vamos a pasar juntos. Y no te preocupes si tu tío te castiga toda la Semana Santa cuidando las vacas porque no vas a estar solo, dos amigos y un caballo pueden serte de mucha ayuda para mantener la vacada en su sitio.

Afortunadamente mi tío no intervino en el tema de las vacaciones, creo que las cuatro cosas que le dije le sirvieron para darse cuenta de que Tristán (o sea, yo) está creciendo y que ya no es el niño al que se le puede decir de todo porque no protesta nunca. Mis abuelos tampoco hicieron la menor referencia a la contestación que le di, yo sé que no lo aprueban porque

mi tío para ellos es dios y están convencidos de que cuando él habla sube el pan, pero creo que aquel día se dieron cuenta de que se estaba pasando y que yo no había hecho nada de más diciéndole lo que le dije.

Unos días antes de las vacaciones se pasó por casa con mi tía y mis primas para recordarnos, por si se nos había olvidado, que se iban a un crucero por las islas *no sé qué*, y yo no pude evitar pensar en el Titánic, son de esos pensamientos que te vienen solos a la mente sin que tú les mandes venir ni nada.

Yo estaba feliz ante la llegada de Lejía y lo único que me preocupaba era organizar aquellos días para que los tres, bueno, los cuatro contando a Vais, nos pasásemos las mejores vacaciones que uno se pueda imaginar. Así que, el Margi y yo nos dedicamos a hacer miles de planes aun sabiendo que luego las cosas nunca salen como se pensaba, pero bueno, planeando aventuras también se lo pasa uno muy bien, y así se nos hizo el tiempo más corto hasta que llegó el día en que Lejía aterrizó en el aeropuerto y desde allí nos llamó a casa para decirnos que había llegado y que iba a coger un autobús para Tornado que llegaría sobre las siete de la tarde, claro que para entender todo esto, hizo falta mucha paciencia, porque cogió mi abuela el teléfono y puedo asegurar que una conversación entre Lejía y ella es lo más original que uno se puede imaginar.

—¡Diga! ¿Diga? Sí, sí, claro que sí, que ya te entiendo, muy bien, muy bien ¿Y qué tal tu familia, majo?

Todo esto a voz en grito, casi no le hacía falta ni el teléfono, mientras yo me comía los codos para que mi abuela me le pasase y poderme enterar de algo.

—¿Qué dice, abuela? ¿Cuándo llega? ¿A qué hora hay que ir a buscarle a Tornado?

— ¡Y yo qué sé si no le entiendo una palabra!

Al final conseguí arrancarle del auricular, porque entender no entenderá, pero tampoco deja que los demás nos pongamos.

— ¡Lejía! —dije emocionado.

—¡Motas! How are you? ¡Yo soy España! ¡Yo soy España! ¡Amigo! ¡Yo soy verte pronto! At half past seven yo llego to Tornado. Yo quiero tú esperar me. You irás, Motas?

Remember, at half past seven! Don't forget it, don't forget...no olvidar, my friend...

— Que sí, hombre, no te preocupes que estaremos allí para recogerte, no te preocupes ¿vale?

—Tú recogerte me, no olvidar, tú recogerte, yo preocupes. ¡Yo soy España!— decía muy orgulloso.

—Este chico es de otro planeta, te lo digo yo — decía mi abuela que de vez en cuando tiene razón— Cada vez se le entiende menos.

—No será para tanto —dijo el Margi, que, como todavía no le conocía, no sabía lo que era hablar con Lejía— Ya verás qué bien nos entendemos los tres. ¡Los cuatro, los cuatro! —dijo besuqueando a Vais, que, por lo visto, se había ofendido al no ser tenido en cuenta— No te preocupes, Vais, que te vas a convertir en el caballo favorito de nuestro nuevo amigo Lejía. ¿A que sí? —dijo esperando mi apoyo moral para el caballo.

Asentí con la cabeza mientras me preguntaba cómo íbamos a hacer para explicarle a Lejía la existencia de un caballo inexistente.

El abrazo que nos dimos cuando bajó del autobús fue de esos que solo se ven en las películas, de esos en los que con el apretón se quiere expresar toda la alegría del mundo, pero que, por mucho que uno se esfuerce, es imposible.

No había cambiado nada, era el mismo Lejía del año anterior, si acaso un poco más alto, pero igual de blanco, de flacucho y con ese aspecto que hace pensar que se puede romper en pedazos de un momento a otro.

—Este es mi amigo Margi.

Y según se lo dije, se abalanzó sobre él como si lo conociese de toda la vida:

—Si tú amigo Motas, tú amigo Lejía.

—Y este es Luis Vaisilio de Todos los Caballos —presentó el Margi, que, como yo me temía, no pudo esperar ni un segundo para presentarle a Vais.

Lejía se dio media vuelta para ver a quién se refería el Margi, y como no vio a nadie, me miró por encima de sus gordísimas gafas.

—Vais es un caballo muy especial —le dije— Horse very especial.

El pobre seguía mirando a un lado y a otro tratando de ver un caballo por algún sitio, pero, como no lo encontraba, me miraba con las cejas levantadas

como preguntándome de qué demonios estábamos hablando.

—Es mi caballo, pero puedes subirte en él siempre que quieras, porque desde hoy es como si fuese tuyo también. ¿A que sí, Vais? Míralo cómo relincha, está encantado. Acarícialo un poco, no tengas miedo.

El pobre Lejía me miró angustiado y tímidamente extendió su mano sin saber muy bien hacia dónde.

—Mira —le dije para ayudarle un poco—, haz como yo, acarícialo así— Y moví mi mano como si la pasase por el supuesto lomo de Vais, a lo que Lejía respondió haciendo lo mismo, pero sin poder evitar un gesto de pena, como si considerase que el Margi y yo estábamos los dos para meternos en un psiquiátrico de los gordos.

Reconozco que no es fácil asumir un caballo invisible, y, mucho menos, cuando no puedes explicar las cosas, porque tengo que decir que Lejía sabe exactamente el mismo español que cuando estuvimos en el campamento, o sea, cuatro palabras que coloca donde a él le parece mejor y que mezcla con el inglés haciendo un idioma que solo entiendo yo. Pero, también es cierto que, si al principio le sorprendió lo del caballo, a las dos horas no había quien le bajase de él. En la vida se había sentido Lejía tan feliz como lo estuvo aquellos días al lado de Vais, lo acariciaba, le daba de comer, lo

cepillaba las crines con un cepillo tan imaginario como el propio caballo, y, de repente, aparecía trotando por allí como una cabra loca porque Vais le llevaba subido en su lomo.

O sea, que, la conclusión a la que yo llegué es que la locura se contagia más que la gripe, y que la imaginación de las personas está sin explotar. Si no, que me expliquen cómo tres chavales normales y corrientes pueden asumir como uno más del grupo a un caballo que los tres sabemos que no existe. ¿O no somos tres chavales normales y corrientes? Bueno, no sé, ya lo pensaré cuando tenga tiempo porque si no, me lío, me lío, y no cuento lo más interesante.

—Motas —me dijo Lejía a los pocos días de estar en el pueblo—, your friend mola muy, he's a muy especial friend, he's tan especial como your horse...

—Sí, más o menos son los dos igual de especiales...

—Motas, but he no tiene family?

—Hombre, lo que se dice family, family, sí que la tiene, lo que pasa es que su family es tan especial como él.

No me extraña que a Lejía le resultase raro que el Margi se pasase el tiempo con nosotros en el pueblo. A mis abuelos y a mí ya nos parecía normal, pero a él, eso de que el Margi llegase al pueblo en el primer autobús y se fuese en el último de la noche (el día que

no se quedaba a dormir, que también), no le cuadraba lo más mínimo, pero mira por dónde, lo entendió todo el día que su madre se presentó en mi pueblo, y cómo se presentó...

Estábamos sentados a la puerta de casa planeando lo que íbamos a hacer por la mañana:

—Podíamos enseñar a Lejía cómo se pesca en el río —propuso el Margi.

—O podíamos trabajar un poco la idea del grupo musical, yo sigo necesitando sacar *pasta* para comprarme un ordenador, tío, fíjate la de cosas que podríamos hacer ahora si tuviésemos Internet...

—¿Pasta? I like pasta —dijo ya se sabe quién—. I like espaguetis, I like “macarras”, I like los “tallarinos”...

—Tranquilo, Lejía, tranquilo —le detuve mientras el pobre se relamía de gusto pensando en los “macarras”—.Necesito *pasta* pero no de esa, *pasta* de money ¿entiendes?

—Entiendes —afirmó muy serio.

—Es que quiero un ordenador, un computer, para ponerle Internet y no aburrirnos...O sea, ¿cómo te lo diría yo? Bored ¿sabes? Nosotros aquí estamos muy bored...

—¿Bored? In this pueblo you are bored? ¡You are crazy!

Anda, no veas la bronca que nos echó por haberle dicho que el Margi y yo nos aburríamos en el pueblo y que necesitábamos Internet para divertirnos... Aunque seguía su pauta habitual de mezclar los dos idiomas, nunca le había entendido mejor, porque estaba indignado de que pudiésemos aburrirnos en un pueblo como el mío que tenía campo, río, vacas, y lo que a él más le impresionaba: Sun and air, limpio air.

Lejía vive en Londres, que, por lo que yo he visto en la tele, no tiene nada más que ingleses y niebla, por eso en mi pueblo era feliz. Tenía razón, la verdad es que por el pueblo podemos estar a nuestras anchas desde por la mañana hasta casi la noche, sin preocuparnos de nada más que de ir a comer y a merendar cuando el estómago lo reclama, podemos hacer *el cabra* todo el día tirándonos por las cuevas con unos cacharos de bicicleta que hay en el trastero de casa, podemos escalabramos sin que nadie se escandalice porque yo creo que en todo el día ni se acuerdan de nosotros, o sea, que, divertido sí que lo es, lo que pasa es que, claro, las *personas humanas* siempre queremos más y, como yo veo que muchos de clase se pasan el día hablando de lo que se *han bajado* de Internet, de que si tienen este juego o este otro, de que si ven películas y *bajan* canciones... pues, claro, a mí se me hace la boca agua, pero también pensaba que,

a lo mejor, después podía pasarme como con el móvil, que casi ni lo uso porque en el pueblo no hay cobertura al estar rodeado de tantas montañas.

Bueno, pues en esas nos encontrábamos aquella mañana, con Lejía dándonos la charla de lo bien que estábamos sin ordenadores y sin nada, cuando, de repente, vimos aparecer a lo lejos una figura que se acercaba a la casa a toda carrera y agitando en la mano algo anaranjado que no era una bandera, pero que lo movía como si lo fuese.

Lejía y yo nos quedamos mirando extrañados, pero el Margi reconoció al instante quién era, y como si le hubiesen pinchado, de un bote se puso en pie y se metió para casa a toda pastilla:

— ¡Ostras! ¡Mi madre! ¡Y viene con la goma del butano!

Nosotros no esperamos más explicaciones y como la pinta que tenía la señora no era de venir buscando amigos, hicimos lo mismo que él, nos metimos para casa y nos escondimos los tres en el hueco que hay debajo de la escalera, donde mi abuela pone la fregona, las escobas y todo eso que ella no deja descansar ni un minuto.

A los tres segundos, la madre del Margi llamaba al timbre de la puerta y mi abuela salía a abrir.

—Soy la madre del amigo de su nieto, y vengo a buscarle porque hace no sé cuántos días que no aparece por casa...

— ¡Encantada de conocerla, señora! Pero si no parece usted inglesa ni nada, si parece de aquí mismo...Pero pase, mujer pase...Claro que el chico no ha ido por casa, pero hija, si nos lo mandaron ustedes a pasar unos días... ¿Cómo le íbamos a decir que fuese a dormir a Inglaterra todos los días? Está aquí con mi Tristanico y con el otro niño, uno muy raro que ve caballos y eso, pero muy majo también...

— ¡Ese! ¡Ese es el mío! ¡A ese es el que vengo a buscar! ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido, que se va a enterar?

Cuando mi abuela aterrizó y comprendió que la madre que tenía delante no era la de Lejía si no la del Margi, nosotros teníamos ya los pelos de punta adivinando la que se nos podía venir encima. Bueno, nosotros dos, porque Lejía, que no había entendido ni torta porque la madre del Margi estaba muy enfadada y hablaba como una locomotora, estaba haciendo el tonto y se había puesto un recambio de fregona en la cabeza atado con una pañoleta, y un delantal con puntillas de mi abuela, que con lo delgado que está, le daba tres o cuatro vueltas.

—¿Dónde está mi hijo? ¡Quiero verle ahora mismo!

—Tranquila, señora que le va a dar un “infrato”, mujer...Pase que nos tomamos un cafetito y ya verá cómo aparecen, estos chicos están todo el día por la calle, pero aquí no hay peligro ninguno...

Mi abuela no puede evitar ser de pueblo(y a mucha honra, como ella dice), y sigue manteniendo que lo primero que hay que hacer cuando llega una visita es ser amable y hospitalario, y por supuesto, poner un café con unas pastas, eso si no hay mucha confianza, que cuando ya la hay, se pasa directamente a la hogaza de pan y la matanza; no importa lo enfadada que venga la visita, eso da lo mismo, el café es sagrado...Pero la madre del Margi no es de pueblo, y para ella, las normas de buena educación no existen, porque no hizo ni caso a mi abuela y se plantó en medio de la entrada de la casa dispuesta a dar con su hijo como fuese.

—¡Que salga! ¡Que salga ahora mismo, que me va a oír! Voy a encontrarle aunque le hayan escondido donde sea, me le voy a llevar y no va a volver por aquí en la vida...

—¡Oiga , oiga! Que no le tenemos “sencuestrado”, eh, a ver si ahora me va a pedir un rescate...Su hijo aquí se lo pasa en grande y por eso no quiere irse, ni más menos, así de fácil hija mía...

Mientras mi abuela trataba de calmarla y la señora se iba poniendo cada vez peor, nosotros seguíamos allí medio agachados atentos a lo que estaba

pasando y al mismo tiempo tratando de contener la risa que nos daba ver a Lejía, que como si con él no fuese la fiesta, seguía haciendo el canelo con su peluca de fregona y unas zapatillas viejas de mi abuela asomando por debajo del enorme delantal.

Cuando vimos que la cosa se estaba poniendo fea y que la madre del Margi estaba dispuesta a registrar la casa con tal de encontrar a su hijo, comprendimos que iba a dar con nosotros en dos segundos y que no nos quedaba más remedio que huir de allí cuanto antes.

Afortunadamente, podíamos salir al corral por la parte de atrás de la casa, sin tener que pasar por donde estaban ellas discutiendo ya en toda regla, así que el Margi y yo acordamos que a la de tres echábamos una carrera para escapar antes de que fuese demasiado tarde. Como explicarle aquello a Lejía nos hubiese llevado tres o cuatro días, yo me encargué de tirar de él y arrastrarle fuera tal y como estaba disfrazado, y él, que se fiaba de nosotros, cuando nos vio correr, corrió también como una liebre, y eso que las zapatillas de mi abuela se lo ponían mucho más difícil.

—¡He oído un ruido! ¡Ahí hay alguien! —dijo la madre del Margi— Allí van, les he visto, van con una chavala rubia, les he visto...

La chavala rubia era Lejía con la fregona ondeando al viento mientras corríamos que nos las

pelábamos para llegar a un sitio donde la señora con la goma de butano no pudiese darnos un disgusto.

En mi pueblo hay muchos sitios donde esconderse porque te metes por las cuevas del monte o por los cañizales del río y no te encuentran en dos años, pero allí, nada más salir de la casa de mis abuelos estás en la plaza, o sea, que te quedas con el culo al aire porque solo hay media docena de casas y la iglesia, así que, ¿qué íbamos a hacer? Meternos en la iglesia, no nos quedaba otra.

En mis memorias no suelo hablar de la iglesia de mi pueblo porque casi no voy nunca y entonces no sé qué decir. Es una iglesia como todas, con bancos, estatuas de santos y cosas de esas. Se construyó en el año catapún, bueno, hace muchísimo, y es de estilo...religioso, yo creo, pero vamos, que de ese tema no entiendo mucho porque a mí todas me parecen iguales.

Lo mejor que tenemos es el cura, que está sordo como una tapia, y como él no se oye, se cree que los demás tampoco le oyen y cuando dice misa se le escucha desde casa de tanto como grita.

Aquel día tuvimos suerte porque cuando entramos en la iglesia no había nadie, Don Justo, el cura, la abre y se va al bar, que se lo pasa mucho mejor.

Entramos a todo gas y lo único que se me ocurrió para que no nos viese la madre del Margi si

entraba, fue meternos en un confesionario. Como es una iglesia de tercera división, solo tiene uno, así que allí que nos metimos los tres, medio incrustados unos en otros, y corrimos la cortinilla para que desde fuera no se nos viese.

—¡Motas! I don't understand, ¿Qué nosotros hacer hear?

—No te preocupes, tú solamente estate muy callado, nada más.

No podía ponerme en aquellos momentos a explicarle lo que era un confesionario, porque me parece que en Londres usan otras religiones diferentes.

Estuvimos un rato como tres muertos vivientes, solo el Margi estornudaba de vez en cuando porque los hilos de la fregona que Lejía seguía conservando sobre su cabeza como si hubiese nacido con ella, se le metían en la nariz.

—Yo creo que el peligro ha pasado— dije cuando vi que nadie entraba en la iglesia con una goma de butano amenazante.

—Espera un poco— dijo el Margi— tú no conoces a mi madre, se acuerda poco de mí, pero cuando se acuerda no se rinde fácilmente.

—Lejía es calor— dijo el pobre, que se estaba empezando a deshidratar.

Abrí la cortinilla y miré a ver si había moros en la costa. Nada, todo tranquilo, así que salí fuera, y detrás de mí salió el Margi.

—Lejía es mareo— y como si fuese a desplomarse, se sentó en la banqueta que había dentro del confesionario mientras se daba aire con el delantal de mi abuela.

—Sal fuera, hombre, sal de ahí— le dije.

—¡No! Lejía es suelo, yo mareo, tú ir, yo quedar.

Es muy difícil saber cuándo Lejía está pálido, porque es tan blanco de por sí, que no se puede apreciar un cambio de color fácilmente, pero a mí me parecía que se encontraba fatal porque no era capaz de ponerse de pie.

—Déjale ahí un poco a ver si se le pasa— dijo el Margi, que estaba sentado en un banco.

En esas, escucho la puerta de la iglesia que se abre como esas de los castillos viejos, que hacen un ruido tremendo, y yo no supe qué hacer, lo único que se me ocurrió fue cerrar la cortina del confesionario para que nadie viese a Lejía allí agonizando, sentarme con el Margi en un banco y hacer como que estábamos rezando.

Por suerte, no era su madre la que entró, era una señora del pueblo, una beata de esas que tiene que ir todos los días a la iglesia y escuchar misa y confesarse

y no sé cuántas cosas más, pero que luego, si puede, te quita las lechugas de la huerta y te pone la zancadilla sin remorderle la conciencia ni nada.

Yo no sabía lo que iba a pasar allí, pero me metí mucho en mi papel y simulé estar muy concentrado en mis rezos. Si la señora se ponía en los primeros bancos, podríamos coger a Lejía y salir de allí pitando sin que la paisana se diese cuenta, pero lejos de eso, la señora no tuvo mejor idea que ... ¡ir directa a confesarse!

El Margi y yo nos miramos, mientras la mujer se puso de rodillas en el confesionario donde teníamos a Lejía recuperándose o muriéndose definitivamente, yo ya no sabía lo que le estaría pasando.

—Ave María Purísima— dijo la señora esperando escuchar la contestación de Don Justo, que por cierto, seguía en el bar, a su bola, mientras nosotros le hacíamos el trabajo.

—Ave María Purísima— repitió un poco más alto— Padre, ¿está usted ahí?

—¡Motas! – se escuchó en un susurro— Where are you? Venir enseguida...

La otra debió de entender “sin pecado concebida”, porque se quedó tan ancha y empezó su confesión.

—Padre, me acuso de haber pecado de pensamiento, palabra, obra y omisión, y le voy a explicar a usted por qué. Verá, el otro día, cuando mi

vecina, la del Mauro, me dijo que se había comprado un televisor de esos grandes, sentí una punzada de envidia tremenda y ahora me arrepiento...

—¡Vomito! ¡Vomito! — decía Lejía en un español tan claro como pocas veces.

—Hombre, don Justo, ya sé que no es muy bonito, pero ¿qué quiere que haga? Yo llevo queriendo un televisor de esos desde hace dos años, y encima de que no me lo he podido comprar, se lo compra la del Mauro, que me debe trescientos euros del abono desde hace medio año, y esos trescientos euros son míos, don Justo, son míos...

—I don't understand, I don't understand...— se escuchaba a Lejía en un susurro.

—¡Ah! ¿Y yo qué sé “ande” están? ¿Yo qué sé? Seguramente que ahí metidos, en el televisor ese...

— Yo soy muero, soy muero...

—Sí señor, ya sé que es solo dinero, pero es mío y me lo tiene que dar antes de comprarse esos lujos ¿no?

El dialogo para besugos que estaban manteniendo entre los dos se interrumpió por un momento en el que el Margi y yo creímos que definitivamente Lejía había pasado a mejor vida.

—Don Justo, ¿qué hago entonces? ¿Le pido el dinero o le digo que nos turnemos con el televisor porque también es mío?

—¡Dormir, quiero! ¡Quiero...!

— Bueno, pues le pido el dinero, vale, lo que usted diga... ¿Y qué penitencia me pone? No se pase, porque al fin y al cabo la que más culpa tiene es ella que no me ha pagado lo que me debe...

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Mother mía! ¡Mother mía!

—Bueno, me parece bien— dijo la mujer mientras se santiguaba antes de irse— Dos avemarías, vale, y ya le contaré cómo me va todo. Gracias padre, buenos días.

Y la mujer, que por lo visto estaba más sorda todavía que don Justo, porque además de que había hecho la confesión voceando, había entendido todo como le había parecido, se fue más contenta que otro poco sin saber que el “Padre Lejía” era el que le había dado la absolución.

El Margi y yo nos lanzamos sobre el confesionario y abrimos la cortinilla y la puerta. Allí estaba un Lejía mareado, con su disfraz de fregona, sudando por cada pelo una gota y con un color verdoso que a mí no me gustaba nada.

—Vamos a sacarle de aquí que va a potar— dijo el Margi.

Así que, sin perder el tiempo, le cogimos uno por cada brazo y como no pesa nada, le sacamos de allí en volandas.

En cuanto le dio el aire se le pasaron todos los males, y ya con su color blanquecino habitual y sin la fregona ni el delantal, volvió a ser el Lejía de siempre.

—I don't remember nada de nothing, ¿qué me pasar? ¿por qué vosotros irse?

—Mira, Lejía, esto es muy largo de explicar, tú tranquilo que no ha pasado nada— le dije.

—Soy muy cansado— dijo.

—No te preocupes, que Vais te lleve hasta casa. Súbete, venga.

Y gracias al caballo, Lejía pudo llegar a casa trotando por medio pueblo con las piernas separadas porque iba montado en Vais.

Ver para creer.

El presupuesto del ayuntamiento de Puentes Seco está entre escaso e inexistente, así que nos vemos obligados a desarrollar la imaginación todo lo que podemos para poder tener fiestas patronales, carnavales y todo eso, pero la verdad es que por mucho que nos estrujemos la mente, se nos están acabando las ideas y los recursos, porque cada vez queda menos gente en mi pueblo y en los de los alrededores, y claro, así a ver cómo lo vamos a hacer...

Por eso pasa lo que nos pasó hace dos navidades, que hicimos el belén viviente como todos los años, pero nos hemos quedado sin niño Jesús, porque como ya no nacen niños en el pueblo, llevábamos diez años poniendo al mismo chaval, y claro, ese año dijo que pasaba mucho del tema, que estaba harto de vestirse con pañales y tumbarse allí para ser el hazmerreír de toda la comarca. Al final pusimos una Barbie, pero no era lo mismo, si el belén es viviente, tiene que estar vivo todo, y si no, que lo pongan de cartón y listos.

En las fiestas del verano nos pasa otro tanto de lo mismo. El alcalde se empeña en anunciar vaquillas a bombo y platillo, para que venga la gente de los otros pueblos y así hacer caja en el bar, que es suyo, pero

claro, ni vaquillas ni nada. Hace algunos años se hacía la plaza de toros poniendo todos los tractores en círculo, pero claro, como se ha ido marchando la gente, ahora mismo hay cinco tractores en el pueblo, con lo cual, en vez de una plaza de toros es como un cuarto de baño, y para colmo, traen todos los años la misma vaquilla, que nos conoce hasta por el nombre, y a mí me da la sensación de que lo único que le entra cuando nos ve es la risa, porque en vez de embestir, se tumba en la arena y se queda medio frita. Como le dijo mi abuelo este verano al alcalde: “Para eso no te molestes en traerla, suelto yo a mi perro que da más miedo”.

Y en semana santa terminamos por quitar las procesiones, porque era de pena ver al que quería hacer todos los años de Cristo crucificado. Es Mariano, que mide un metro veinte y debe de pesar cien kilos, un bruto capaz de comer sandías con los sobacos, vamos, la viva imagen que todos hemos tenido siempre de Jesucristo.

—¡Vale, hombre, vale! Para el año que viene me pongo a régimen y os vais a enterar...

—decía cuando la gente se partía el culo de risa al verle allí subido en una peana que encima tenían que llevar entre unos cuantos del pueblo, “para que parezca una procesión de verdad”, decía Mariano desde su cruz. Hasta que un día, los que pujaban hicieron un plante y le dejaron en medio de la plaza del pueblo porque en

vez de ponerse a régimen, había engordado más y no podían con él. Menudo ataque de risa me dio a mí al verle allí, atado a los palos de la cruz con aquella barriga colgante y las lorzas que tenía en las piernas y los brazos...

Bien es verdad que la gente venía de los otros pueblos para ver la “procesión”, pero como dijo el alcalde: “ una cosa es el turismo, y otra el ridículo”, y desde entonces la única celebración que tenemos en semana santa es que el cura echa unas oraciones por las calles con un aparato del que sale humo, parecido a cuando mi abuelo fumiga la cuadra de las vacas, y nada más, con lo cual, se presentaba una semana santa de lo más sosa, porque no había ambiente de fiesta ni de nada.

Fue entonces cuando se nos ocurrió hacer lo del grupo musical, porque al ser tres, ya teníamos como más confianza en que el proyecto pudiera ser un éxito, pero tuvimos que esperar un par de días porque después de la visita de su madre en el pueblo, creímos que el Margi había desaparecido para siempre.

Yo no sabía qué hacer, me hubiera gustado ir por su casa y preguntar qué le había pasado, pero con la familia que tiene no sabía si era conveniente ir o no, porque a lo mejor lo complicaba todo más. El caso es que cuando se pasaron dos días sin que viniese por el pueblo, hasta mi abuela estaba preocupada:

—¿Y hoy tampoco va a venir el “raro”? ¡Pobre hijo! Con esa madre que tiene...

—Tranquila abuela, que seguro que hoy le vemos...

—Sí, a lo mejor le vemos pero en la tele... Vete tú a saber si esa bruja no se le ha cargado...

Animar, lo que se dice animar, no es que mi abuela lo haga mucho, más bien consigue meterte la sangre en un puño, pero bueno, yo no quería decir nada más para no preocupar a Lejía, que es otro agonías como mi abuela.

—Motas, ¿qué ser “cargado”? ¿Mother de Margi “cargado”? I don’t understand nada...¿qué es “cargado”?

Yo le iba a decir cualquier cosa para que se tranquilizase, pero mi abuela se me adelantó:

—Matar, hijo, matar, esa mujer venía dispuesta a todo, te lo digo yo, no sé cómo andará a estas alturas el chico, a lo peor está ya criando malvas...

—¡Matar! ¡Killer!

La cara de Lejía era un poema, se le escurrían las gafas por su diminuta nariz y dejaban ver esos ojos rojizos que él tiene normalmente, medio llenos de lágrimas a punto de rebosar.

—¡Pero abuela! ¡Mira que eres exagerada! Que no, hombre, que no. Que el Margi está bien, lo que pasa

es que le habrán castigado unos días sin venir por haber suspendido todas, pero nada más...

—Sí, sí, nada más...ya veremos si no ha ocurrido una desgracia...— dijo la alegría de la huerta mientras salía al corral a tender la ropa.

—Nosotros ir a your house, nosotros buscar Margi y “Vais”. Where is your house? ¿Tú saber, Motas?

—No podemos, Lejía, tiene una familia un poco rara y no podemos ir a meternos allí porque lo mismo no les gustamos y le prohíben aparecer más por aquí. Vamos a esperar un par de días más y si no viene, nos acercamos a ver si le vemos por la calle, pero a su casa no podemos ir...

—¡Margi cargado! Oh, my God! ¡Margi cargado!

Buena la hizo mi abuela, no había forma de quitárselo de la cabeza, por más que intenté distraerle para que se le olvidase el tema, era imposible. Le llevé al río a pescar pero no picó ni uno, y no me extraña nada, porque teníamos los dos un semblante que yo creo que los peces se asustaban nada más vernos y salían corriendo. Fuimos hasta las montañas y le enseñé las cuevas de las que tanto le había hablado en el campamento del año pasado, pero no se enteró de nada porque cada poco repetía: “Margi cargado, Vais cargado”. Y aunque yo trataba de quitarle importancia

diciéndole que ya había pasado más veces y que siempre volvía, no era cierto, yo sabía muy bien que para que mi amigo se pasase varios días sin aparecer por el pueblo, algo serio tenía que estarle pasando.

—Podíamos ir ensayando las canciones de nuestro grupo musical, así cuando el Margi venga, ya lo tendremos todo adelantado...

—Yo no ganas cantar.

—Ni yo tampoco— le dije.

Así que, parecíamos dos almas en pena vagando por un pueblo que parecía más triste todavía.

Mi abuela seguía fiel a su teoría del asesinato, menos mal que mi abuelo estaba allí para levantarnos la moral.

—No hombre no, no hay que ser tan pesimistas. Seguro que al chico no le ha pasado nada, lo más fácil es que se le hayan llevado a un reformatorio de esos para chavales raros y no le volváis a ver en la vida, pero nada más, hombre, vosotros tranquilos.

—¡Abuelo! No te pases, hombre— le dije un tanto indignado.

—Bueno, oye, es mi opinión, y las opiniones son como los culos, cada uno tiene el suyo...

—Si mañana no viene, vamos a buscarle— dije ya harto de tanta intriga— ¿Estás de acuerdo, Lejía?

—Of course! Yo voy con tú, we encontrar our friend, ya lo tú vas a ver...We encontrar Margi and caballo, of course, of course!

—Anda, que este también...—dijo mi abuelo entre dientes— Desde luego, hijo, te buscas cada amigo...

Al día siguiente, cuando Lejía y yo nos disponíamos a ir en busca de nuestro “friend” como dos vengadores en busca de justicia al precio que fuese, se escuchó una voz en la puerta de casa, una voz que nos hizo a todos rebotar de la silla y salir corriendo para fuera:

—¿Qué pasa aquí? ¿No hay nadie que se acuerde de los amigos?

El Margi estaba allí mirándonos con una sonrisa de oreja a oreja, mientras nosotros dos y mis abuelos debíamos parecer cuatro pasmarotes que no eran capaces de decir nada.

Le habían rapado el pelo al cero, tenía un ojo completamente morado y por debajo del ojo que ni siquiera podía abrir del todo, se le podían contar varias heridas y arañazos.

Y todavía era capaz de reírse como si nada mientras a mí me temblaban las piernas y mi abuela sacaba el pañuelo del bolsillo y se lo ponía junto a los ojos.

—Que me he caído por las escaleras...—dijo como si nuestro silencio hubiera sido una larguísima pregunta.

—¡Mira que eres patoso, chaval! ¡Menudo “paquete” estás hecho...! —le dije dándole un abrazo.

—Entonces your mother no cargado? —dijo ya se sabe quién.

—¿Qué dice este?

—Nada, ya sabes que lo del español no es lo suyo y se arma un poco de lío...

—Your mother no killer! Yo soy happy! Your mother no asesina! Tú no cargado, tú no cargado, I am very, very happy...

— Jo, tío, cada vez le entiendo menos— dijo el Margi, mientras yo trataba de hacerle señas a Lejía para que se callase, sin conseguirlo, por supuesto.

—Venga Lejía, vamos a dar una vuelta con el Margi, hay que ponerle al día de todo.

—Lejía coge horse, Lejía con Vais. Hello Vais! My favorite horse! My special horse!

Y se montó en el caballo tan contento como no lo había estado desde que el Margi había desaparecido. Antes de salir de casa, escuché a mi abuelo que por lo bajinis decía:

—O en las escaleras de este chico hay leones, o lo de la caída se lo ha inventado el pobre chaval.

Nadie preguntamos nada más, todos, incluido Lejía, sabíamos bien lo que había pasado, pero no se nos ocurrió hacer ni la más mínima pregunta, hicimos como si nada hubiera pasado, como si se hubiese ido el día antes y acabase de llegar tan normal como lo había hecho otras veces, pero yo no podía evitar que cada vez que le miraba se me pusieran los pelos de punta de imaginarme lo que le tenía que haber dolido el golpe para tener el ojo como lo tenía, y a Lejía le debía de pasar lo mismo, menos mal que con las gafas de culo de vaso que tiene, disimula, pero se pasó la mañana sorbiéndose los mocos, y eso le pasa cuando se emociona, que ya le voy conociendo.

—Tenemos que ponernos al día con lo del grupo musical— dije para empezar a hablar de cosas y hacer como que todo era normal – Lo bueno sería dar algún concierto en el pueblo estos días de fiesta, porque como hay tan poco ambiente, está todo el mundo aburrido.

Se nos fue el día buscando instrumentos en el desván de mis abuelos, y nos pasamos una risa tremenda porque Lejía quería tocar la batería a toda costa, pero allí había de todo menos baterías, claro, y no se le ocurrió mejor cosa que hacerse una con ...¡dos orinales!

Los puso boca abajo y empezó a tocar con las manos encima de ellos, como si fuesen de esos bongos africanos. Era digno de ver, pero lo mejor era que no

sonaba mal del todo, Lejía es un chico con un oído estupendo para la música, sabe llevar muy bien el ritmo, y no era la primera vez que tocaba así, aunque no creo que antes lo hubiese hecho sobre dos orinales viejos.

No hubo manera de hacerle desistir de su idea. En Inglaterra no se deben de utilizar los orinales, allí como son tan finos, lo mismo ni mean, pero lo que estaba claro es que él no los identificaba con el uso que aquí se les da, por eso no comprendía que nos hiciese tanta gracia verle tocar con ellos, ni que nos empeñásemos en quitárselos.

Encontramos también dos panderetas de las que tocaba yo de pequeño en Navidad, una flauta y una guitarra vieja, que no había visto en mi vida, y que me hizo mucha ilusión, porque aunque se veía que tenía más años que el catarro, no estaba estropeada y hasta sonaba medianamente bien.

Cuando bajamos para el corral, con toda la orquesta que habíamos formado, a mi abuela casi le da un “jamacuco” porque se lo habíamos revuelto todo, es que ella es así, tiene que tener en orden hasta los cuartos trasteros y los desvanes que son para tenerlo todo tirado.

—¿Pero dónde vais?

—Vais está con yo – dijo Lejía, que ya se sabe que entiende a su manera.

—¿Pero qué queréis hacer con todo eso? ¡La madre que los trajo! Pero mira la que han formado... ¿Y qué hace el inglés con los orinales? ¡Hombre, por favor! Pero quitadle eso... ¡Tomás, Tomás, ven para acá que el inglés ha cogido dos orinales...!

Cuando llegó mi abuelo y vio a Lejía abrazado a su “batería” intentó explicarle que eso no podía cogerlo porque no valía para tocar, que valía para otra cosa...

—Que no, salao, que no, que eso no son tambores, hombre, que eso no te vale para hacer música, que va a sonar fatal...

— Yo gusta— dijo Lejía sin soltar el botín— Is my opinión, y opinión is como culos, tú decir antes, opinión is como culos...

—Estos ingleses son la leche— dijo mi abuelo— Aprenden rápido, no me extraña que nos quitasen Gibraltar...

Y de aquella guisa, que parecía que nos habíamos escapado de un manicomio, empezamos a organizar nuestro grupo: “Frakaso Heskolar”, con una ilusión que no creo que ni los Beatles en sus mejores tiempos tuviesen tanta como nosotros.

Además, cuando le pregunté a mi abuelo de dónde había salido la guitarra que había encontrado en el desván, le vi que la miró muy serio y pensé: “Ya está, ya he metido la pata, seguro que es de mi tío”, pero no, la miró unas cuantas veces y luego, me dijo:

—Ya no me acordaba de ella, lleva muchos años ahí guardada, pero nadie mejor que tú para tocarla, porque esta guitarra era...bueno...es de tu padre.

Me dio un vuelco el corazón que pensé que se me iba a salir de la caja. Era la primera vez que yo tenía en las manos algo de mi padre, algo que podía tocar, que podía mirar y pensar que alguna vez había estado en sus manos como lo estaba en las mías. Hasta entonces, mi padre había sido un pensamiento, una idea, una especie de fantasma imaginario, pero al tener en mis manos un objeto real, era como si mi padre también se hiciese real.

—Te pareces tanto a él...— me dijo mi abuelo acariciándome la cabeza. Y era la primera vez que escuchaba aquella frase con cariño, como algo bueno, de lo que pudiera sentirme orgulloso y no avergonzado.

Se hizo un silencio que solo rompieron los mocos de Lejía, otra vez para arriba y para abajo, pero aunque todos nos emocionamos, no dijimos nada para no poner tristes a mis abuelos.

—Bueno, pues venga, vamos a tocar a ver lo que sale de aquí. ¡El éxito nos está esperando!— dijo el Margi, como si en aquel momento fuese él el encargado de alejar la tristeza y que volviésemos todos a la juerga.

Tengo que decir que si el éxito nos estaba esperando, era mejor que se lo tomase con calma, porque iba a tener que esperarnos muchos años.

Cuando intentamos hacer que sonasen juntos la guitarra, los orinales—bongos y la flauta que había encontrado el Margi era como si le hubiesen pillado a la vaca una pata con la puerta.

Pero lejos de desanimarnos, pasamos hasta la hora de la cena intentando afinar un poco más. Supongo que no lo conseguimos, porque cada vez que mi abuela salía al corral a buscar algo, se santiguaba y decía:

—¡Madre de Dios, la que va a caer! Menos mal que al campo le hace falta agua...

Después de cenar a base de bien, acompañamos al Margi hasta el autobús, y mientras esperábamos a que llegase, nos salió con algo que no nos esperábamos:

—Oye, tíos, que yo creo que...no voy a poder formar parte del grupo...

—¡Anda! ¿Y a qué viene eso ahora? – le dije.

—Pues a que...yo paso de hacer el ridículo con esta pinta que tengo...

—¿Pero qué pinta? ¿Por qué dices eso?

—Venga, tío, mírame. Tengo la cabeza como una bola de billar y un ojo a la birulé...Yo no quiero que la gente se ría por culpa mía. Yo así no toco ni en casa de un vecino, hacedlo vosotros...de verdad...

—Pero, tío...

—But uncle...—dijo Lejía, que lo de “tío” se lo tomaba en un sentido literal.

—Mira, si algo aprendimos nosotros en el campamento del año pasado es que cada uno es como es, y al que no le guste que no mire. ¿Verdad, Lejía?

—Verdad, uncle.

—Pues anda que no éramos nosotros raros ni nada, pero oye, solo faltaba que tuviésemos que ser perfectos... Yo eso lo tuve muy claro y desde entonces llevo la cabeza bien alta, cada persona es de una forma, no vamos a cortarnos las venas por no ser todos maravillosos ¿no?

—Ya tío, pero de verdad que no puedo, yo te lo agradezco y eso, pero no contéis conmigo, de veras, que no puedo...

En esas llegó el autobús y justo antes de subirse, Lejía, que no se había enterado de nada pero intuía que algo había pasado, le preguntó:

—¡Margi! ¿Tú venir mañana?

—¡Qué sí, tío! Que mañana vengo a prepararos, que estáis muy verdes, voy a ser vuestro manager, mañana vengo...

—¡Lejía también mañana vengo...! ¡ A tomorrow, uncle!

—¡ “A tu morro”, tío!— le dijo el Margi desde el autobús.

Nos fuimos andando despacio para casa y por el camino Lejía me preguntó qué había pasado:

—¿Margi no cantar quiere ya? ¿No gusta? ¿No buenos?

—No Lejía, no es eso, no es que no seamos buenos, que también, es que le da vergüenza salir a cantar con el pelo tan corto y con el ojo morado.

—¡Ah! My friend! Yo y tú hacer algo.

— Sí, no sé qué vamos a hacer. Ya le he intentado convencer de que no tiene importancia, pero no quiere, le da mucho corte...

—Sí importancia, Motas, sí importancia. It's my opinión, y opinión is como culos, decir tu abuelo ¿no?

Buena la hizo mi abuelo, no sabe que como a Lejía le guste una frase ya no la suelta.

Me hubiera gustado que la idea hubiera sido mía, pero la verdad es que lo que se nos ocurrió hacer para que el Margi no se sintiera mal, fue idea de Lejía, yo creo que una de las mejores de su vida, así estaba él de orgulloso.

—¡La madre que los trajo! ¡La madre que los trajo! ¡Tomás, ven enseguida! ¡Vente para acá rápido, por Dios! ¡Mira lo que han hecho estos chavales! ¡Que se han desgraciado! ¡Que se han desgraciado para toda su vida!

No era para tanto, ya se sabe que mi abuela tiene una gran tendencia a la exageración, pero bueno, reconozco que la escena, como mínimo, tenía que ser impactante.

—¡San Pedro! ¿Pero qué habéis hecho?

—Solidarizarnos con el Margi— contesté.

—Yes— dijo Lejía— Soli...sodi...sidi...¡oh! — demasiado complicada la palabreja.

—¿Y ahora cómo les devolvemos este chico a los ingleses? ¿Qué van a decir sus padres?— dijo mi abuelo, que las relaciones internacionales siempre le han preocupado mucho.

—Don't worry, don't worry...

—¿Cómo que no? Muy “guarris”, sí señor, muy “guarris” habéis sido— (el inglés, ese idioma que no tiene secretos para mi abuela).

Pero bueno, una vez superada la primera impresión, les dejamos allí y nos fuimos corriendo a la plaza a esperar que llegase el autobús con el Margi.

Nos vio desde la ventanilla, y se le quedaron los ojos a cuadros.

—Pero...pero...¡Estáis “grillaos”...! ¡Vosotros estáis “pallá” del todo!

Y nos dimos un abrazo los tres, a la vez que la risa tonta se instalaba entre nosotros, incluso en Lejía, que no hacía nada más que vocear por la plaza que la idea había sido suya:

—Yo pensar...yo pensar...yo soy idea...It’s a very good idea!!

Entre risas le explicamos al Margi que habíamos cogido de la cuadra unas tijeras que tiene mi abuelo de cuando en el año catapún tenían ovejas en casa, y nos rapamos el pelo el uno al otro tan corto como pudimos. La verdad es que al vernos a los tres juntos dábamos mucha más pena Lejía y yo, porque el Margi al menos, lo tenía todo por un igual, todo al cero, pero nosotros teníamos unos escalerones tremendos.

También habíamos intentado ponernos un ojo morado, para estar completamente iguales que él, pero no es tan fácil tener un ojo así. Nos dimos dos o tres “galletas” a ver si se nos ponía a la “birulé”, pero nada, lo único que conseguimos fue hacernos una daño enorme, y el ojo seguía allí, sin amoratarse ni una gota, así que decidimos que lo mejor era recurrir a la pintura, y por la mañana, nada más levantarnos, cogimos unas “témperas” que tengo en casa de las clases de plástica,

y nos untamos un ojo cada uno con un violeta que nos daba un toque muy especial.

Es verdad que impresionábamos un poco, y que a mis abuelos lo mío les preocupaba menos, porque no me tenían que devolver a ningún sitio, pero lo de tener que devolver a Lejía a Londres en ese estado, les traía por la calle de la amargura, y eso que él estaba viviendo los días más divertidos de toda su vida.

—Motas— me decía bajando un poco las gafas para dejar al descubierto un ojo violeta y el otro rojizo, suyo de toda la vida— Yo nunca tan happy. This “santa semana” is la más happy in all my life.

Y yo sabía que era verdad, no había nada más que verle “cabalgando” a lomos de Vais a toda pastilla por la plaza de mi pueblo, que más de una vez casi se come el suelo, y lo único que le preocupaba era preguntarle al caballo si se encontraba bien.

Bueno, pues como ya estábamos “uniformados” para nuestro grupo musical, lo único que nos faltaba era ensayar un poco más para perfeccionar, y también, acondicionar los instrumentos para que no se viesan tan viejos, porque se notaba un montón que llevaban años abandonados en un desván.

No sé si los grupos que después han llegado a la gloria se encontrarían en sus comienzos con tantos problemas como nos encontramos nosotros, pero la verdad es que nos pasó de todo.

Para disimular los orinales de Lejía, no se le ocurrió mejor cosa que pintarlos de un rojo chillón, con lo que ya teníamos asegurado que en vez de pasar desapercibidos, iban a acaparar las miradas de todo nuestro público; por si eso era poco, el Margi le dio una mano de barniz a la flauta con la que estaba emocionado, y la verdad es que quedó muy chula, brillaba que parecía recién sacada de la tienda, pero en vez de dejarla secar el tiempo suficiente, no tuvo paciencia y se puso a tocarla antes de tiempo. ¿Qué pasó? Pues lo que tenía que pasar, que se le pegaron los dedos y los morros al barniz, que ni que la hubiese untado con pegamento de contacto, parecía que había nacido así, con una flauta incrustada en su boca.

Dentro de lo dramático de la situación, porque para él no tenía ninguna gracia verse allí pegado como si fuese una mosca de patas en la miel, yo no podía por menos que reírme, porque me imaginaba que se quedase de aquella guisa para toda su vida, pegado a una flauta del año de las quimbambas, con los dedos como porras de tanto tirar de ellos, y los morros como si los hubiese metido en un tonel de guindillas.

—Se te acabó comer, tío— le decía yo para animarle— Te va a quedar la boca inservible para una temporada...

Y se revolvía contra nosotros lanzando improperios que afortunadamente no entendíamos,

mientras yo me partía de risa sin poderlo evitar, y Lejía se aprovechaba de montar a Vais todo el rato.

Medio Margi quedó pegado a aquella flauta para siempre, porque aunque conseguimos separarle, salió más pelado que un plátano.

El pobre, quería hacerse el valiente, pero aquello tenía que doler lo suyo, porque tenía los dedos y la boca sin una gota de piel, con lo cual no podía hacer nada, ni siquiera reírse, aunque sospecho que de reírse tenía pocas ganas.

De todas formas, como la intención es lo que cuenta, y nosotros teníamos la intención de llenar el pueblo de conciertos de “rocanrol”, ni cortos ni perezosos nos presentamos en casa del alcalde para que nos dijese a ver qué sitio nos asignaba para impresionar a mis paisanos con nuestra música sin par.

El alcalde es muy pintoresco, porque está obsesionado con que el pueblo progrese y se convierta en el sitio de moda de toda España, pero yo creo que le fallan las ideas, porque se le ocurren cosas que para una ciudad de cinco millones de personas estarían muy bien, pero para un sitio con cien paisanos, se quedan un poco grandes.

El caso es que se pasa el tiempo hablando de la cultura, venga a llenarse la boca hablando de planes y actividades culturales, que parece que estudió toda su vida en la universidad más importante del mundo, y

resulta que sabe leer y escribir de milagro, pero luego, cuando le vamos con una propuesta como la que le llevamos nosotros de hacer actuaciones musicales, va y se niega.

—¿Pero qué es esto que me traéis aquí?— dijo mirándonos de arriba abajo cuando nos vio entrar en su casa— ¿De dónde os habéis escapado?

—Somos la banda de “roncanrol” “Frakaso Heskolar” y estamos dispuestos a dar conciertos esta semana santa en el pueblo, para amenizar las fiestas— le dije yo porque era el único que podía hablar y que se me entendiera al mismo tiempo.

—¿Conciertos? ¡Ay mi madre! ¿Pero qué estáis diciendo? Vosotros no estáis bien de la cabeza...

—Ya hemos ensayado lo suficiente y habíamos pensado que como esta semana no hay nada en el pueblo, estaría muy güay que hiciésemos bailes y todo eso, para poder pasárnoslo bien y que la gente no tenga que irse a Tornado porque aquí se mueren de aburrimiento.

—Pero vamos a ver— dijo mirando muy detenidamente nuestra “equipación”— Venís aquí tres chavales que parece que os han “revolcao” las vacas de tu abuelo, con los ojos pintados...

—Un momento, un momento— le interrumpí— que el ojo de este es morado auténtico...

—Sí, ya lo veo, pero los vuestros no. Con el pelo a cachos, con uno blanco que no sé ni de dónde ha salido...

—Yo soy London— dijo Lejía muy ofendido.

—Pues tú te callas, “Londón”, que estoy hablando yo. Y con este otro que tiene los dedos como morcillas y la boca escaldada... Hasta ahí vamos bien ¿no?

—Si, señor, hasta ahí todo bien porque la estética de una banda es muy importante, pero luego está la instrumentación.

—Y la instrumentación, como tú dices consiste en...una guitarra del año de la polka, una flauta que huele a pintura que tira para atrás...

—Barniz— le corregí— es barniz.

—¡Y dos orinales!

—Es el toque exótico, algo sacado de las entrañas del pueblo, de nuestras raíces...

Bueno, resumiendo, que no coló, que nos echó de allí con cajas destempladas por haberle hecho perder unos minutos de su precioso tiempo, y encima nos dijo que si habíamos pensado que en semana santa se podían dar conciertos de música “ratonera”, estábamos muy equivocados, porque nuestro pueblo seguía siendo fiel a las tradiciones y mientras él fuese alcalde no iba a permitir que hubiese ningún tipo de manifestación musical que no fuese de carácter religioso.

—¡Vamos hombre! ¡Habrás visto...! Ya hablaré yo con tu abuelo, ya...

Pero no me dio ningún miedo, porque hacía años que mi abuelo se la tenía jurada al alcalde, desde que en las últimas elecciones hizo tongo para salir victorioso, así que en ese sentido no me preocupaba lo más mínimo que a mi abuelo le llegase la onda, porque sabía que le dijese lo que le dijese el alcalde, se iba a poner de mi parte.

No voy a decir que aquel jarro de agua fría no nos dejase desangelados, porque habíamos puesto muchas ilusiones en el grupo, pero como yo les dije a mis amigos “no podemos quedarnos de brazos cruzados, habrá que pensar otra cosa y dejar esto para un poco más adelante”. Estaba seguro de que cuando hubiera elecciones en el pueblo otra vez, mi abuelo se iba a presentar, y si salía elegido, las cosas podían cambiar mucho para el futuro de nuestra banda, solo era cuestión de tener un poco de paciencia. Seguro que los “rollins” y todos esos que luego se hicieron de oro, no empezaron desde arriba.

Tengo que decir que aunque nuestra visita al alcalde no sirvió para lanzarnos al estrellato “rocanrolero”, lo que sí hizo fue motivar al buen hombre (mal hombre según mi abuelo) para darnos una actividad.

—No puede ser que la juventud de Puenteseco esté ociosa todas las vacaciones —dijo cuando por la tarde nos encontró al Margi y a mí sentados en la plaza mientras Lejía enseñaba a Vais los pasos que hacen los caballos de la guardia real inglesa o algo así.

La juventud de Puenteseco en semana santa éramos nosotros tres, porque los otros cuatro o cinco chavales que hay en el pueblo (más pequeños que yo), se habían ido a pasar aquellos días a Tornado o a otros sitios porque tengo que reconocer que en el pueblo, dos días de vacaciones pueden ser muy relajantes, pero después, más que relajarte, te mueres directamente, del aburrimiento. Claro, que eso me pasa a mí que vivo aquí todos los días, porque para el Margi y Lejía era como si estuviesen viviendo la aventura más apasionante de su vida.

—¿Y al “Londón”ese qué le pasa?— dijo el alcalde que veía a Lejía dando vueltas por la plaza, pero no alcanzaba a ver a Vais.

—Está montando a caballo— le dije muy serio.

—¿A caballo? ¿A qué caballo?— dijo poniéndose las gafas de lejos, que no le sirvieron de nada porque siguió sin ver a Vais.

—A mi faballo— dijo entonces el Margi que a penas podía pronunciar nada.

—Le está enseñando pasos para que aprenda a bailar como los caballos ingleses—añadí.

El alcalde nos miró a los tres y luego, muy serio dijo:

—Aquí hay que hacer algo. Aquí hay que hacer algo— repitió como si fuésemos sordos— Sí, sí, porque no quiero ver este pueblo convertido en un manicomio...

Y debió ser en ese momento cuando tras mucho estrujarse los sesos, se le ocurrió la idea de poner una emisora de radio en el pueblo.

Ese fue el inicio de “Radio Mundo” (por el alcalde, que se llama Segismundo), con las fabulosas voces de: Tristán (el nieto del Tomás), el Londón ese (porque el alcalde estaba convencido de que Lejía se llamaba Londón) y un chico muy raro.

Así fue como nos presentó el alcalde en la plaza del pueblo en un acto que organizó solo para eso.

Nosotros estábamos emocionados, el alcalde preocupado por si no salía bien, y mi abuelo rascándose la cabeza por encima de la boina, señal inequívoca de que no tenía confianza ninguna en el proyecto.

¿Por qué será mi abuelo tan desconfiado? Y sobre todo...¿Por qué nunca se equivoca?

La idea de una emisora de radio en el pueblo era de lo mejorcito que se le podía haber ocurrido al alcalde en los últimos siglos, lo que pasa es que aunque la intención era buena, el proyecto tenía algunas carencias que se hicieron notar enseguida.

Hay que comprender que mi posición era muy complicada porque me veía entre la ilusión del alcalde por instaurar la primera emisora en un pueblo de la comarca, y la presión de mi abuelo insistiendo en que las ideas de aquel hombre no podían terminar nunca bien porque era un “tuercebotas” que no sabía ni hacer la “O” con un canuto.

Vivir en un pueblo pequeño, es lo que tiene, que la gente se conoce de toda la vida, y se guardan enemistades desde pequeños, aunque después sean los nietos los que tienen que pagar los platos rotos.

—Hay que sacar este “proyeto” adelante— decía el alcalde— Vamos a demostrar a los pueblos de “enrededor” que aquí hay mucha materia prima. Después de esto, el aeropuerto de Puenteseco...

Y por otro lado, en el extremo contrario, como si estuviesen en un combate de boxeo, estaba mi abuelo comiéndonos la oreja para que no hiciésemos caso de lo que el otro nos decía:

—¿Pero cómo podéis fiaros de lo que dice ese gañán? ¡Pero hombre, si es más tonto que cagar de pie! Si no tiene ni dos dedos de frente...Que a mí no me engaña, hombre, que lo único que quiere es aprovecharse de vosotros...

Y en medio de esa guerra de “piropos”, nos encontrábamos nosotros tres, haciendo lo que podíamos, poniendo toda nuestra ilusión y nuestro empeño en demostrarles a unos y a otros, que cuando se quiere hacer algo, se puede, o por lo menos, se puede soñar, que también es bonito, aunque cuando te despiertas, la torta es de impresión.

—A ver, esto hay que organizarlo bien organizado— decía el alcalde, que se había puesto un traje de rayas y un sombrero para darse importancia y parecer un ejecutivo, pero lo único que parecía era un mafioso perdido— ¿Qué es lo que más oye la gente en la radio?

Lo bueno que tiene este hombre es que no te deja abrir la boca..

—¿Qué va a ser? —se contestó a sí mismo— ¡El “fútbol”! Eso es lo que más quiere escuchar todo el mundo, porque aunque tengan televisores, la radio es otra cosa, es más emocionante, más viva que la televisión. Así que vamos a ponernos manos a la obra, y cada vez que haya un partido de esos importantes,

nosotros atacamos, ahí, a machacar a las televisiones, a hacernos con todas las audiencias...

Hombre, el pobre hacía lo que podía por meternos una inyección de moral, pero la realidad era bastante dura, porque mirar al frente y encontrarme con Lejía, que no me le imaginaba yo radiando un partido de fútbol en su inglés “españolado”, y al pobre Margi, que seguía con la boca tres pueblos por delante del resto de la cara, pues no sé, no me explicaba cómo íbamos a hacerlo, pero yo era capaz de todo con tal de demostrarle a mi abuelo que el alcalde podía tener razón por una vez, y que no había que ser tan pesimista en todo como él lo era, porque lo único que conseguía era echar abajo las ideas antes de tiempo, y así no hubieran progresado tantas personas importantes como hay por el mundo ¿no?

—Bueno, vamos a ver qué podemos hacer con estos locutores— decía el alcalde— Tú, “morroestufa”, ¿puedes decir algo ya o piensas seguir con la mímica?

“Morroestufa” era el Margi, claro, que ponía todo de su parte para poder hablar, pero...

—Ya fuefo haflar muy fien, fira, fira, ya cafi no fe me nofa nada ¿A fe no?

Yo no dije ni “mu”, pero el alcalde se quitó el sombrero de mafioso y lo estrujó como si escurriese una bayeta.

—¿Y el “Londón”este para qué nos puede servir?

—Yo soy London and I speak español very bien, because Motas enseñado me ha...

—Lo único que le he entendido es lo de “meá”— dijo el alcalde—dile que si quiere mear que coja uno de los orinales esos que tiene, anda, porque me da grima verle. Estoy entre cortarle las venas o dejárselas largas...

—Lo segundo, lo segundo— dije porque la violencia se estaba dibujando en el rostro del mafioso.

—Yes— continuó Lejía, que como siempre va a su bola— Yo soy very buen football because the last year in de campamento, Motas, yo and de others friends hicimos bonito team, very bonito team. Yo soy buen football, y yo soy buen hablador, y yo soy very buen friend because...

—¿En qué botón hay que apretarle para que se calle, hijo?, Porque me está levantando un dolor en la sesera...

Le hice una seña y Lejía volvió a sus clases de hípica con Vais, que era lo que más le estaba gustando en el mundo.

Bueno, pues puestas ya claras las cosas, el alcalde nos instaló una emisora en un local que estaba vacío, un poco apartado del pueblo, pero es que decía

que así se iban a coger mejor las ondas, porque si no, cerca de las casas no se nos iba a escuchar.

El local había sido antes una cuadra de ovejas, y conservaba el aroma como si los animales se acabasen de ir de allí aunque hacía años que ya nadie tenía ovejas en el pueblo.

Pero nosotros éramos chicos fuertes, bueno, unos más que otros, porque Lejía se cayó redondo la primera vez que entró, después ya se fue acostumbrando y cuando mejor se sintió fue cuando descubrió que con una pinza de tender ropa en la nariz, el olor no se notaba nada.

—Yo soy pinza because olor mata Lejía, entonces soy pinza y así mucho bien ya.

Menos mal que en la radio no se ve a los locutores, porque estábamos como para hacernos una foto: con el pelo rapado, el ojo de témpera violeta que no había forma de quitar, y encima, Lejía con sus gafas de siete centímetros de grueso y la pinza de madera en la nariz...

—Esto es muy sencillo, vosotros estáis viendo el partido en esta tele pequeña que os he puesto aquí, y al mismo tiempo, por este micrófono, vais contando lo que se ve. Fácil ¿no? Así lo hacen los grandes de la radio, a ver cómo pensáis vosotros que se apaña el José Ramón de la “Moneda” ese y todos los que se han

hecho tan famosos...usando el ingenio, ni más ni menos.

Bueno, vale, usarán el ingenio, no digo que no, pero tendrán unas televisiones un poco más grandes que la que nos puso a nosotros el alcalde, porque vamos, es que no se veía ni torta, y encima era en blanco y negro, con lo cual, resultaba imposible distinguir el color de los jugadores, que eso seguro que no le pasa a José Ramón de la Morena.

—Como en todo programa que se precie, hay que meter también algo de publicidad— dijo nuestro alcalde— porque a ver dónde habéis visto vosotros una retransmisión deportiva sin anuncios...Ahí tenéis al Pepe Domingo Castaño anunciando “puritos” y jamones de pata negra...Pues nosotros igual, cuando sea el descanso entre un tiempo y otro, metemos las cuñas, a ver qué os parece esto que he pensado: “El mejor alcalde del mundo, el alcalde Segismundo”.

Y se quedó mirándome con la sonrisa dibujada de oreja a oreja, no sé si esperando una ovación o qué, porque debía de haberle costado un montón hacer aquel exceso literario en el que desde luego, la modestia brillaba por su ausencia.

—O esta otra, que también es muy buena: “Conoce ya Puentesecco, en las montañas hay eco”, para rematar con: “Segismundo y su emisora cada día y cada hora”. Podemos ir variando, porque tengo pensadas

muchas más: “ Esta emisora es de balde, porque la paga el alcalde”, “ De Puenteseco “parriba” solo encontrarás boñigas”. Esto es para hacer referencia a los otros pueblos de la comarca, que no valen para nada comparados con el nuestro ¿se entiende, no?

—Se entiende, se entiende— le dije, pero me estaba imaginando la cara que iba a poner mi abuelo cuando escuchase todo aquello por la radio.

—Tengo que reconocer que para estas cosas tengo mucho talento artístico— dijo el alcalde, que ya he dicho que se llama Segismundo, no Modesto— Me pongo y me sale solo, no me cuesta nada, yo creo que la literatura se ha perdido un genio porque mira, mira: “ Segismundo presidente, con él todo es diferente”, “Hasta las vacas lo gritan: Segismundo es un artista”, “Con la emisora en las ondas, Puenteseco ya es la monda”...En fin, no quiero seguir para no abrumaros...Toma” Morroestufa”, apréndetelas todas porque tú vas a ser el encargado de la publicidad, y no quiero fallos ¿eh? Vosotros sois chicos listos, porque habréis aprobado todas ¿no?

—¡Todas! ¡Todas!— dije enseguida.

—Yo soy aprobar todas because yo estudiar en London muy español para cuando venir to the Motas pueblo yo can speak mucho bien español.

—¡Joer con el crío! La lata que da...es como una metralleta, no hay quien lo pare...Bueno, nos

vendrá bien para los momentos de tensión, cuando haya que alargar la intriga...sí, puede ser interesante...Venga, manos a la obra, esto está listo, mañana mismo se hace un ensayo, y a continuación, a retransmitir el Madrid— Barça que dan por la noche ¿estamos?

—Estamos, estamos.

Y estar, lo que se dice estar, estábamos, pero vamos, con un lío en la cabeza y un miedo en el cuerpo de no veas que te mareas, porque la teoría de todas las cosas es muy fácil, pero la práctica ya es otra cosa. Hasta Lejía, que a veces parece que no se entera de nada, y otras veces, efectivamente, no se entera absolutamente de nada, ese día, nada más salir de la cuadra— estudio radiofónico, se quitó la pinza de las nupias y me dijo:

—Motas ¿tú seguro emisora ir bien?

—¿Alguna vez te he fallado, Lejía?

—¡Never! —dijo demostrándome una vez más que su confianza en mí es totalmente ciega.

—Pues eso— le dije.

Pero claro, alguna vez tiene que ser la primera, y en el ensayo del día siguiente quedó patente que estábamos más verdes que una pera limonera, además, como por la mañana no daban fútbol, hicimos el ensayo con un “culebrón” de esos que ve mi abuela, y claro, no es lo mismo.

—Vamos a imaginarnos que estamos en el primer tiempo, venga, Tristán, empieza— decía el alcalde todo ilusionado.

Antes de contar cómo fue la odisea, quiero recordar algo que ya dije en la primera parte de mis memorias, pero que por si acaso, conviene insistir: yo no entiendo ni gota de fútbol.

Partiendo de esta base, que por lo visto me convierte en un ser bastante extraterrestre, se puede entender mejor que para mí, radiar un partido de fútbol es como hablar en chino, porque no me entero de nada. Conozco cuatro o cinco jugadores por los cromos que salen en los chicles, pero vamos, lo que tardo en mirarlos y tirarlos, porque no me interesan lo más mínimo. Ya sé que es raro, que hay pocos chicos de mi edad que no jueguen, sepan ni entiendan nada de este deporte que parece obligatorio conocer, pero es así. Mi abuelo lo intentó por todos los medios porque era la ilusión de su vida, pero no hubo forma de que sacase de mí un buen aficionado, por eso, cuando le dije que iba a radiar el Madrid—Barça de aquella noche, se rascó la cabeza e invocó a su santo de siempre:

—¡Ay, San Pedro! La que vais a liar...

Ya digo que en el ensayo, aunque se nos veía verdes, cabía la esperanza de que todo pudiese mejorar, y salimos del paso como pudimos para dejar al alcalde contento.

Con la televisión enana e incolora encendida delante de nuestras narices, yo iba improvisando la narración más informado por lo que le había oído contar a mi abuela de los culebrones que por lo que veía en la pantalla, que no era a penas nada.

—Aquí tenemos a Luis Alfredo que entra por el lado derecho y le da un achuchón a Rosaura. Rosaura le suelta un sopapo porque no quiere nada con él y además acaba de enterarse de que el padre que creía que era suyo de toda la vida resulta que es de Mario César de todos los Ángeles. Mario César que hace su entrada en el campo lo niega todo y dice que está locamente enamorado de Ambrosia que acaba de encontrar al hijo que había perdido y que tiene ya cincuenta años pero su madre sigue teniendo veinticinco....y ¡Gol! ¡Gol de Luis Alfredo que ha marcado un golazo tremendo haciendo chicuelinas!

—Muy bien, pero que muy bien— me dijo el alcalde cuando yo ya no tenía ni una gota de aire en el cuerpo— Tienes un poco de “empanada” entre los toros y el fútbol, pero de eso, la culpa la tiene tu abuelo, bueno, de eso y de todo.

Entonces hicimos la simulación del descanso, y entraba el Margi con sus cuñas, que más bien parecían alabanzas al alcalde:

—Y en este descanso vamos a recordarles que “Fegismundo es el mejor alcalde del mundo”, y que “En Fuentefeco las montañas tienen eco”.

—Déjalo, hijo, déjalo, no te desgastes, a ver si esta noche lo puedes mejorar un poco, pero sobre todo, no metas la pata, majo, y no improvises, cíñete al guión, que no necesita ningún cambio, y ponle énfasis, que se vea que estás orgulloso de este pueblo, como si fueses de aquí de toda la vida...

—¿Y yo when speak? I want decir some cosa...

—Y que yo a este chico no le entienda una palabra...con lo bien que se me dan a mí los idiomas...

Pero el alcalde lo decía para impresionar, porque habla el español solo un poco mejor que Lejía, y gracias.

—Tú vas a ser en encargado de traer el agua para los locutores, y algo para picar, es una labor muy importante porque si están desfallecidos, no pueden trabajar. Ala, salao, tú esta noche, cuando sea el descanso, te llegas hasta mi casa y les traes la merienda que ya te la tendré yo preparada para estos...bueno, y para ti, solo faltaba.

Y Lejía se sentía feliz porque iba a desempeñar un papel fundamental en la historia de la emisora, a ver si en todos los trabajos, el tema del avituallamiento no es esencial...

—Bueno, pues esto está listo. El partido de esta tarde es un “drebi” de esos que les llaman “partidos del siglo”, así que nos tenemos que lucir. Quedamos aquí a las ocho menos cuarto para prepararnos, no quiero nervios, tranquilidad “asoluta”. Vamos a demostrar a alguno, que somos los mejores locutores de Puenteseco.

“Alguno” era mi abuelo, y ese “alguno”, cuando llegué a casa y le conté que ya estaba todo listo, no dijo nada, solo movió la cabeza de un lado al otro y después se fue a la cocina con mi abuela:

—Este Segismundo ha liado a los chicos, y esta tarde se va a formar una buena...

—Bueno, hombre— dijo mi abuela— No será para tanto, si total, lo dan por la tele...no tienen nada más que irse fijando y ya está...

—Pero si el nuestro no sabe ni lo que es un penalti, ni un saque de banda, y los otros todavía menos...

—La radio no es como la tele, hombre, allí se pasa todo “desapercibido”...

Pero no, aunque la radio no es como la tele y haya cosas que puedan pasar desapercibidas, lo nuestro no pasaba desapercibido en ningún sitio.

—Se la van a pegar—sentenció mi abuelo.

Y nos la pegamos, vaya que si nos la pegamos...

La culpa no fue nuestra, o por lo menos no toda, porque el alcalde nos dejó solos ante el peligro y se fue a ver el partido al bar del pueblo, que claro, como es suyo, y sabe que esos días vende más cervezas que en todo el mes, no quiso abandonar el negocio, y nos abandonó a nosotros de la manera más vil que un alcalde puede abandonar a tres locutores de radio.

Para empezar, la tele se veía fatal, menos mal que el Margi sabía algo más de fútbol que yo y me dijo que los que estaban más blancos eran del Madrid, y los que se veían más grises, eran los del Barça.

—Tú fale foz a la tele y refife lo que fayan difiendo, es muy fáfil, hombre...

La pena era que no pudiese hablar él, porque aunque no fuese ningún entendido en el tema, por lo menos sabía algo más que yo, pero tenía los morros todavía muy inflamados y casi todo lo decía con la efe.

—Pero es que si le doy voz a la tele, no me oigo lo que digo yo, y además, se va a escuchar por la radio, y menudo espectáculo vamos a dar si se escucha la tele más que a nosotros. Déjalo, haremos lo que podamos, pero quítale la voz porque si no me lío y no sé ni lo que digo.

—¡Enfiefá, enfiefá!—dijo el Margi entusiasmado mientras yo tenía el estómago hecho un manojo de nervios y el corazón latiendo tan fuerte que podría oírse por la emisora.

—Muy buenas tardes a todo Puenteseco en esta primera emisión de nuestra emisora. Saludos cordiales a todos y que disfruten de este fabuloso partido.

—¡Very well, very well!— decía Lejía por lo bajinis haciendo el signo de la victoria para darme ánimo.

—Los jugadores ya han saltado al terreno de juego y se disponen a comenzar el encuentro ante el entusiasmo de la afición que grita enfervorecida animando a los dos equipos.

Yo no sabía si la afición gritaba enfervorecida o no, porque no estaba escuchando nada, pero bueno, daba igual, eran frases que me había aprendido de memoria y que colaban perfectamente, además, seguro que no me había equivocado y la gente estaba gritando, porque lo hacían siempre.

—En el equipo del Madrid juegan...juegan...los jugadores del Madrid, y en el otro equipo, que no quieren ser menos, han hecho lo mismo, por lo que en el Barça juegan también los jugadores del Barça propiamente dichos.

—¡Franfilo, Franfilo!— me decía el Margi— no te fongas nervioso...

Yo estaba lanzado, era como si hubiese nacido pegado a aquel micrófono, no quería nada más que hablar para que no se pusiese en duda mi capacidad como locutor, y aunque cada vez me resultaba más

difícil decir cosas, no quería callarme por nada del mundo.

—El partido está siendo como todos los partidos, con once jugadores a un lado y once a otro, y el señor de negro tratando de hacerles la vida imposible a los dos equipos porque para eso le pagan. El balón va corre que te corre por el campo y aunque todos intentan darle patadas, solo algunos lo consiguen. Mira, ahora, por ejemplo, lo ha tocado uno de los blancos, pero se lo ha quitado uno de los grises. Señoras y señores, así nos podemos pasar toda la tarde porque ninguno de los dos quiere que el otro equipo marque gol y claro, esto puede acabar en tablas.

Ya noté yo que no iba tan bien como al principio porque el Margi y Lejía me miraban sin poder disimular que algo estaba fallando. Cerré un momento el micrófono y les pregunté qué demonios les pasaba:

—¡Tío! Fero nombra de fez en cuando a algún jugador forque si no esfo no cuela...

—¡Pero si no les conozco! ¿Qué quieres que diga?

—Mira, te he afunfado aquí algunos nonfres. Del Mafrid son Ronalfo, Cafillaf que es el porfero, Famuel, Fidane y Raúl.

—¡And Beckam! ¡Don't forget Beckam! He's enghlis, and he's very good player.

—Y del Barfa fon: Ronalfiño, el de los dientes, Fictor Valfés, el portero, Pujol, Deco...Venfa, apréndefelos que si no la famos a cagar, tío.

—Yes uncle, we go to cagar, uncle.

Bueno, con estas ayudas tampoco es que fuese muy fácil hacerlo bien, pero yo me lancé porque la ilusión le hace a uno perder el miedo y hasta la vergüenza.

—Bueno amigos, resueltos algunos problemillas del directo, ya estamos aquí de nuevo. El partido ha seguido tan normal, sin grandes emociones ni sobresaltos, los jugadores siguen igual que estaban, un poco más sucios que al principio pero nada más. Mira, ahora tiene el balón uno de los grises, debe de ser Ronalfiño, y se lo quita uno de los otros, uno con el pelo muy rapado que anuncia coches en la tele, me parece que es el Beckham ese que está forrado de pasta el tío y que su mujer dice que en España huele a ajo. Sí, sí, se acercan a una de las porterías donde le espera un chico que debe de estar helado de frío porque lleva guantes y todo, me parece que es Cafillas, o el otro, el del Barça, bueno, no lo sé, uno de los dos porteros que no quiere que le metan goles porque para eso están ellos ahí.

El Margi, no sé por qué, se llevaba las manos a la cabeza, y Lejía se frotaba los ojos como si quisiera despertarse de un mal sueño.

En ese momento en que yo estaba despistado mirando para ellos, el balón entró en una de las porterías y marcaron el primer gol del encuentro.

—¡Y gooooooooool! ¡Goooooooool de uno de los equipos! ¡Vaya golazo señores, vaya golazo que ha marcado...alguno de los jugadores que están jugando! ¡Vaya golazo!

Y cerré de nuevo el micro para que mis dos ayudantes dejasen de hacerme señas y me explicasen qué era lo que estaba pasando.

—Pero homfre, que has dicho Ronalfiño, y Cafillas, y no es afí, ef que yo no lo puedo defir bien, pero tu fí.

—Beckam gol, tío, y tú no decir Beckam gol, Motas ...

—Bueno, está bien, vais a poneros aquí delante vosotros a ver qué es lo que podéis decir, porque yo no veo nada. La próxima vez que marquen gol, alguno tendrá que ir corriendo a casa a ver en la tele quién lo ha marcado y mientras tanto yo entretengo al personal hasta que me lo podáis decir. ¿Estamos?

Dicho y hecho, no hice más que encender el micro y otro gol, con lo que el Margi salió disparado hasta casa de mis abuelos y yo traté de entretener al público diciendo lo que mejor me parecía.

—Sí, amigos, sí, esto parece increíble pero otro de los veintidós jugadores ha vuelto a hacerse con el

dominio del balón y lo ha incrustado en la red delante de las mismísimas narices de uno de los porteros, que ya hemos dicho que son Valdés o Casillas, uno de los dos. ¿Quieren saber a quién se la han colado? ¿Quieren enterarse de a quién de los dos le va a caer esta noche la bronca del entrenador? Pues emoción no nos falta queridos oyentes y escuchantes, la emoción y la intriga es lo que caracteriza a esta emisora.

Y el Margi que no venía.

—Beckam, tío, Beckham gol very bueno.— decía Lejía, que tiraba por su país que era un gusto, se pensaba que todos los goles los tenía que marcar el tío ese, y a mí que me caía un poco gordo no me daba la gana de hacerle caso.

—Y el encuentro se pone la mar de emocionante con este empate que nos tiene a todos en vilo ¿verdad?

—No empate, Motas, no empate. Madrid two gol, two gol de Beckham. Barça no gol.

Pero yo ni caso, no podía ser que Lejía viese en aquella televisión de enanos lo que yo no veía ni metiéndome dentro, por eso no daba crédito a lo que decía y mientras tanto, seguía hablando sin parar para no dejar que el público se aburriese.

—El balón va de un lado a otro por entre los pies de los jugadores, a veces se les escapa por las rayas blancas que hay pintadas a los lados. Esto está muy mal porque para eso que pongan unas paredes y así no

tienen que estar cada poco castigando a los jugadores, porque siempre paga el pato uno que es al que mandan a una esquina con el balón, y eso tampoco es justo porque a ver qué culpa tiene él de que a otro se le haya ido el balón del verde.

En esas llegó el Margi con la Lengua fuera y la cara tan roja que casi ni se le apreciaba el morado del ojo, y yo me puse tan contento porque al final iba a poder decirles a aquella gente quién había marcado el gol, que ya estarían comiéndose los codos de la intriga.

—¡El alcalde! ¡El alcalde!

¿Cómo iba a haber marcado un gol el alcalde? El Margi se había vuelto loco.

—Que fiene el alcalde, que fiene para acá y no feas qué cara frae...

—¿El gol?— le dije apartándome un poco del micro.

—Ah, sí, el gol lo ha marcado Beckam.

O sea, que Lejía tenía razón y yo allí, alargando la intriga inútilmente...

—¡Sí señores! ¡Ha sido Beckam! Él ha sido el que ha marcado el segundo gol de su equipo dejando a los otros con la boca abierta. ¿Quién lo iba a decir? ¿Quién lo iba a imaginar? Este jugador apenas conocido fuera de nuestro país y del suyo y mira por dónde que hoy se va a hacer famoso en el mundo entero...

En esas entró por la puerta lo que podía haber sido un toro de lidia por el ímpetu que traía, pero que no lo era, que era el alcalde con el traje de los domingos y una cara...

Me cerró el micrófono de un manotazo y le dijo al Margi que se pusiese él a decir los versos que le había enseñado para las cuñas publicitarias mientras me iba a decir a mí cuántas eran tres y dos.

Salimos de la cuadra— estudio para que la bronca que tenía que echarme no se escuchase por las radios de todo el pueblo. Me cogió por una oreja que no sé cómo no se quedó con ella en la mano y me empezó a decir que dónde había aprendido yo a hablar de aquella forma sin decir nada de lo que tenía que decir.

Lejía se había quedado en medio de la puerta, sin saber qué hacer, si entrar con el Margi, que se había puesto todo nervioso al tomar el mando de la emisión, o salir a ayudarme aún a riesgo de perder su propia oreja. Como los ingleses tardan un rato largo en definirse, se quedó allí en la mitad del medio, lo cual me permitió escuchar todos los improperios que me decía el alcalde, pero sin perderme nada de lo que estaba diciendo el Margi, que empezó con la publicidad muy bien soltando las frases como un lorito, pero que se fue poniendo nervioso y terminó por perder el norte, bueno, el norte, el sur y todos los puntos cardinales y ordinales que se pueda uno imaginar.

—El mejor alcalde del mundo, el alcalde Fegismundo. De FuenFeseco “parriba” solo encontrarás boñigas. Con la emisora en las ondas, Fuenfeseco ya es la monda.

Como el dichoso alcalde me estaba haciendo un daño que no veas en la oreja, yo chillaba todo lo que podía, y Lejía ponía una cara de dolor igual que si se lo estuviesen haciendo a él, pero eso sí, sin moverse del sitio, que el instinto de supervivencia es lo último que se pierde.

El pobre Margi, me estaba escuchando gritar, y agarrado al micrófono como una lapa, iba entrando en calor y se le iban olvidando las frases que había aprendido, sustituyéndolas por otras que iba mezclando sin piedad, incluso el pánico que estaba sintiendo le hizo olvidar sus problemas de pronunciación y hasta el nombre del alcalde que cambió por el que mejor le pareció:

—Sisebuto y su emisora cada día y cada hora. El alcalde Sisebuto no es un alcalde, es un bruto. Lo dice la vaca y el oso, Sisebuto es un tramposo. Al alcalde y sus boñigas se lo comen las hormigas....El alcalde con su abrigo, se está cargando a mi amigo... Me estoy poniendo nervioso, que se lo carga el mafioso...Este alcalde Secundino se convierte en asesino...El alcalde Sinforoso es un tío asqueroso... Vengan jóvenes y viejas que le arranca las orejas...

No andaba desencaminado, porque yo estaba que ya no podía más de los “mosquilonos” que me estaba dando en el cuello, pero el Margi tenía las lágrimas a punto caramelo cuando Lejía logró por fin soltar la puerta y justo cuando pensé que se había decidido a venir en mi ayuda, fue para dentro y le arrancó el micrófono al otro para cogerlo él.

—I am Lejía and this alcalde is boñiga because Sisibruto kill my friend Motas and this pueblo is eco in the mountains because Beckam hace gol y Madrid is very beautiful but Secundinos is mafia y asquerosa tipo because rompe orejas to my friend.

Si en aquel momento no llega mi abuelo no sé lo que hubiera pasado.

Por unos segundos pensé que me rompían por la mitad, porque el alcalde tiraba de mí para un lado y mi abuelo para otro, de manera que pensé que era mejor que no me defendiese nadie porque al final me estaban haciendo más daño que cuando me zumbaba solo el alcalde, menos mal que ganó mi abuelo y nos llevó de allí a los tres, que buena falta teníamos de que nos sacaran de la emisora y nos llevasen a casa a tomar un vaso de leche caliente, porque estábamos tan agotados que ni que hubiésemos jugado el partido de fútbol nosotros.

No sé quién ganó, si el Madrid o el Barça, pero me da igual, porque sigo pensando que el fútbol será un

deporte de masas, pero no es para mí, lo siento mucho, o bueno, qué demonios, no lo siento nada, porque a ver dónde dice que tenga que gustarle a todo el mundo lo mismo.

Nos cerraron la emisora, claro. El alcalde no quiso saber más de micrófonos, no solo por mi particular forma de contar el partido, que en mi opinión, no era mala, solo diferente, si no por todos los improperios que había dicho el Margi de él, sin mala intención, desde luego, pero los había dicho y se habían escuchado en el pueblo con mucho más interés que el partido, que todo el mundo lo había seguido por la tele y nadie había hecho caso de la radio hasta que se empezaron a escuchar las cosas que estaba diciendo mi amigo.

Tuvimos una corta vida como locutores, casi tan corta como la de cantantes de “roc”, pero bueno, son experiencias, si no a ver qué iba yo a poner en estas memorias, porque contar cosas de clase y de los profesores está bien, pero se cansa uno enseguida de ellos y mola mucho más este otro tipo de experiencias.

A pesar de todo lo que nos había pasado aquellos días, faltaba por llegar otro acontecimiento de la semana santa, porque la idea que se le ocurrió a mi abuelo fue tan buena que hasta el propio alcalde lo tuvo que admitir y comerse su orgullo con patatas, porque además de ser una idea estupenda hizo que las arcas del

pueblo se llenasen en poco tiempo, y eso es sagrado. En mi pueblo se pueden admitir muchas cosas, pero cuando uno tiene una idea que da dinero, cuenta con el apoyo de todos los habitantes, por la cuenta que les tiene.

Fue cuando Puenteseco se convirtió en el nuevo núcleo de turismo rural.

Ahí queda eso.

No entiendo por qué la gente a veces se burla tanto de los que hemos nacido en los pueblos, y cuando se pone de moda lo del turismo rural, se vuelven majaretas perdidos por encontrar un hueco en un lugar por el que a lo mejor han pasado mil veces y no le han hecho ni caso.

Mi abuelo es de los de pueblo de toda la vida, de pura casta, vamos, con denominación de origen y todo, pero tiene una vista comercial que ya quisieran tener otros que han vivido en las ciudades y presumen de saber todo de los negocios. Yo le he oído contar mil veces que cuando mi abuela y él eran jóvenes tuvieron que trabajar muy duro para poder tener unas tierras y un poco de ganado, que era en lo que trabajaban los dos.

—Yo sí que sé hacer malabares y no los del circo— me dice cuando le sale la vena de abuelo “cebolletas” y empieza a contar batallitas— Tenía que ir a un banco a que me prestasen dinero, y cuando se cumplía el plazo para devolverlo iba a otro banco y pedía otro préstamo para pagar el primero. No veas los números que tuvimos que hacer para poder tener esta casa, hemos tenido que pasar muchas calamidades, y hacer muchos números, porque llegaba fin de mes y las cuentas no me salían porque dos y dos son cuatro y dos

culos son cuatro nalgas, y no hay más, ya puedes darle las vueltas que quieras...

Mi abuelo tiene una fijación con lo de los culos, pero bueno, igual es algún trauma de la infancia, como dice que pasaron tantas calamidades, vete tú a saber lo que le quedó grabado en su cerebro de niño, porque aunque hoy sea abuelo, seguramente un día también fue niño.

—Y luego, cuando me jubilé del todo, pues hala, a vivir y a disfrutar, pero no haciendo el tonto por ahí como otros, si no fijándome en las cosas, porque yo me fijo en todo y parece que es una tontería, pero se aprende mucho, hijo, se aprende mucho.

Yo pensaba que lo de pasarse las mañanas viendo obras no enseñaba gran cosa, pero debe ser que sí, que se aprende cantidad, porque nos dio a todos una lección de campeonato.

—Es que no se puede uno quedar en el pueblo mirando para las musarañas—decía en el bar mientras todos le miraban asombrados— Hay que tener visión de futuro y no esperar que el progreso venga a Puenteseco, si no enterarse de lo que la gente busca y ponerlo nosotros aquí.

Lo de quedarse esperando el progreso y todo eso, lo decía por el alcalde, que es verdad que tiene grandes sueños para el pueblo, pero ya se ha visto que sus iniciativas de momento, no dan el resultado

esperado, por eso mi abuelo aprovechó aquel momento de bajón que estaba viviendo don Segismundo después de la metedura de pata de la emisora, para darse un baño de gloria delante de sus narices y lanzar la idea del turismo rural.

Cuando lo dijo, se quedaron todos como si hubiese dicho que los de la Nasa iban a traernos un cohete al pueblo, igual, pero cuando vieron que iba en serio y que la cosa no parecía muy complicada, la gente empezó a moverse en las sillas como si tuviesen alfileres, y poco a poco se levantó un murmullo de comentarios y risas, como si estuviesen dudando de que fuese posible, para al final, llegar al acuerdo de comentarlo en las respectivas casas y reunirse en la plaza por la tarde, para ponerse manos a la obra el fin de semana siguiente, para el que faltaban solo cinco días.

Yo no me podía creer lo que estaba pasando, prácticamente todo el pueblo estaba de acuerdo y dispuestos a colaborar en una misma idea, era la primera vez que ocurría algo así, y aunque el motivo no era otro que la posibilidad de que todo el mundo pudiese sacarse unos euros con la idea, no dejaba de ser gracioso ver a la gente emocionada con el proyecto.

—¡Pero qué ideas se te ocurren! ¡Válgame Dios!— refunfuñaba mi abuela— ¡Turismo rural, turismo rural...! ¿Tú crees que la gente va a venir a este

pueblo? Si lo que todo el mundo busca son hoteles de esos a todo “alcanfor”...

—Que no mujer, que no. Que estás ya muy anticuada, que ahora lo que se lleva es lo de antes, todo lo antiguo, cuanto más antiguo mejor, que te lo digo yo que lo he visto anunciado en las agencias de viajes, en cartelones grandes. Anuncian pueblos mucho más pequeños que el nuestro, perdidos de la mano de Dios y sin nada de nada, y la gente paga un dineral por ir a pasar dos días allí. Tú déjame que lo intente, y si no sale bien, pues lo dejamos, más se perdió en la guerra de Cuba...

—No, si a cabezota no hay quien te gane, eres tozudo y lo vas a hacer, pero como no salga bien habrá que ver las risas de la gente que vamos a tener que aguantar...

Pero no hubo que aguantar ninguna risa. En cuatro días hicieron los carteles en una imprenta de Tornado, y entre unos cuantos jubilados los colocaron por las paredes de las calles más transitadas.

Yo pensé que el primer fin de semana no iba a ir ni un alma, pero me equivoqué por completo, porque como eran las vacaciones de semana santa y mucha gente no trabaja, el sábado por la mañana empezaron a llegar coches a Puenteseco y menos mal que lo teníamos todo preparado porque si no...

A penas amaneció, nos sacaron de la cama para preparar todo el decorado.

—Venga, hombre, que hay que poner las cosas a tono, a ver si os creéis vosotros que un pueblo se acondiciona así como así para el turismo—decía mi abuelo que se lo había tomado todo como un reto personal.

Parar lograr un ambiente adecuado, se soltaron por el pueblo unas cuantas vacas de confianza y tres o cuatro cerdos que en media hora dejaron las calles que daba pena, pero que por lo visto, era el efecto que se deseaba lograr. Los animales manejaban una torta de cuidado, porque no estaban acostumbrados a que se les dejase así por el pueblo, y como ellos no entendían muy bien cual era su papel en aquel teatro, pasearon las calles a su antojo, se comieron los geranios y los rosales de medio vecindario, pisotearon el verde de la plaza que llevábamos un año esperando a que creciese, y tiraron todo lo que encontraron a su paso, pero por lo visto, ese era el precio que había que pagar por el progreso, y nadie dijo ni media palabra.

Soltaron también bastantes gallinas, que picotearon y cagaron todo lo que les dio la gana, pero que como también era parte del guión, pues nada, todo se dio por bueno.

Los que tenían coche tuvieron que llevarlo a un descampado de las afueras, y poner en la calle algún

que otro tractor, pero de los anticuados, de los que ya no se usaban, era igual si funcionaban o no, el caso era dar ambientillo.

En las cocinas se escondieron los microondas y se taparon las lavadoras y las televisiones. Colgamos unas cuantas ristras de chorizos a la vista, y pusimos ajos, pimientos y cebollas por allí como el que no quiere la cosa, para que la gente viese que era todo muy natural.

Las mujeres se pusieron unos pañuelos atados en la cabeza y se colocaron en el río con tablas de madera de las que usaban hace mil años para lavar la ropa. Extendieron sábanas blancas en la hierba, como si las tuviesen tendidas al sol, y caminaban por la calle principal con unos barreños de metal en la cabeza o en la cadera, también para dar ambiente.

Los hombres se pusieron todos la boina metida hasta media frente, y luego se pintaron una ceja de lado a lado de la cara para parecer muy paletos, muy paletos.

Yo esperaba el momento de saber qué misión nos iban a encomendar a nosotros tres, porque estaba resultando todo muy divertido , pero cuando me enteré de que querían que nos pusiésemos pantaloncitos cortos y nos pasásemos el día correteando por la calle con unos aros y un palo, nos negamos rotundamente y entonces nos dijeron que lo mejor que podíamos hacer era desaparecer del pueblo, irnos a pasar el día a

Tornado, hacer lo que quisiésemos, cualquier cosa menos estar allí “desentonando” .

—Pero ¿por qué vamos a desentonar? Si somos tres chavales normales y corrientes...

Mis abuelos se nos quedaron mirando como si hubiese dicho un disparate y al final les debimos de dar pena.

—Déjales, “pobrescicos”— dijo mi abuela— Bastante tienen con la pinta de malhechores y vagabundos que se han puesto. Al fin y al cabo, en todos los pueblos hay ovejas negras ¿no? Que se queden, hombre, que se queden y ya está...

—¡Pero mujer!— decía el fundador del nuevo Puentesecco, o sea, mi abuelo— ¿No ves que lo van a echar todo a perder? Que yo les conozco, que la van a liar...

—¿A que no, hijos? ¿A que no vais a hacer ninguna trastada hoy?

Y nuestras tres cabezas rapadas se movieron de un lado a otro para asegurarle a mi abuela y a quien hiciera falta que íbamos a ser tres santos.

—Pero al inglés que lo guarden, que no pega ni con cola en este tinglado, a ver dónde se ha visto un inglés como este en un pueblo antiguo...

Y nos quedamos todos mirando para el pobre Lejía que ya sabía cómo tocar la fibra sensible de mi

abuela y empezó a poner pucheros y a hacerse el triste, ante lo cual, infaliblemente, ganó la batalla.

—¡Pobre hijo! Ya vale, hombre, di que no hagas ni caso de este viejo gruñón. En todos los pueblos hay conejos albinos, pues aquí tenemos un chico albino, hala, ya está, a ver quién nos va a poder ganar. No te preocupes hijo, que tú vas a ser el que más va a llamar la atención.

Y en eso no se equivocó mi abuela, porque Lejía necesitaba muy poco para llamar la atención, y lo de ser protagonista además, le volvía loco.

A eso de las doce de la mañana, la gente que había llegado de fuera, empezó a pasear por el pueblo, felices de tropezarse con los cerdos por allí, encantados de pisar las cagadas de las gallinas y aspirando emocionados el aroma a estiércol que había por todas partes.

—Mira qué bonito— decía una chica al novio o lo que fuese— Qué relajante es todo esto...Ni un ruido, todo natural, sin agobios, sin prisas...

Sin prisas, decía. Tenía que habernos visto una hora antes, cuando andábamos a carreras por el pueblo porque creíamos que estaba ya todo listo y va y llega don Justo, el cura, escuchando la misa por un MP3 último modelo, con los cascos puestos a todo volumen porque como está “teniente”, no se entera de nada, y

con el móvil en el bolsillo venga a sonar sin que el tío se diese cuenta.

—Don Justo, hombre, que lo va a estropear todo. Que ahora somos de los del turismo rural y hay que guardar todo eso— le gritaban los vecinos— Que hay que modernizarse hombre...

Y le hicieron ponerse una sotana de esas que llevaban los curas en la era cuaternaria, negra y larga, con botones hasta los pies, y un sombrero que parecía una teja.

—¿Y yo qué tengo que hacer?— decía preocupado.

—Nada, usted no haga nada, solo pasear por la calle y hacer como que está rezando...si se acuerda, claro.

Se metió tanto en su papel que después no había quién le quitase la sotana que era de el hijo de un vecino que había ganado un concurso de carnaval con aquel traje en Tornado , y como era alquilado, tenía que devolverlo.

La gente paseaba por el pueblo como si estuviese en un santuario, se acercaban al río y se quedaban pasmados mirando a las mujeres que estaban arrodilladas en la orilla frotando sobre las tablas de madera, como si estuviesen lavando sin parar.

—Pobre gente— decía un señor que parecía muy ricachón— igual no han visto en su vida una

lavadora...Si supiesen los adelantos que hay hoy en día...

“Si supiesen las lavadoras con secadora y todo que hay en algunas casas”, pensaba yo, pero me lo callaba, eso sí.

El Margi que tiene unas ideas de bombero, pensó en hacer el papel de niño pobretón del todo, y no se le ocurrió mejor cosa que sentarse a la puerta de la iglesia con la mano extendida a ver si caía algo. Y vaya si le cayó.

Como la iglesia era uno de los sitios que más visitaba la gente, le veían allí y les debía de dar una pena enorme, porque además el muy pillo, sabía cómo hacerlo. Se ensució la camiseta con tierra, se manchó bien la cara, se dejó caer los mocos hasta la boca, y con eso y el pelo rapado que tenía, se sacó al final del día veintitantos euros sin mover el culo del sitio.

Mientras tanto, Lejía y yo nos pasábamos viendo cómo la gente se deja engañar arrastrada por las modas, creyéndose todo lo que les decían, y disfrutando de las cosas sobre todo cuando tienen que pagar mucho dinero por ellas.

—¿Has visto ese niño? ¡Pobrecito! ¿Estará enfermo?— dijo una chica a su madre.

—Hola, guapo. ¿Cómo te llamas?

—Lejía.

—¡Lejía! ¡Pero fíjate tú qué nombres ponen en estos sitios! Pues lo voy a anotar, porque tu prima anda pensando a ver qué nombre le pone a su niño, y esto es de lo más original que había escuchado nunca...

—¿Y tú majo? ¿Tú cómo te llamas?

—Fairy— le dije a punto de estallar de risa.

—¡Fairy! Pero bueno, pero bueno...lo que hay que ver por estos sitios. Anótalo también hija, que esto es para contarlo...

¡Lo pija que era la paisana! Que se creyó que éramos Lejía y Fairy, todavía me entra la risa tonta cuando me acuerdo...

Ahora, que lo mejor fue cuando a la hora de comer, el bar del alcalde se puso de bote en bote porque todo el mundo quería probar la comida casera.

Las mujeres que habían llegado ya del río, se metieron en la cocina y no daban abasto para abrir latas de judías en conserva, garbanzos, albóndigas...Menos los huevos fritos, todo era de lata, y la gente, además de pagarlo a precio de oro, lo saboreaba como si fuese lo mejor que había probado en su vida.

—¿Este chorizo es casero, verdad?— preguntaban en una mesa.

—Sí señor, de la matanza de este mismo año.

Y se lo llevaban por kilos, sin pensar que en los pueblos la matanza es sagrada y que no se la venden ni a su padre.

Si hubiésemos tenido que matar tantos gochos como chorizos y jamones se vendieron aquellos días, no hubiese quedado ni un cerdo en media España...

Los compraban mi abuelo y otros cuantos jubiletas en una carnicería de Tornado, les quitaban la etiqueta, les untaban un poco con aceite para que la gente se manchase las manos al cogerlos, porque eso les encantaba, y hala, a vender chorizo casero al triple de lo que les había costado.

Y con los huevos hacían lo mismo, los sacaban de los cartones del supermercado, los metían en unas cestas de mimbre y la gente se los quitaba de las manos como si fuesen los huevos de oro de la gallina aquella. Me pregunto cómo no se darían cuenta de que con las cuatro gallinas viejas que había en el pueblo era imposible tener tal cantidad de huevos como la que se estaban llevando.

Pero claro, era lo mismo que con las televisiones. La gente estaba encantada de que no hubiese ningún aparato en el pueblo, pero no se daban cuenta de las antenas que había en los tejados de todas las casas... Yo no sé si es que cuando llegan a un pueblo con ganas de desconectar de todo, ven solo lo que quieren ver y no se preguntan nada más.

El caso es que nosotros lo pasamos de miedo. Como el Margi seguía con el chollo de hacerse el pobre, decidimos irnos turnando, y cada día hacía uno

de niño pedigüeño. Descubrimos que el que más tela sacaba era Lejía porque como estaba tan delgadísimo, tan blanco y con aquellas gafas que parecía cualquier cosa, daba mucha más pena, que era de lo que se trataba. La primera vez que vimos que una señora se agachaba para hablar con él, pensamos que ya estaba todo perdido, porque según es él de cotorra a ver quién se iba a creer que era de aquel pueblo con el español tan especial que habla.

—Ho—la bo—ni—to— le dijo la mujer hablándole muy despacio, como si se hubiese creído que además de pobre, Lejía era tonto de baba.

—Ho—la— le dijo él entrándole al trapo que no veas.

—Yo me lla—mo Ma—rí—a ¿y tú?

—Yo—no— dijo Lejía haciendo que la señora se enterneciera.

—¡Qué cosa más rica! ¿Habéis visto? ¡Venid, venid!

Hala, y se acercaron allí unas cuantas mujeres a ver a Lejía, que estaba como si fuese el protagonista de la mejor película de su vida.

El Margi y yo lo estábamos viendo todo desde una esquina, sin querernos acercar porque cuando se descubriese el pastel, iba a haber tortas, pero Lejía estaba demostrando ser un actorazo como la copa de un pino.

—¿Cu—ál es tu nom—bre?

—Le—jí—a.

—Y ¿cuán—tos a—ñi—tos—tie—nes?

Hubo un tenso silencio en el que yo sudaba por cada pelo una gota, porque Lejía no sabe los números en español, y si soltaba algo en inglés ya estaba el lío preparado.

—Yo so—y no sa—bo— a—ñi—tos...

—¡Criaturita! No sabe ni la edad que tiene...—
dijo la mujer.

—Y a penas sabe hablar...—dijo otra del grupo.

—Tal vez sea uno de esos niños que han criado los animales en el bosque y que luego encuentran, después de años entre lobos o fieras salvajes...

Yo no podía contener la risa, y el Margi tuvo que irse a esconder detrás de una tapia porque se le caían ya las lágrimas de tanta carcajada. Pero Lejía seguía allí, sin inmutarse, con la mirada perdida en el infinito, dando cada vez más pena a aquellas mujeres...

—¿Y tus pa—dres?

—Le—jí—a no pa—dres— y no ma—dres.

Una de las señoras se secaba los ojos con un pañuelo, y otra apuntaba la idea de llevarse a Lejía a un centro de menores para que se hicieran cargo de él .

—Esto es un delito— decía compungida— tenerle aquí, pidiendo limosna, esto es explotación infantil, vamos a llamar a la policía ahora mismo y que

se lo lleven, y si no, yo misma me hago cargo de él hasta que se solucione el tema...

—¡Que nos lo llevan, macho! ¡Que nos lo quitan delante de las narices!

El Margi estaba asustado y yo no sabía ni por dónde salir, porque las señoras se estaban empezando a revolucionar, y Lejía, en vez de reaccionar y levantarse de allí enseguida, se lo había tomado todo tan en serio que ni se movía, tenía una mano extendida para ver si caía algún euro más, y con la otra engullía las chokolatinas y los caramelos que le habían ido dando.

Cuando vi que una de las señoras sacaba el móvil para llamar a la policía, pensé que había llegado el momento de entrar en acción, y seguido por el Margi, nos acercamos a Lejía.

—¿Pero dónde estabas, hombre? ¡Otra vez se nos ha vuelto a escapar!— dije cogiéndole de un brazo para que se levantase de allí, pero el tío se resistía.

—¿Le conocéis? ¿Sabéis quién es y dónde están sus padres?

—Es nuestro primo, está enfermo, y a veces se nos escapa de casa y viene a la iglesia a pedir dinero para poder ir con sus padres que están en el cielo...Murieron hace muchos años...

El Margi no podía ayudarme porque se estaba aguantando la risa y ya le habían empezado a caer los

goterones esos que le caen a él en forma de lágrimas cuando no quiere reírse.

—¡Dios mío, qué historia!— murmuraban las señoras.

—¿Padres morir míos? – me preguntó entonces Lejía levantándose de un bote—¡Motas! ¿Padres morir míos?

¡Jo, qué lío se armó! Lejía que no se aclaraba había entendido que sus padres de verdad, los ingleses, se habían muerto. Yo no podía explicarle que era un truco para sacar más pasta a las señoras con el tema de la pena y todo eso. Estaba tan afectado que empezó a llorar como un descosido mientras el Margi ya no podía aguantarse más y se había tirado al suelo boca abajo para reírse sin que le vieses..¡Un cuadro...!

Bueno, cuando al final conseguí salir de aquel jaleo con Lejía de una mano llorando a más no poder, y el Margi de la otra a punto de romperse por dentro de tanto reírse, habíamos sacado casi cien euros en monedas, cinco chokolatinas, seis botellas de agua, y ocho paquetes de chicles que nos dieron las señoras llorando ante tanta desgracia como había en nuestras vidas. Además de todo eso, el Margi, entre risa y risa les “guindó” a las mujeres dos cámaras de fotos digitales, un teléfono móvil , tres espejos de bolsillo y dos pinzas de depilar.

Eso sí, para convencer a Lejía de que sus padres no se habían muerto, tuvimos que poner una conferencia a Londres, pero la hicimos desde la parte más alta del pueblo, fuera de las montañas, con el móvil que había “sustraído” el Margi, o sea, que no nos costó ni un céntimo.

Lejía estuvo hablando con sus padres hasta que se le acabó el saldo. No sé lo que les contaría porque con ellos hablaba inglés de verdad, del que no se entiende ni una palabra, pero parecía feliz y excitado de tantas cosas como le habían pasado.

Mientras él parlaba todo lo que quería, el Margi y yo nos tiramos en la hierba. Estaba oscureciendo y abajo, en el valle, se veían las luces del pueblo que empezaban a encenderse.

Los coches de los visitantes se iban marchando, había ido mucha gente aquel día, estaba seguro de que los vecinos de Puenteseco habían hecho una caja estupenda porque el pacto era que las ganancias se repartían entre las veinte familias del pueblo a partes iguales.

Yo estaba molido, y el Margi igual, eso de hacerse pasar por chavales pobres y abandonados también requiere un esfuerzo, y habíamos bordado el papel...

Cuando nos dimos cuenta, era de noche del todo. Lejía había dejado de hablar y nosotros casi nos

habíamos dormido. De no ser porque le sentí sorberse los mocos como hace siempre que está a punto de llorar, ni me hubiera dado cuenta de lo que le pasaba.

—Lejía, tío, ya no llores más, que ya has visto que tus padres no se han muerto...

—Vacaciones acabar— dijo entonces, y el Margi y yo nos levantamos de un bote.

—¿Quién te ha dicho eso?

—My father no muerto.

—Bueno, pero aunque se acaben las vacaciones, tú te puedes quedar más días, no te preocupes, si no pasa nada...

—Only two días more and I come to London.

Nos quedamos en silencio los tres, mirando el pueblo que se veía pequeñito allí abajo, bueno, se veía pequeñito porque es pequeñito...

—La vida es una mierda, tío, ya te lo dije— dijo el Margi.

—No, la vida es una barca, me dijiste, no me lo cambies ahora...

—¿Ser mierda o ser barca?— dijo Lejía.

Pero no le contestamos, era lo mismo. Justo cuando nos iban las cosas mejor, cuando además de pasárnoslo bien estábamos sacando una pasta para nuestros gastos, cuando el pueblo estaba más animado y todo el mundo andaba tan ocupado que nadie se

acordaba de nosotros, justo entonces se tenía que jorobar todo...

No hubo manera de que el tiempo no corriese tanto, está claro, por duro que parezca el calendario escolar es el que rige nuestras vidas y cuando pone que se acaban las vacaciones y que hay que regresar a las clases, ya puedes cantar misa, hay que regresar y punto.

—Pero si es muy bonito, hombre— decía mi abuela que en su vida pisó un colegio y por eso no tenía ni idea de lo que estaba diciendo— Si es precioso ver otra vez a los niños, y a los profesores, volver a estudiar, a los libros, a los exámenes...

—Déjalo, abuela, anda, déjalo que lo estás arreglando...

Es que no sé cómo explicar la tristeza que se siente al volver a clase después de unos días en los que ni te has acordado de que existía el instituto, es como un peso que se te pone por dentro, como una tristeza que te hace verlo todo negro. Que no exagero, lo aseguro, que puede parecer una cursilada pero no lo es...

Encima Lejía se iba aquella misma tarde, no había habido forma de convencer a sus padres para que le dejaran una temporada más con nosotros en el pueblo, él también empezaba las clases y tenía que volver.

—Tendrás muchas ganas de ver a tus padres ¿verdad, hijo?

—No ganas ningunas muchas.

—Claro hijo, claro, muchas ganas, si es que es lógico, está emocionado el pobre.

Lejía trataba de decirle a mi abuela todo lo contrario de lo que ella había entendido, pero bueno, no se lo aclaré porque para ella era mejor esa versión un poco más a su estilo.

Mientras hacía las maletas, el Margi y yo estábamos allí a su lado sin decir ni una palabra, callados como muertos y con unas caras de funeral...

—Vamos hombre, que cualquier rato os veis otra vez...que no es para tanto...

Pero mi abuela no nos convencía, además, ella quería disimular pero estaba también muy triste porque le había cogido mucho cariño a Lejía, y se había sentado con nosotros allí en la cama mientras él terminaba de recoger sus cosas.

—Me está poniendo nerviosa con esa forma de hacer la maleta. ¡Madre mía, madre mía cómo va a llegar esa ropa a Europa con lo lejos que está eso!

—Déjale, abuela, no te metas, son sus cosas...

No sé ni para qué me molesto en decir nada, es tontería. Cuando Lejía consiguió cerrar la maleta, mi abuela se la volvió a abrir, lo sacó todo otra vez y se puso a doblar todo y a colocarlo bien colocado. Hasta

que no quedó a su gusto, no dio por terminada la operación.

—Que no se piensen los extranjeros que en Puenteseco no sabemos hacer maletas...

Ya en la plaza del pueblo, donde teníamos que coger el autobús para Tornado, mientras estábamos esperando que llegase, vimos que se acercaban unos cuantos vecinos (casi todos, la verdad), encabezados por el alcalde, que se había puesto una banda cruzada por el pecho, como si fuese “Mis Puenteseco”, pero que luego me enteré de que era la banda de la alcaldía, o sea, lo más importante que puede ponerse un alcalde aunque sea de un pueblo pequeño.

Nos quedamos mirándoles porque no sabíamos a dónde iban con aquella pinta, pero resulta que vinieron hasta donde estábamos nosotros y se nos pusieron delante, muy serios y sin decir nada.

Entonces, uno de los vecinos que venía detrás del alcalde, puso en el suelo una caja de madera que traía. Ante nuestro asombro, el alcalde se subió encima, como si fuese un púlpito y sacando del bolsillo un papel que traía doblado empezó a leer un discurso dedicado... ¡a Lejía!

—Querido “Londón”: como alcalde de este pueblo, o sea, Puenteseco, quiero decirte que todos los vecinos hemos estado muy orgullosos de que hayas venido aquí a pasar las vacaciones en vez de haberte

quedado en tu país. Que esperamos que te hayas encontrado entre nosotros como si fuésemos tu familia porque aunque podemos parecerte un poco brutos algunas veces, tenemos un corazón muy grande y nos gusta mucho que venga gente rara como tú y se quede con nosotros, por eso hoy venimos a despedirte, porque nos da una pena tremenda que te vayas a tu país otra vez, aunque esperamos que vuelvas cuando tengas otras vacaciones, porque aquí nunca te va a faltar una ristra de chorizo y una hogaza de pan en casa del Tomás.

Hizo una pausa porque para esas alturas del discurso, ya estábamos todos pringando el moco, incluso Lejía, que estoy seguro de que no había cazado ni una palabra, pero sabía cuál era la intención y le estaba llegando al alma.

—Bueno, “Londón”— siguió don Segismundo— que hemos pensado entre todos aunque la idea ha sido mía, que como te hemos visto corretear por estas calles como si hubieses nacido aquí y nos parece que estos días lo has pasado en grande con nosotros, pues que vamos a darte un galardón que todavía no le hemos dado nunca a nadie. Te vamos a nombrar “Hijo adoptivo y predilecto de Puenteseco”, porque desde ahora este pueblo es también un poco tuyo y tú eres un poco “puentesequero” ya. Así que, ven “pacá”, que te voy a poner la medalla y a darte las llaves del pueblo.

Como la idea la habían pensado deprisa y corriendo, se ve que no dio tiempo a hacer las cosas mejor, porque la “medalla” era de cartón, y la llave del pueblo era la grandona de la iglesia, que Lejía tuvo que devolver al alcalde nada más terminar el acto, pero bueno, la intención era lo que verdaderamente contaba, y el acto resultó de lo más emotivo con Lejía allí subido en la caja junto al alcalde, saludando a la afición como si fuese un torero en una tarde de gloria.

Cuando llegó el autobús, el Margi y yo nos subimos con Lejía para acompañarle a Tornado, (bueno, y mi abuela que se empeñó en venir también). Desde allí arriba vimos cómo el alcalde y los vecinos despedían a Lejía con lágrimas en los ojos, mientras nosotros corrimos el riesgo de que se inundase el autobús, porque él no podía parar de llorar a moco tendido.

Fuimos con Lejía hasta Tornado donde tenía que coger el autobús que le llevaba a Madrid para allí tomar el avión a Londres, le quedaban muchas horas de viaje por delante.

Yo no sabía qué decir, el Margi tenía los ojos rojos de tanto frotárselos para disimular, y Lejía ya ni disimulaba ni nada, lloraba sin parar mientras mi abuela se empeñaba en sonarle los mocos cada poco.

—Pero no llores más, hombre —le dije por decir alguna chorrada, porque yo también estaba hecho un

asco— Ya verás, se me está ocurriendo que para otras vacaciones podemos nosotros ir a verte a Londres. Eh, Margi ¿cómo lo ves?

—Difícil— dijo el otro que no tenía el día más alegre de su vida.

—Venga, que sí, que vamos a ir a verte y nos vas a enseñar Londres y el puente ese, y el palacio de no sé qué y los tíos que tienen un gorro peludo que hacen el cambio de guardia dando unos pasos muy fuertes y todo eso. Que sí, que está hecho, este verano hablamos y el Margi y yo nos plantamos en Londres y nos lo pasamos de vicio los tres. Por nosotros no llores porque mira...

—Lejía no llorar vosotros— me cortó.

—¡Anda! Mira este... Entonces, si no lloras por nosotros ¿por quién lloras?

—¡Llora por mí!— dijo mi abuela— ¡Hijo mío, hijo mío! ¡No llores por mí majico, no llores que yo también voy a verte a donde haga falta! Mira la criatura que parecía que no me quería y ahora resulta que estaba “osesionao” con migo misma...

Algo no me cuadraba, yo no quería quitarle a mi abuela la ilusión, pero estaba seguro de que Lejía no estaba así por separarse de ella, que por otro lado tiene que ser un alivio increíble.

Cuando Lejía consiguió liberarse de los brazos de ella, más que nada porque no podía ya ni respirar, le dije muy bajito:

—Pero tío, dime por quién lloras...

—Por él.—dijo apuntando al pasillo del autobús en el que no había absolutamente nadie— Lejía can't separase de él because he's my best friend in de word.

Y mientras yo no me enteraba de nada, el Margi se acercó a Lejía y le dijo:

—Llévatelo tío, es tuyo.

Lejía se le quedó mirando como si no pudiese creer lo que estaba diciéndole el Margi, y yo allí en medio, que me parecía que ya sabía por dónde iban los tiros.

—Va a estar mucho mejor contigo que conmigo, tú serás un buen dueño para él, yo ya no necesito a Vais. ¿Para qué quiero yo un caballo si estoy todo el día con este burro?— dijo refiriéndose a mí.

Y los tres nos reímos y hacíamos como que las lágrimas que nos caían eran de tanto reírnos, pero lo hacíamos para hacernos los valientes, porque en el fondo éramos los tres más tristes del mundo.

—Pero ¿Y entonces el caballo también se va a ir? ¡Madre mía, madre mía lo que les vamos a echar de menos a los dos!

Y es que hasta mi abuela se había acostumbrado a Vais, yo creo que habíamos logrado verle todos con

los ojos de el Margi, con aquellos ojos y aquella imaginación que había tenido que idear un caballo invisible para no sentirse solo cuando ni en su casa ni fuera de ella nadie le hacía caso. Seguro que Vais iba a estar fenomenal con Lejía, no puedo decir cuál de los dos es más especial.

Ya en la estación de autobuses nos despedimos de Lejía haciendo mil planes para las vacaciones de verano. No sé si esos planes se llevarán a cabo o no, pero en aquel momento nos sirvió para no pensar en la despedida, para ir un poco más allá, como si el separarnos ya lo hubiésemos superado y solouviésemos que pensar en nuestro viaje a Londres.

Un momento antes de que el autobús arrancase, vi a mi abuela medio agachada a nuestro lado, haciendo unas cosas muy raras con las manos.

—Abuela ¿qué haces?

—¡Un poco de “entimidad”, hijo! Que no puede una ni despedirse de un caballo tranquilamente...

Lejía se había pegado como un sello a la ventana y nos decía adiós con la mano mientras no paraba de llorar.

—¡Que no llores, tío, que en verano vamos los dos a Londres! ¡Que vamos los dos!

—¡Que vamos los tres!— dijo mi abuela— ¡Que vamos los tres!

No le dije nada porque no era el momento de discutir, ni siquiera sabía si iríamos el Margi y yo, como para pelearme con ella...

Nos montamos en el autobús de regreso a Puenteseco y en todo el camino no dijimos ni media palabra. Bueno, no dijimos nada nosotros, porque mi abuela, cuanto más triste está, más habla:

—Sí, sí, hay que ir a verles, al chico y al caballo, que ahora que les habíamos conseguido poner un poco hermosos a los dos, se van para allá que vete tú a saber lo que les darán de comer, porque allí con el té lo arreglan todo, con el té, las pastas de té, el té verde, el té negro, el té azul, yo qué sé lo que les darán, valga la “rebuznancia”...

Yo solo quería llegar a casa, tirarme en la cama y descansar. El Margi se quedaba a dormir en nuestra casa porque estaba muy fastidiado como para irse a la suya, así que cenaríamos pronto y a la piltra, porque no estábamos para más bromas. Había que empezar la vida cotidiana otra vez, se habían acabado las vacaciones, el pasar el día haciendo lo que nos diese la gana, se habían acabado las risas, las bromas, y hasta el turismo rural porque hasta que no hubiera vacaciones otra vez, todo había vuelto a su sitio, ni los cerdos andaban por la calle ni las mujeres lavaban en el río, ni nada, era como si la vida hubiese dado un giro de ciento ochenta grados

y todo volviese a una normalidad que no me gustaba nada.

Habían sido unos días estupendos en los que no me había vuelto a acordar ni del móvil ni de que no tenía ordenador, ni de Internet, ni de nada...La verdad es que solo me habían hecho falta mis amigos y mi pueblo para pasármelo bien, no entendía por qué se tenía que acabar todo.

Nada más llegar a Puenteseco vimos a mi abuelo esperándonos en la plaza, con la boina entre las manos, venga a darle vueltas. Algo pasaba, porque mi abuelo no va a esperarnos al autobús si no es porque algo ha pasado, eso fijo...

—Ya estamos aquí— dijo mi abuela, por si quedaba alguna duda— Hala, vamos “pa” casa que tengo los juanetes molidos...

— ¡No! ¡Espera! Espera un momento...No podéis ir...

Nos quedamos mirándole como si no le conociésemos de nada, porque vamos, con el cuerpo que traíamos los tres, era como para que nos dijese que no podíamos ir a casa...

—¿Pero cómo que no podemos? ¿A ti que te ha dado? Anda, vamos, vamos...

—¡Que no! ¡Que no....! Que es que ha pasado una cosa...espera....espera un poco....

—¿Qué ha pasado, hombre? ¡Ay, madre! ¡Ay madre! Que ya lo se, que te lo tengo dicho, que nunca cierras bien el grifo del baño y se nos ha inundado la casa....¡Ay que garrotazo te voy a dar! ¡Que me lo cargo, que me lo cargo a este hombre!

—Que no es eso, mujer, que a la casa no le ha pasado nada...

—Bueno, pues hala, abuelo—le dije— ya si eso mañana nos das la sorpresa ¿vale? Más que nada porque es muy tarde, porque estamos molidos, porque mañana hay clase, porque no queremos ir, porque tenemos hambre, porque queremos acostarnos pronto, porque no me explico qué hacemos aquí perdiendo el tiempo, porque no sé por qué no podemos ir a casa...

—Porque han soltado a tu padre...y está ahí.

El Margi mucho más rápido de reflejos que yo sujetó a mi abuela que casi se nos cae un trompazo al suelo. Y yo, para no caerme, me senté directamente en medio de la plaza y me quedé callado porque no sabía qué decir, ya no me cabían más cosas en la cabeza, era como el disco duro de los ordenadores de clase, cuando te dicen que no le metas más datos porque está lleno, igual me pasaba a mí, que no me cabía ni una cosa más y encima me estaba pasando la cosa más gorda de mi vida.

Nadie decía nada, y en aquel silencio lo único que se nos ocurrió fue echar a andar hacia casa, los cuatro, muy callados.

Al cabo de un rato yo seguía sentado a la puerta de casa donde me había quedado mientras mis abuelos entraban. El Margi estaba conmigo, sin decir ni una palabra, pero sin dejarme solo, como hacen los buenos amigos cuando saben que a veces un silencio dice todo lo que tiene que decirse.

Yo estaba dispuesto a pasarme allí la noche y los días, lo que hiciera falta, porque me había quedado tan paralizado que no sabía lo que hacer.

Al momento, una sombra alargada salió de la casa y antes de que pudiese reaccionar escuché mi nombre como no lo había escuchado nunca:

—Tristán, ¿pero es que no vas a darme un abrazo?

Y claro que se lo di, le di uno tan grande y tan fuerte que luego no sabía cómo parar.

Aunque estaba como flotando no se me olvidó el Margi, que seguía allí callado en un rincón, así que alargué un brazo y le hice señas de que se acercara, como si le invitase a un trozo de padre, como el que invita a un trozo de bocadillo.

—Es mi amigo— dije, y la sombra alargada le estrechó también contra él, dándome a entender que por

el simple hecho de ser mi amigo, tenía también derecho a un sitio en aquel abrazo.

Es verdad que la vida es una barca, una barca que a veces navega por un agua muy tranquila donde no pasa nada, y otras va por unos rápidos que de tantas cosas como pasan te mareas.

De todas maneras, lo importante no es por dónde se navegue, lo que importa es no estar solo en el viaje, y creo que yo tengo los mejores compañeros de navegación del mundo.

—FIN—

Otras obras de la autora

Memorias de Tristán Saldaña (2004)

Marioneta (2006)

Al Norte del Norte (2007)

Mujer tenías que ser (2007)

Muna (2007)

Cantando los Cuarenta (2008)

La Princesa que Quería Escribir (2012)

Tengo un Dragón en la Tripa (2013)

In Crescendo (2015)

La Revolución de las Perdices (2015)

Buenos Días, Señora Walker (2017)

El Refugio de los Versos (2019)

La Culpa (2020)

Hija de Nadie (2021)

Adiós, Noviembre (2021)

Un Verano en el Garaje (2021)

www.beatrizberrocal.es

